

Universidad de San Andrés
Posgrado en Historia

TESIS DE MAESTRÍA

Héctor Agosti, el difícil equilibrio.

**Itinerario de un intelectual orgánico del Partido Comunista Argentino
(1935-1963)**

Tesista: Laura Prado Acosta
Director: Sergio Serulnikov

***Héctor Agosti, el difícil equilibrio. Itinerario de un
intelectual orgánico del Partido Comunista Argentino
(1935-1963)***

Índice:

Agradecimientos (3)

Introducción general (pp. 4-13)

Capítulo I. El antifascismo y el hombre prisionero (pp. 13-41)

- I. El período de entreguerras y la politización de los intelectuales
- II. El año 1935 y los ámbitos socio-culturales antifascistas
- III. Oficiar de nexo
- IV. Intelectuales, política y partido
- V. Los deberes del intelectual revolucionario
- VI. El camino francés, tendiendo puentes

Capítulo II. La difícil convivencia (pp. 42-62)

- I. Diversidades y tensiones al interior del antifascismo
- II. El interludio 1939-1941
- III. El artista y la política. Entre la defensa del realismo y la voluntad higiénica

Capítulo III. Confluencias. Una genealogía histórica nacional (pp.63-82)

- I. Recuperando terreno
- II. Hacia la Unión Democrática
- III. La construcción de una genealogía histórica revolucionaria
- IV. El desconcierto del 46

Capítulo IV. Posicionarse ante el peronismo: el año echeverriano (pp. 83-98)

- I. Perón y los intelectuales
- II. La incomodidad de los comunistas
- III. Año Echeverriano
- IV. El Echeverría de Agosti
 - IV. I. Una lectura de la crisis
 - IV. II. El desquicio revolucionario

Capítulo V. Y el diablo metió la cola. Relecturas del peronismo a la luz de conceptos gramscianos (pp. 99-109)

- I. Incorporación de conceptos de Antonio Gramsci
- II. La expulsión del grupo *Pasado y Presente*

Consideraciones finales (pp. 109-112)

Manteniendo el equilibrio. El dilema de la disciplina partidaria

Bibliografía (pp.113-117)

Anexo (117-120)

Agradecimientos

Esta tesis es producto del trabajo en el taller de tesis de la Maestría en Investigación Histórica de la Universidad de San Andrés, quiero agradecer especialmente a Lila Caimari por guiar con afecto, paciencia e inteligencia los primeros pasos de mi investigación. También a Alejandro Cattaruzza quien con mucha generosidad me ayudó en las primeras búsquedas bibliográficas. Agradezco a mis compañeros de cohorte por compartir las angustias del avance en los escritos, y a los profesores de los seminarios, especialmente a Eduardo Zimmermann, Tulio Halperin Donghi y Fernando Devoto.

A Sergio Serulnikov por haberme dirigido con gran amabilidad y compromiso, a Patricio Geli por brindarme valiosas sugerencias en el tramo final de la investigación. Actualmente agradezco a Adrián Gorelik y Ricardo Martínez Mazzola con quienes continúo en el camino de la investigación, y al resto de los miembros del Programa de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes. También a la Universidad Nacional Arturo Jauretche, a Carolina González Velasco, Gabriela Gómez, Karin Grammatico y Martín González. A Jorge Kohen y a la familia de Alberto Kohen por haberme permitido utilizar su valiosa biblioteca, y a Norberto Vilar. Quiero mencionar a mis compañeros, a quienes debo el aliento y cariño que me permitió continuar en los momentos menos amables de la carrera, Florencia Calzón, Cecilia Gil Mariño, Silvina Cormick, Laura Ehrlich, Carina Peraldi, Luciano García, Laura Cutrera y Adriana Petra. A mis amigos del alma: Lau y Sole, Pilar, Ángel, Julia, Nahuel, Carola y Eugenia, y a Elad por haberme apoyado y motivado para terminar la tesis. Agradezco muy especialmente a mis padres, que son un sol y un sostén incondicional: Giglio y Alicia. A mis queridísimos hermanos Mariano, Martín y Natalia, a mi cuñado y a mis sobrinos.

Dedico este trabajo, con mucho cariño y orgullo, a la memoria de mis abuelos Salvador Cacho Prado y Jorge Acosta, y a mis siempre combativas abuelas Eve y Emilia.

Introducción general

Lineamientos generales de la investigación

El objetivo de esta tesis es reconstruir el itinerario de Héctor P. Agosti con la intención de indagar sobre la presencia del Partido Comunista Argentino (PCA) en el ámbito cultural e intelectual. En principio, se analizará el proceso de politización de intelectuales y artistas producido durante la década del treinta, cuando muchos de ellos adoptaron un posicionamiento político definido al ser interpelados por la coyuntura de consolidación de los regímenes fascistas en Europa. Algunos de estos intelectuales y artistas se afiliaron o se acercaron en calidad de compañeros de ruta al Partido Comunista por considerarlo una vía para involucrarse en los asuntos de la arena pública, vincularse con el proletariado y, eventualmente, conformar una nueva sociedad socialista de acuerdo al modelo de la lejana Unión Soviética, que además era percibida como la única fuerza que potencialmente podría frenar el avance del nazi-fascismo.

En la Argentina los vaivenes de la política afectaron y desarticulaban en varias oportunidades los ámbitos considerados específicos de la intelectualidad (por ejemplo, los ámbitos universitarios y académicos).¹ Esas condiciones de inestabilidad hicieron que resulte problemático analizar a la esfera cultural-intelectual distinguiéndola o sin hacer referencia a la esfera política, pues la diferenciación entre ambas se desdibujó persistentemente creando zonas de intersección significativas. En una de esas zonas de intersección se posicionó el Partido Comunista, pues generó emprendimientos y espacios culturales en los que intelectuales y artistas encontraron condiciones de posibilidad para llevar a cabo su labor (incluso podría decirse condiciones materiales), para organizar reuniones, publicaciones, viajes, etc. En esta investigación se analizará el rol que tuvo el intelectual comunista Héctor Agosti como uno de los principales responsables del funcionamiento de estos espacios culturales.

Desde la adopción de la estrategia partidaria de Frentes Populares antifascistas (1935), y luego de la temprana muerte de Aníbal Ponce (de quien se consideraba discípulo), el joven Agosti actuó como un puente que posibilitaba la relación entre la intelectualidad orgánica al partido y la proveniente de otras ramas político-ideológicas (tanto de otros sectores de las izquierdas, como de la tradición liberal-democrática).

¹ Véase Silvia Silgal, *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002

Participó en las redes locales de espacios culturales politizados que surgieron en el clima antifascista, teniendo la particularidad de haber transitado por la experiencia de la prisión política por más de tres años. Simultáneamente se convirtió en una suerte de figura “bisagra” entre el PCA y el antifascismo, y fue ganando progresivamente un espacio como organizador cultural del PCA, hasta llegar a ser su Secretario de Cultura. La confección de una biografía intelectual histórica, nos permitirá pensar una forma de relación entre lo individual y lo general, entre el sujeto y su medio. Consideramos, en este sentido, que el itinerario de Agosti nos proporcionará una vía de entrada para analizar las características del vínculo entre intelectuales y prácticas políticas, con sus conflictos y contradicciones.

Son extensos los debates en torno al uso del concepto de intelectual, sobre la definición de quiénes son estos intelectuales y con qué parámetros analizarlos.² Puede abordarse el análisis de las características de la figura del intelectual desde una perspectiva sociológica (referida al lugar y la función que el intelectual ocupa en la sociedad) o desde una perspectiva política, siguiendo el modelo del intelectual comprometido sartreano. En este trabajo utilizaremos el término intelectual centrando la atención en su faceta politizada, en su vínculo con las prácticas políticas. Consideraremos a Agosti como un intelectual, en cuanto se propuso a través de sus discursos intervenir en los conflictos políticos de su tiempo, pero también porque su trayectoria como escritor, ensayista, periodista y organizador de espacios culturales tuvo un peso y un reconocimiento en el resto del campo intelectual que amerita definirlo como tal. Atendiendo a las implicancias que tuvo en su desarrollo intelectual el hecho de haber sido militante, miembro de una organización partidaria.

Héctor Agosti inició su militancia comunista en el ámbito universitario, en la agrupación *Insurrexit*. Luego se dedicó a la labor periodística, lo que se plasmó en numerosos artículos aparecidos en diversos periódicos y revistas argentinas y latinoamericanas (tanto orgánicas al PC, como por fuera del partido). Fue un escritor ensayista con varios libros publicados, dictó conferencias y cursos en distintas

² Véase Carlos Altamirano (dir.), *Términos críticos de sociología de la cultura*, Paidós, 2002; Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (dirs.), *Diccionario de Política*, Siglo XXI, 1982; Ory Pascal y Jean François Sirinelli, *Les intellectuels en France De l'affaire Dreyfus a nous jours*, A. Colin, Paris, 1992; Oscar Terán (coord.), *Ideas en el siglo*, Siglo XXI, 2004; Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, 1999; Louis Bodin, *Los Intelectuales*, Eudeba, 1970; Dominick LaCapra “Repensar la historia intelectual y leer textos” en Elías José Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

universidades latinoamericanas.³ Entre otras actividades, fue secretario de la Agrupación de intelectuales, artistas, periodistas y escritores (A.I.A.P.E.), formó parte de la comisión de homenajes por el centenario de la muerte de Echeverría, fue miembro de la comisión directiva de la SADE (1948-1950), también dirigió publicaciones y editoriales partidarias, por ejemplo fue parte del comité de dirección de las revistas *Nuestra Palabra* y *Cuadernos de Cultura*. En definitiva, tuvo una participación en múltiples espacios culturales e intelectuales, que fueron significativos en el conglomerado del campo intelectual argentino.

Cabe preguntarse ¿qué tipo de intelectual fue Agosti?, ¿cuáles eran las características de su labor, qué objetivos se propuso como escritor? Agosti no fue un teórico marxista, ni un artista creativo, fue un intelectual orgánico de partido, por lo tanto, su obra tenía una función concordante con los objetivos partidarios. Fue un escritor y ensayista respetado por la militancia, sus lectores encontraban en él un referente al que recurrir para consultar sobre cuestiones vinculadas al arte, la cultura e incluso también sobre historia argentina. Ofrecía respuestas, brindaba herramientas y criterios para construir un imaginario respecto a figuras y cuestiones del “área cultural”, que en general se mantenía acorde a la línea partidaria, pero –y tal vez esta sea la faceta más rica de su itinerario intelectual- en ocasiones sus desarrollos intelectuales generaron tensiones con la dirigencia política partidaria. En esas tensiones y en el ejercicio de “equilibrismo” que debió practicar es que intentaremos captar la labor de este escritor, en este cruce entre su identidad de intelectual y su identidad de militante comunista.

Muchas veces estas dos identidades entraron en conflicto, y el esfuerzo por conciliar la doctrina y las líneas estipuladas por el PC con su tarea intelectual, no siempre fue fructífero. El conflicto generado por esas tensiones derivó en rupturas y expulsiones, pero no de Agosti, sino de sus discípulos o de figuras que compartían con él ideas o posturas que fueran consideradas heréticas e inaceptables por la dirigencia política del partido. Veremos a lo largo de esta tesis distintos momentos en los que

³³Bibliografía de Héctor P. Agosti: *El hombre prisionero*, 1ª edición Edit. Claridad, Buenos Aires, 1938; *Emilio Zola*, Atlántida, Buenos Aires, 1941; *Literatura francesa*, Atlántida, Buenos Aires, 1944; *Defensa del realismo*, Edición Pueblos Unidos, Montevideo, 1945; *Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Edit. Futuro, Buenos Aires, 1945; *Cuaderno de bitácora*, Edit. Lautaro, Buenos Aires, 1949; *Echeverría*, Edit. Futuro, Buenos Aires, 1951; *Para una política de la cultura*, Edit. Procyón, Buenos Aires, 1956; *Nación y Cultura*, Edit. Procyón, Buenos Aires, 1959; *El mito liberal*, Edit. Procyón, Buenos Aires, 1959; *Tántalo recobrado*, Edit. Lautaro, Buenos Aires, 1964; *La milicia literaria*, Edit. Sílabas, Buenos Aires, 1969; *Aníbal Ponce. Memoria y presencia*, Edit. Cartago, Buenos Aires, 1974; *Prosa política*, Edit. Cartago, Buenos Aires, 1975; *Las condiciones del realismo*, Armitano, Caracas, 1975; *Ideología y cultura*, Ed. Estudio, Buenos Aires, 1979; *Cantar opinando*, Edit. Boedo, Buenos Aires, 1982; *Mirar hacia adelante*, Edit. Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, 1983.

Agosti fue formándose como un intelectual de partido. Cuando tuvo que demostrar que priorizaba su identidad de miembro del Partido Comunista por sobre su identidad de intelectual. Siendo tal vez la más ilustrativa de ellas el episodio en torno al proyecto de traducción y estudio de la obra de Antonio Gramsci en la Argentina, que terminó, en 1963, con la expulsión del grupo de jóvenes que en aquel entonces lo acompañaban en la tarea. El grupo de expulsados estaba conformado por aquellos que habían sido sus discípulos, pero que a partir de las lecturas de Gramsci desarrollaron opiniones cuestionadoras hacia la dirigencia política del partido. Fue como consecuencia de ese incidente que Agosti robusteció su identificación con la organización partidaria. A partir de entonces pasó a ser también miembro del Comité Central, en su Comisión Política.

A pesar de sus esfuerzos por enriquecer teóricamente al comunismo, intentando dar a conocer los aportes de figuras del marxismo latinoamericano como José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella, o del marxismo italiano como Antonio Gramsci, la historia de vínculos y rupturas lo compelerán a elegir entre sostener estos desarrollos intelectuales o acatar la disciplina partidaria. Agosti eligió el camino de la organicidad con el PC, nunca llevó sus críticas a un enfrentamiento político, por lo menos no de manera abierta.

Héctor Agosti, aspectos biográficos

Héctor P. Agosti nació en 1911 en el barrio de Balvanera sur, su padre era obrero pintor y fue militante del radicalismo. Asistió, gracias a una beca, al Colegio Nacional Mariano Moreno al que concurren por ejemplo los hermanos Frondizi y donde tuvo profesores como Roberto Giusti, con quien seguiría vinculándose en su adultez. Sus primeros contactos con la política de izquierda comenzaron en la adolescencia, a raíz de su marcado interés por la lectura se acercó a la biblioteca obrera del Partido Socialista y frecuentó también el ateneo anarquista La Antorcha. Agosti se afilió a la Federación Juvenil Comunista en 1927 a los dieciséis años. Según indica la biografía de su amigo Samuel Schneider, el joven Agosti fue delegado juvenil en el “VII Congreso del Partido Comunista” y como ayudante de Victorio Codovilla accedió al “Primer Congreso Latinoamericano de Partidos Comunistas” (1929). También participó en la “Liga Antiimperialista” fundada por iniciativa de Henri Barbusse a raíz del “Congreso internacional contra el imperialismo y la opresión colonial”, donde se reunían militantes de diversas filiaciones, provenientes de distintas partes del mundo

entre los que resaltaron figuras como la de Julio Antonio Mella, José Vasconcelos de México, Víctor Raúl Haya de la Torre de Perú, Jawaharlal Nehru de India, el argentino Manuel Ugarte, etc.⁴ En 1929 comenzó sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde fundó junto a otros estudiantes la agrupación estudiantil *Insurrexit*, organización que llegó a presidir la Federación Universitaria Argentina.

Desde niño fue aficionado a la escritura, ganó un concurso de cuentos en la revista *Colorín Colorado* y a los diecisiete años publicó algunos ensayos en la revista *Claridad*. Progresivamente fue publicando artículos (a veces con seudónimos) en periódicos y revistas como *Crítica*, *El Sol*, *Clarín*, *Nosotros*, *Cursos y Conferencias*. También en medios latinoamericanos como *Última Hora* de La Paz; *Romance* de México; el *Diario Popular*, *Justicia* y periódico de *AIAPE* de Montevideo; *El Siglo* de Santiago de Chile, *El Nacional* de Caracas.⁵ A su vez, desde 1928, dirigió el periódico *Juventud Comunista*, órgano de prensa de la federación juvenil comunista y colaboró activamente con la prensa partidaria, publicando artículos en *Bandera Roja*, *Nuestra Palabra*, *Nueva Era*, *La internacional*, *Soviet*, *Orientación*. También contribuyó con artículos en las publicaciones de A.I.A.P.E. en Argentina, *Unidad* y *Nueva Gaceta*. Dirigió durante algunos períodos la revista *Cuadernos de Cultura*, así como las editoriales comunistas *Problemas*, *Procyón* y *Lautaro*.

Agosti no finalizó sus estudios universitarios. Las derivas de su militancia política hicieron que estuviera preso en varias oportunidades, en los años treinta fue detenido durante la gestión de Leopoldo Lugones (hijo) como jefe de la Sección Especial de represión al comunismo de la Policía Federal, a raíz de la publicación de un folleto intitulado "*Leopoldo Lugones, hijo de poeta*", atribuido al joven Agosti. También fue detenido por aparecer como responsable del diario *Bandera Roja*. Luego de varios meses de prisión se exilió en Montevideo. Cuando regresó a Buenos Aires se lo declaró "instigador a la rebelión armada" y culpable por "desacato al presidente de la República", por lo que volvió al presidio por tres años y medio (1934-1937). Su condición de preso político generó la movilización de numerosas personalidades de la intelectualidad y la política de la época, que conformaron un Comité para su liberación patrocinado por Lisandro de la Torre, Alfredo Palacios, en el que participaron también

⁴ Samuel Schneider, *Héctor P. Agosti Creación y milicia*, Editorial Grupo de amigos de Héctor P. Agosti, 1994, pp 23-24

⁵ Véase "Opera Omnia" compilado de artículos y ensayos publicados en distintos medios, hecho por el propio Agosti, en el Archivo Agosti, Cedinci.

Mario Bravo, Emilio Ravignani, Aníbal Ponce, Raúl González Tuñón, entre otros. A fines del año 1937 quedó en libertad y continuó trabajando como escritor y periodista. Publicó en aquel entonces su primer libro, *El Hombre Prisionero*, y luego, para editorial Atlántida, *Emilio Zola y Literatura Francesa*. Volvió a pasar breves períodos en la cárcel a raíz del golpe de estado de 1943, por lo que nuevamente se exilió en Montevideo, desde donde publicaba, junto a Rodolfo Ghioldi –también exiliado allí– el periódico *Pueblo Argentino*.

En 1947 fue nombrado titular de la Comisión de Cultura del PCA. Durante los primeros gobiernos peronistas participó en actividades de oposición, como lo fue la celebración del Año Echeverriano. Sin embargo, progresivamente fue dejando entrever una actitud más abierta e incluso optimista ante los aspectos que consideraba positivos del peronismo, en especial en referencia a la politización de las masas. En 1952 fundó junto a otras personalidades como María Rosa Oliver, Jorge Thenon y Emilio Troise, la *Casa de la Cultura Argentina*. En 1953 viajó por primera vez a la Unión Soviética y a la República de China. Y en 1957 estuvo nuevamente detenido, junto con otros dirigentes comunistas, a raíz de la denominada “operación cardenal”.⁶

Agosti fue candidato a diputado nacional en los años 1954, 1958 y 1983; regresó en varias oportunidades a la Unión Soviética y participó a nivel internacional en congresos y coloquios representando al comunismo argentino, entablando debates e intercambios con figuras del Partido Comunista Francés y del Partido Comunista Italiano. En 1973 formó parte de la comisión comunista que se entrevistó con Juan Perón.⁷ En 1982 formó parte del consejo de presidencia de la Asamblea permanente por los Derechos Humanos. En 1983, con la vuelta de la democracia, fue nuevamente candidato a diputado nacional y publicó su último libro *Mirar hacia delante*. Se mantuvo como miembro activo del PCA durante toda su vida. Falleció en 1984.

Antecedentes bibliográficos

Acerca del Partido Comunista en Argentina por mucho tiempo predominó lo que Hernán Camarero caracterizó como una bibliografía “canónica”. Producida en general por miembros del propio partido, usualmente estos trabajos estaban inmersos en discusiones en torno a posicionamientos políticos. Cumplían una función instrumental

⁶ Horacio Tarcus (dir.), *Diccionario Biográfico de la Izquierda en Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 2007

⁷ Véase Fernando Nadra, *Conversaciones con Perón*, Anteo, Buenos Aires, 1985

para justificar decisiones políticas del partido o de los autores, cayendo por lo tanto muchas veces en argumentos forzados y en gruesas omisiones, propios de su género. Otra rama de la bibliografía sobre el tema se conformaba de textos críticos, provenientes de quienes habían decidido desvincularse del partido o quienes lo consideraban una aberración, en el primer caso resaltan los textos de Rodolfo Puiggrós y Juan José Real, y en el segundo caso los escritos provenientes de sectores de la derecha católica anticomunista.⁸ Tanto para defender a este partido como para atacarlo, se recurrió a un estilo argumentativo de tono panfletario que retroalimentó la cerrazón sobre el tema.

Hasta hace pocos años, en la historiografía profesional reinó un relativo silencio sobre este tema. Sólo de manera tangencial e indirecta se encontraban menciones al PC argentino. En rasgos generales la imagen plasmada, tanto en la historiografía como en el sentido común, fue la de un enclave stalinista en Latinoamérica, con un accionar político y cultural ortodoxo, sectario y miope, en el que las figuras de Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla, junto a fieles seguidores, fueron responsables de los sucesivos fracasos políticos y de las sucesivas expulsiones de las figuras más valiosas del mundo de la cultura. Esa imagen, sin duda tiene su asidero en la propia historia y en las características de funcionamiento del Partido Comunista en la Argentina, pero es posible complejizarla a través del análisis de dos regiones fundamentales: en primer lugar, el vínculo con el sindicalismo o el movimiento obrero, y en segundo lugar, el vínculo con el campo cultural e intelectual (sobre ésta última región tratará esta tesis). Es desde el análisis de esos costados de la historia del PCA que podrá comprenderse el rol que el PCA jugó en la historia político y cultural argentina del siglo XX, que explicará por ejemplo las causas que hicieron de ese partido un lugar de paso para muchos intelectuales, artistas y políticos. A lo que debería agregarse el poder de atracción que ejerció la idea de una organización disciplinada, internacional que contaba con el respaldo de una teoría “científica” marxista, y con el apoyo de la Unión Soviética, aquella tierra donde las utopías parecían tornarse realidad.

Como hemos mencionado, una faceta muy rica de la historia del comunismo argentino está relacionada con su desempeño en los ámbitos sindicales y de sociabilidad obreros. Algunas investigaciones han comenzado a seguir este camino, estudiando la inserción del comunismo en el mundo obrero, las experiencias de los militantes y cuadros

⁸ Rodolfo Puiggrós, *Historia Crítica de los partidos políticos*, Jorge Álvarez, Buenos Aires, 1969; Juan José Real, *Treinta años de historia argentina (acción política y experiencia histórica)*, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 2006

comunistas en las fábricas.⁹ Esta renovación en la bibliografía sobre el tema, con trabajos que se han caracterizado por un uso cuidadoso de fuentes y por la aplicación de las reglas de investigación históricas, estuvo íntimamente vinculada a la apertura de espacios institucionales y archivísticos como el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CedinCi), que brindaron las posibilidades de acceso a fuentes periódicas y a datos de la organización. También se han publicado trabajos que exploran la inserción del comunismo en el mundo cultural e intelectual de entreguerras. Aunque su interés se ha centrado más en el fenómeno antifascista que en la faceta cultural del comunismo, los trabajos de Andrés Bisso y de Ricardo Pasolini han brindado un marco importante y han generado preguntas para futuras investigaciones.¹⁰ Este trabajo es, desde ya, deudor de sus aportes.

Descripción

La periodización de este trabajo está vinculada al propio itinerario biográfico de Héctor Agosti. Se ha buscado reconstruir sus inicios en la militancia política y sincrónicamente de su carrera como escritor, en los años treinta. Su progresiva consolidación como referente cultural del PCA, hasta el momento en el que formó parte primero de la Comisión de Cultura y luego de la Comisión Política del partido. Intentaremos dar cuenta del proceso a través del cual fue constituyéndose como uno de los intelectuales orgánicos más importantes del PC argentino. ¿Qué experiencias fueron fundamentales?, ¿en qué espacios, organización, entablando cuáles vínculos, cumpliendo cuáles funciones?, ¿cómo se enfrentó a los principales debates que marcaron el vínculo del PC con el campo cultural e intelectual?, esas serán las preguntas y las líneas que guíen la estructura de la tesis.

En primer lugar analizaremos el momento del antifascismo (1935-1946), cuando frente al temor ante el avance del enemigo fascista en el año 1935 el PC adoptó la

⁹ Véase Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007; Mirta Lobato, “Rojos. Algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 6, Universidad Nacional de Quilmes, 2002

¹⁰ Véase Andrés Bisso *El antifascismo argentino*, CedinCi editores y buenos libros, Buenos Aires, 2007; Ricardo Pasolini “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930 Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil” en www.historiapolitica.com (consultado 15/08/2008); Marcela García Sebastiani (ed.) *Fascismo y antifascismo Peronismo y antiperonismo*, Iberoamericana- Veuvert, Madrid, 2006; Alejandro Cattaruzza “Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (1925-1950) en *A contracorriente, una revista de historia social y literatura de América Latina*, Vol 5, n° 2, 2008, pp 169-195

estrategia de Frentes Populares antifascistas. A partir de allí se promovió la participación de los intelectuales y artistas en el partido, y se estimuló la formación de vínculos entre estos intelectuales orgánicos y el resto del campo intelectual. La existencia de un enemigo común justificaba la vinculación con figuras y tradiciones de pensamiento hasta entonces desdeñadas por pequeño-burguesas. Con el objetivo de apoyar la resistencia antifascista surgieron numerosos espacios culturales politizados, en esta coyuntura la figura de Agosti se tornó relevante pues nos permite adentrarnos en el análisis de una serie de problemas y prácticas, observar cómo se insertaron los comunistas en este clima de confluencias antifascista, y cómo se fueron generando tensiones: tanto por fricciones internas, como por cambios en la política internacional, especialmente a raíz del pacto Ribbentrop-Mólotov del año 1939.

Reconstruiremos también las definiciones que hizo Agosti sobre el “deber ser” de intelectuales y artistas, en lo referido a su relación con la política. Agosti hacía un llamado a la politización como única vía moral a seguir por parte de la intelectualidad, una politización que debía ser encauzada por el partido. Consideraba que las circunstancias de entreguerras hacían imposible la neutralidad: o se tomaba partido o se era cómplice del fascismo. Su paso por la prisión durante los años treinta le otorgó las credenciales de haber demostrado en carne propia su compromiso con la causa revolucionaria, y para gran parte del movimiento antifascista su figura de joven prisionero fue un símbolo y un síntoma de la represión estatal y del avance del fascismo en estas tierras. Escribiendo desde la cárcel (el diario *Crítica* publicaba a doble página sus artículos), Agosti establecía parámetros, conformes a los establecidos por el partido, que determinaban qué era lo que se esperaba de los intelectuales y artistas para ser considerados “revolucionarios” en las circunstancias que les tocaba vivir.

El golpe de estado de 1943 produjo aprisionamientos y exilios de comunistas y antifascistas. Ante esta situación resurgieron confluencias ya desgastadas, se volvía a pensar en alianzas y valores compartidos. Tanto los comunistas como el resto de las fuerzas políticas que se autodenominaban democráticas, abrevaron de una tradición historiográfica basada en el panteón liberal y en la tradición de Mayo. En este contexto Agosti procuró establecer una genealogía histórica que incorporaba al linaje comunista a figuras como D. Sarmiento, J. Ingenieros y E. Echeverría. La derrota de la Unión Democrática en 1946 marcó un quiebre, pero puede rastrearse el paso del antifascismo al antiperonismo.

El triunfo del peronismo provocó un desconcierto que dio lugar a diferentes respuestas y acomodamientos. Si bien, durante el primer gobierno peronista Agosti compartió espacios con los antiguos aliados antifascistas, por ejemplo, a raíz la conmemoración del centenario de la muerte de Echeverría, veremos que el libro que publicara en 1951 sobre Echeverría dio muestras de un análisis diferente sobre el peronismo que evidenciaba distancias respecto al antiperonismo. Agosti centró sus críticas no tanto en el peronismo, sino en el accionar de los sectores liberales. Procuraba despegarse de las coaliciones eclécticas, acusando a estos sectores de ser los responsables “históricos” de la crisis argentina. Esta dirección se profundizó aún más luego de la Revolución Libertadora (1955), cuando Agosti se separó de manera más tajante de la tradición liberal. Las derivas de estos análisis que se plasmaron en sus libros del año 1959 *El Mito Liberal y Nación y Cultura*, colocaron a Agosti como el interlocutor de sectores vinculados al peronismo, como por ejemplo J. J. Hernández Arregui, que en su libro *La Formación de la conciencia nacional*, best-seller a principios de los años sesentas mencionaba a Agosti, como quien había argumentado más sólidamente desde el campo del marxismo una distinción entre la tradición de pensamiento liberal y la democrática. Oscar Terán ha señalado el rol que jugaron los textos de Agosti, con sus tempranas citas gramscianas en la conformación de un clima de ideas que dio origen a la “nueva izquierda.”¹¹

A modo de cierre, analizaremos el conflicto que derivó en la expulsión del grupo *Pasado y Presente* en el que se evidenció la función que cumplía Agosti como intelectual del partido. Al producirse el conflicto entre el grupo de jóvenes gramscianos y la dirigencia partidarias, Agosti sentó su posicionamiento de defensa del partido, esa posición fue una constante en su recorrido intelectual: las innovaciones o inclusiones de pensadores de un marxismo más heterodoxo siguieron adelante mientras no generaron cuestionamientos abiertos hacia la dirigencia política, al producirse el conflicto Agosti optó por mantenerse como intelectual orgánico del PCA.

¹¹ Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, Punto Sur, Buenos Aires, 1991

Capítulo I. El Antifascismo y el hombre prisionero

El período de entreguerras y la politización de los intelectuales

La década del treinta se inauguró en la política Argentina con el golpe militar encabezado por el general José Félix Uriburu. El 25 de junio de 1931 el escritor Leopoldo Lugones dirigía una carta de puño y letra al entonces presidente Uriburu solicitándole entre otras cosas audiencia para tratar “los asuntos del comunismo”; epístola que finalizaba firmando como “su fiel amigo y soldado”.¹² Esta correspondencia, con su preocupación por controlar la “amenaza” comunista, resulta ilustrativa en cuanto muestra un clima en el que el comunismo se convirtió en objeto de una creciente vigilancia y represión por parte del estado. El gobierno de facto estableció el estado de sitio y organizó la denominada Sección Especial de represión al comunismo de la Policía Federal, dirigida por Leopoldo Lugones hijo. La prisión formaba parte de las prácticas políticas, las cárceles absorbían un número creciente de presos políticos: radicales, anarquistas y comunistas fueron los principales perseguidos.¹³

En 1932 como resultado de elecciones fraudulentas asumió como primer mandatario Agustín P. Justo, quien restableció el funcionamiento de algunos mecanismos constitucionales y procuró mermar las medidas represivas. Sin embargo, éstas no desaparecieron, de manera intermitente durante los años de su gobierno se restauró el estado de sitio. Además se sistematizó y se aumentó el presupuesto de la Sección Especial de la policía, con el objetivo de monitorear a los partidos políticos y a las actividades sociales consideradas opositoras, en especial con el objetivo de erradicar el yrigoyenismo de la escena política, pero también como reacción al crecimiento de sectores considerados “subversivos”. Se decretó la organización de la “Sección Prensa” dependiente del secretario de la presidencia de la república, cuya finalidad era, según figuraba en el propio decreto: “desvirtuar toda propaganda tendenciosa, en defensa de los elevados intereses de la Nación”, y que tomó como caso ejemplificador al diario platense *Camarada*, censurado debido a que “exterioriza una ideología marcadamente comunista”.¹⁴

¹² AGN. Archivo Uriburu (sala VII).

¹³ Véase Laura Kalmanowiecki “Origins and applications of Political Policing in Argentina” en *Latin American Perspectives*, Vol. 27, N 2, Marzo 2000. Según la autora, el gobierno de Uriburu deportó y torturó anarquistas, radicales y comunistas, ejecutando al menos a cinco personas.

¹⁴ AGN. Archivo Justo (sala VII).

Existe cierto consenso en la historiografía en considerar a los años treinta como un momento en el que se produjo una profundización en la politización de la sociedad y en particular del campo intelectual y cultural. Oscar Terán, Silvia Sigal y Tulio Halperin Donghi han concordado en que a medida que avanzó la década gran parte de la intelectualidad argentina fue definiéndose ideológicamente y posicionándose políticamente (en torno a la polarización entre fascismo-antifascismo).¹⁵ Ya desde la década del veinte, observamos en el grupo Boedo una generación literaria que mostraba su propensión al compromiso social. Este grupo, conformado inicialmente en torno a la editorial *Claridad*, ubicada en la calle Boedo y dirigida por el socialista español Antonio Zamora, constituyó el antecedente a una tendencia que se reforzará en la década del treinta.¹⁶ Como lo observó Sylvia Saítta, los sectores de izquierda dentro del campo intelectual se caracterizaron en esta época por su creciente capacidad organizativa, que se plasmó en la proliferación de encuentros, proyectos editoriales, etc.; actividades marcadas por el optimismo de sus formulaciones, así como por la gran influencia y atracción que ejercían los acontecimientos internacionales, en especial luego de la Revolución Rusa.¹⁷ También siguieron con atención los sucesos en torno a la crisis económica norteamericana de 1929, considerándola un golpe profundo para el régimen capitalista, al que se comparaba con el régimen soviético que parecía sortear airoso las crisis. Ante la consolidación del régimen fascista en Italia con adherentes en el resto de Europa, en el campo político y luego cultural se fue definiendo la tensión entre fascismo y antifascismo. El comunismo buscó posicionarse como una fuerza capaz de contrarrestar el avance fascista, procurando ocupar un lugar hegemónico en el movimiento antifascista.

En la Argentina, el Partido Comunista era electoralmente poco significativo pero tenía cierta inserción en el mundo de la clase obrera, en sindicatos y organizaciones obreras, y también desde ciertos emprendimientos culturales, bibliotecas populares,

¹⁵Véase Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en Argentina, la década del sesenta*. Siglo XXI, Buenos Aires, 2002 (Introducción); Oscar Terán, *Ideas en el siglo: intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Ed. Siglo XXI, Argentina, 2004; Tulio Halperin Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003; Ricardo Pasolini, "Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil" en www.historiapolitica.com/biblioteca (consultado 20/04/08).

¹⁶Liliana Cattáneo. *La izquierda argentina y latinoamericana en los años 30, el caso Claridad*. Tesis en UTDT, Buenos Aires, 1992 y Jorge Abelardo Ramos, *El Sexto Dominio*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1972, pp 27-29; *Los escritores de Boedo*, selección de Carlos Giordano, CEAL, Buenos Aires, 1968

¹⁷Sylvia Saítta, "Entre la cultura y la política: los escritores de izquierda" en *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*" coord. A. Cattaruzza. Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

periódicos, clubes deportivos, etc.¹⁸ Esta relativa presencia del comunismo se topó con el avance contundente de los sectores de la derecha política. El golpe de estado de Uriburu había abierto un espacio para el crecimiento de los sectores nacionalistas y profascistas, que iban ganando presencia en la escena pública. Se publicaban numerosas revistas de corte nacionalista y católicas, como *Nueva República*, el diario católico *El Pueblo*, *Bandera Argentina*, *Crisol*, *La Fronda*. Se crearon agrupaciones nacionalistas como Legión Cívica Argentina, luego Acción Nacionalista Argentina y la Legión de Mayo, incluso en 1932 se fundó el Partido Fascista Argentino. El anticomunismo conformaba uno de los pilares del discurso de los sectores de derecha, que profundizaban sus resquemores ante los avances del “bolchevismo” o “peligro rojo”.¹⁹ Esto se reflejó, por ejemplo, en la presentación por parte del senador M. Sánchez Sorondo de un proyecto de ley sobre represión al comunismo discutido en el Senado en diciembre de 1936.²⁰

Si bien el eje central de la política local estaba vinculado al conflicto en torno al partido radical, que era la fuerza electoral mayoritaria. Nos interesa reconstruir un clima en el que, tanto el avance de los sectores nacionalistas de derecha, como el de las fuerzas de izquierda y del comunismo, se percibían como mutuamente amenazantes y constituían uno de los ejes de la lucha política de la época, pues fue en este contexto cuando numerosos artistas e intelectuales se vincularon al PC. En medio de una generalizada discusión acerca del papel y del grado de compromiso por parte de los intelectuales frente a los acontecimientos políticos, el PC pudo ser considerado como una vía para cristalizar ese compromiso social y vincularse a la clase obrera.

La presencia del comunismo en el ámbito cultural se profundizó con el viraje estratégico del año 1935, tanto en Argentina como en el resto de Latinoamérica y Europa occidental. Fueron ejemplo de ello el acercamiento (algunos afiliados y otros en calidad de compañeros de ruta) al partido de artistas como Raúl y Enrique González Tuñón, Roberto Arlt, Leónidas Barletta, Elías Castelnuovo o Álvaro Yunque; artistas

¹⁸ Véase Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. cap. IV.

¹⁹ Véase Loris Zanatta, *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1930-1943*, Ed. Universidad Nacional de Quilmes, 1996, p. 106. Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina / hasta 1943*, Ed Emecé, Bs. As., 1981, pp. 208; 224; 274/ 275. Véase también María Inés Tato, “El ejemplo Alemán. La prensa nacionalista y el Tercer Reich” en Revista de la Facultad de Humanidades de la U.N.de Salta, Año VI, nº 6, 2007. www.unsa.edu.ar/histocat/revista (consultado 2/5/08).

²⁰ Sánchez Sorondo, M. G. *Represión del Comunismo. Proyecto de Ley, informe y antecedentes por el Senador*, Ediciones de la Imprenta del Congreso Nacional, Bs. As., 1938/40.

plásticos como Juan Carlos Castagnino, Antonio Berni, Lino Spilimbergo, Emilio Pettorutti, el músico Osvaldo Pugliese, entre otros. Podemos observarlo también en el resto de América, los mexicanos Diego Rivera, Frida Kahlo, David Alfaro Siqueiros, los chilenos Pablo Neruda y Vicente Huidobro, los brasileros Jorge Amado, Cándido Portinari, Oscar Niemeyer. Esto respondía a una situación análoga en Europa y particularmente en Francia.²¹

Fue en este contexto que Héctor Agosti se formó políticamente. Afiliado a la Juventud Comunista desde 1927, su experiencia como militante de la agrupación estudiantil *Insurrexit* y su participación en publicaciones comunistas lo condujeron a la prisión durante el gobierno de Justo. Su prolongada detención, las torturas sufridas en la Sección Especial y su delicada condición física, generaron la solidaridad de amplios sectores de lo que se iba conformando como el movimiento antifascista en la Argentina, su figura fue símbolo de la persecución política sufrida por los comunistas. Al ser liberado, comenzaría a tener un rol más activo dentro de las organizaciones culturales del PC argentino.

El Año 1935 y los ámbitos socioculturales antifascistas

*“Antifascista: ¿Has enviado tu aporte para que los hermanos españoles tengan una ambulancia más? ¿Has obtenido que otro lo haga también?”
(Orientación N° 14, 19/03/37)*

El acercamiento de personalidades intelectuales y artísticas de la época a las filas del PC fue parte de los rasgos de la sensibilidad político-ideológica de la época. Para comprender este momento dinámico del PC argentino y su inserción en el movimiento antifascista, es preciso atender a ciertos elementos que explicarían la atracción ejercida por el comunismo. En primer lugar, la percepción de la experiencia de la revolución rusa y la presencia de la Unión Soviética como “prueba” de que el socialismo no era una utopía. La Unión Soviética, por su parte, alentaba los viajes de intelectuales para que ellos fueran testigos del proceso revolucionario con el objetivo de que se convirtieran en sostén de la causa comunista, aunque no siempre obtenían el apoyo esperado. Figuras diversas, desde el peruano Víctor Haya de la Torre, Aníbal Ponce, Elías Castelnuovo, Julio Antonio Mella, el mexicano Diego Rivera, Rodolfo Puiggrós, entre otros, pasaron por la experiencia de viajar a la URSS y algunos de ellos registraron sus percepciones.

²¹David Caute, *El comunismo y los intelectuales franceses (1914-1966)*, Oikos-Tau ediciones, Barcelona, 1968.

Influyó también que los regímenes autoritarios fascista y nazi, persiguieran a comunistas y socialistas. Por otro lado, ejercía atracción entre ciertos sectores de la intelectualidad la teoría marxista-leninista que actuaba como una suerte de respaldo “científico”-revolucionario, proveyendo a los comunistas de una explicación del devenir de la historia, confiriéndoles un alto grado de certeza en su accionar.

Pero fue con el cambio de la política partidaria, que se impulsó la búsqueda de vincularse con sectores más amplios de la sociedad. Esta estrategia se cristalizó a partir del “VII Congreso de la Internacional Comunista” de 1935, en el que el búlgaro Giorgi Dimitrov pronunció un discurso llamando a la unidad en contra del fascismo en el que consideraba que tratar de impedir el avance de las fuerzas reaccionarias debía ser prioridad en los objetivos de lucha partidaria. Dimitrov era para entonces una figura muy destacada en las filas del PC internacional, era una suerte de ícono de la lucha contra el fascismo.²² La estrategia antifascista fue adoptada rápidamente por el resto de los partidos comunistas nacionales. En el caso de la Argentina, en octubre de 1935 se ratificó su implementación en la Tercera Conferencia Nacional de Avellaneda.

Esta política se caracterizó por el fortalecimiento de los vínculos con sectores reformistas y liberal-democráticos, y por la búsqueda de construir alianzas con ellos. Si la organización partidaria local había logrado acercarse al proletariado con relativo éxito durante la etapa denominada de “clase contra clase”, tanto en el ámbito sindical como en los espacios de sociabilidad obrera,²³ ahora se le otorgaba mayor valor y relevancia a los intelectuales y artistas, hasta entonces sospechados de pequeño-burgueses, que pasaban a ser un pilar del antifascismo. Siguiendo este camino se conformaron redes, organizaciones y espacios de lucha desde el ámbito cultural, caracterizados por sus intentos de apertura y creatividad. Se produjo la articulación, en torno a la idea antifascista, de un amplio espectro intelectual, que incluyó a una multiplicidad de sectores partidarios y no partidarios. Estos proyectos construyeron una identidad antifascista que excedía al comunismo, pero que vertebró la identidad comunista de aquella época. Se produjo un clima de época que se cristalizó en emprendimientos culturales novedosos, que combinaban los antecedentes de las instituciones socio-culturales comunistas: bibliotecas, centros culturales, clubes deportivos, etc., con el trabajo en conjunto de

²²El búlgaro Dimitrov fue enjuiciado en Alemania por el incendio del Reichstag en 1933; ante un tribunal nazi se defendió, sosteniendo su identidad comunista y finalmente fue sobreesido. A partir de allí, su figura se convirtió en una suerte de arquetipo de comportamiento para los comunistas ante las adversidades y persecuciones por parte de los estados fascistas. Dimitrov, Jorge *Selección de Trabajos*, ediciones estudio, Buenos Aires. 1972, pp 259-264

²³ Véase Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera*. pp 219-283

sectores diversos del campo político y cultural, procurando incorporarlos, buscando puntos de confluencia.

Estas organizaciones estuvieron fuertemente influidas por las experiencias europeas y en particular francesas. El origen de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (A.I.A.P.E), una de las organizaciones más importante de este tipo, estuvo relacionado con el contacto que Aníbal Ponce (su fundador) mantuvo con Henri Barbusse y las agrupaciones formadas en el contexto antifascista francés.²⁴ Ponce había presenciado la conformación del Comité de Vigilance des Intellectuels Antifascistes y participó del Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura. Su experiencia en el convulsionado clima parisino del año 1935 y su viaje durante ese mismo año a la Unión Soviética fueron fundamentales para la dirección que adoptaron las agrupaciones antifascistas vinculadas al comunismo.

Muchas de las redes institucionales que se conformaron eran filiales locales de organizaciones internacionales. Tal era el caso de Socorro Rojo, el Comité Latinoamericano contra la guerra imperialista, el Comité Antifascista y Antigüerrero, o el Comité de Ayuda Antifascista sección Argentina, que recogía el llamado del Comité Internacional de Ayuda Antifascista, con sede en París, cuyo presidente era Romain Rolland. Desde estos comités se hacía un llamado abierto a todos los intelectuales, obreros, estudiantes, gremios, partidos políticos y entidades culturales. Eran parte de un clima general, en el que primaba el objetivo de incorporar gente y concientizar sobre el peligro que representaba la acometida fascista.

Con el desencadenamiento de la Guerra Civil Española el movimiento antifascista se movilizó e intensificó aún más sus actividades. El ataque a la República española era percibido como una escalada en el nivel de agresión por parte de las fuerzas fascistas. Aquellos que se opusieran a este avance se veían empujados a tomar partido y a comprometerse en la defensa, de ser posible armada, de la causa republicana. El hecho de que la Unión Soviética apoyara materialmente a las fuerzas republicanas, mientras que Francia y Gran Bretaña permanecieron neutrales en el conflicto, fue visto por muchos como una prueba del compromiso comunista en la lucha contra los regímenes nazi- fascistas. Para la ayuda a los republicanos, se conformaron las denominadas “Brigadas Internacionales”, unidades de ayuda compuestas por

²⁴ Herbert Lottman, *La Rive Gauche. La elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*. Tusquets, Barcelona, 1994. Y *La literatura Moderna y la Cultura* (Congreso Internacional de Escritores), Cuadernos Mundo n° 1, 1935, Ediciones Mundo, Montevideo, 1935.

voluntarios extranjeros, cuya sede internacional de reclutamiento se encontraba en París, bajo la dirección del PC de la Unión Soviética y del PC francés.²⁵ Compuestas en su mayoría por voluntarios franceses, alemanes, italianos, británicos y norteamericanos, también desde Latinoamérica alrededor de mil voluntarios partieron a defender la república española. Argentina envió alrededor de quinientos voluntarios, participaron entre ellos personalidades relacionadas al PC como Victorio Codovilla, Fanny Edelman (delegada de Socorro Rojo), Raquel Levenson, Juan José Real, Benigno Mochkowsky, también Gregorio Bermann y Cayetano Córdova Iturburu (enviado como corresponsal del diario *Crítica*) quien, junto con Raúl González Tuñón, participó del Segundo Congreso Internacional de Escritores de 1937 en España.²⁶

La etapa que comenzó en 1935 generó, entonces, el florecimiento de proyectos y espacios socio-culturales antifascistas, conformando una red cultural de izquierda: editoriales, agrupaciones, ateneos, grupos teatrales, donde el comunismo logró establecer vínculos con el resto de la cultura de izquierda, así como con sectores democrático-liberales.²⁷ La implementación de esta estrategia provocó un mejoramiento en el posicionamiento del PC local, aumentó el número de afiliados y simpatizantes, en parte por la vuelta a la legalidad del partido en el año 1936; la presencia en los ámbitos obreros, se complementaba ahora con emprendimientos en el ámbito cultural.²⁸

Dentro de este florecimiento de proyectos culturales politizados prestaremos especial atención a la AIAPE y al periódico *Orientación*, por los vínculos que los unían al PC y porque en ellos se puede rastrear el recorrido de Agosti en este contexto. AIAPE fue fundada en Buenos Aires el 28 de julio de 1935 por Aníbal Ponce, contó con miembros intelectuales y artistas de diversas procedencias políticas como Cayetano

²⁵Véase Alberto Portas Gómez, *España, La guerra civil y los silencios*, Ed. Tesis XI, Buenos Aires, 1999

²⁶ También Aníbal Ponce estuvo en España unos años antes de la guerra, formó parte de la comisión de encuestas, recolectando datos sobre las agresiones sufridas por los antifascistas en España. Véase: Aníbal Ponce *Obras Completas*, Editorial Cártago, Buenos Aires, 1974 Tomo III, p. 145

²⁷ Por cultura de izquierda Altamirano hace referencia al “subconjunto de significaciones que le confirieron identidad como sector de la vida política e ideológica argentina (...) cierta fundamentación doctrinaria, valores y rituales particulares, símbolos distintivos y una memoria histórica -una narrativa- más o menos específica” Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires, Temas, 2001. p 10

²⁸ La combatividad del sector proletario sindicalizado pudo verse, por ejemplo, en la magnitud de la huelga general del 7 y 8 de enero de 1936, que incluyó enfrentamientos armados con las fuerzas policiales en las calles de Buenos Aires. Véase Iñigo Carrera “La huelga general de masas de 1936: un hecho borrado de la historia de la clase obrera argentina” *Anuario IEHS*, nº9, Tandil, 1994. El análisis de la relación del partido comunista con los sindicatos excede las posibilidades de este trabajo. Según Celia Durruty “Clase obrera y peronismo” en *Pasado y Presente* (Córdoba, 1969). Un informe del Depto. Nacional del Trabajo detalló la influencia sindical de los comunistas, quienes dirigían los sindicatos: Federación Obrera de la Alimentación, Unión Obrera Textil, Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica y Federación Obrera Nacional de la Construcción.

Córdoba Iturburu, Alberto Gerchunoff, Vicente Martínez Cuitiño, Emilio Troise, Raúl Larra, Gregorio Bermann, Álvaro Yunque, Liborio Justo, César Tiempo, Enrique González Tuñón, Dardo Cúneo, Rodolfo Puiggrós, Facundo Recalde, Lino Spilimbergo, Juan Carlos Castagnino, Emilio Pettorutti, entre otros. Si bien no era un órgano del partido, sus dirigentes eran comunistas o bien tenían una filiación muy marcada con el PCA, como fue el caso de Emilio Troise y Aníbal Ponce. Esta asociación contó con una editorial que publicó, entre otros, el libro de Rodolfo Puiggrós *De la colonia a la Revolución*. También editaron dos periódicos: *Unidad* y *Nueva Gaceta*. *Unidad* funcionaba como su órgano oficial y desde allí formulaban su llamado a “la unidad de todos los intelectuales y su agrupación alrededor de una bandera, la de la defensa de la cultura frente al peligro máximo que amenaza al mundo: el fascismo”.²⁹

Para 1936, según Aníbal Ponce, tenían 400 asociados y para 1937 contaban ya con alrededor de 2.000 asociados y filiales en Rosario, Tandil, Tucumán, Corrientes, Paraná, Tala, Crespo, desde donde adherían, adoptando las bases de la asociación. Asimismo habían encontrado eco en agrupaciones similares en Montevideo (Centro de Trabajadores Intelectuales, que luego adoptará el mismo nombre), Paraguay y Chile, dándoles una presencia latinoamericana que se respaldaba en el reconocimiento que, desde París, les otorgaba el “Comité de Vigilancia”.³⁰ Su organización se disponía en distintas subcomisiones: la de artistas plásticos, médicos, pedagogos, escritores, también contaban con una subcomisión de finanzas. Las decisiones más importantes se tomaban por medio de asambleas, en las que se elegía la dirección de la Asociación. Solían manifestar su orgullo por la calidad y el prestigio de los asociados, y por su relación con los pares franceses. Realizaban, por ejemplo, conferencias y visitas de oradores a todas las filiales de interior, organizaban actos públicos, debates, exposiciones de artistas plásticos, jornadas médicas, declaraciones y denuncias públicas.³¹

Al cumplirse un año de la existencia de la asociación Ponce declaraba que “no ha ocurrido un solo atropello a la cultura nacional sin que AIAPE, no lo haya denunciado a la opinión del país.”³² Uno de esos atropellos fue el encarcelamiento de Agosti. La asociación organizó una serie de manifestaciones a las que según los relatos

²⁹ *Unidad por la defensa de la cultura*, año 1, n° 1 enero de 1936, en Andrés Bisso, *El antifascismo argentino*, sección documentos, p. 115.

³⁰ Sobre la dimensión latinoamericana y la conformación de redes véase Ricardo Melgar Bao “Una cultura política en formación: los cominternistas latinoamericanos” en E. Concheiro, M. Modenesi, H. Crespo (coord.) *El comunismo: otras miradas desde América*, UNAM, México, 2007.

³¹ El pintor Antonio Berni expuso su muestra “Desocupados” en el primer salón de Arte de A.I.A.P.E., en 1935. Véase Horacio Tarcus (dir) *Diccionario ...* p. 64.

³² Aníbal Ponce, *Dialéctica* n° 6 1936 en Bisso A. *El Antifascismo*. sección documentos p. 121

llevaban pancartas con las imágenes de Henri Barbusse y Máximo Gorki, junto a la de Héctor Agosti, estableciendo un paralelo entre estos escritores comunistas, con el que se denunciaba el caso el encarcelamiento político de Agosti como una prueba del poder del fascismo vernáculo.³³ Más tarde se lo compararía con uno de los presos del régimen fascista italiano: Antonio Gramsci, con quien el propio Agosti buscó establecer un paralelo biográfico. El confinamiento de Agosti funcionó como constructor de lazos con el movimiento antifascista internacional y en el ámbito local permitió el acercamiento al resto del antifascismo no comunista que se solidarizó con su causa, apoyando los actos organizados para su liberación, visitándolo en la cárcel (como veremos más adelante), o como en el caso del director del diario *Crítica*, Natalio Botana, otorgándole la posibilidad de publicar artículos escritos en la cárcel en las páginas de su periódico.

Fue en el clima de confluencias antifascista en el que Agosti se formó políticamente y como escritor, siendo parte del grupo de intelectuales comunistas que provenían de la militancia universitaria, que se vincularon a la figura de A. Ponce. Reflexionando sobre la importancia de las cuestiones culturales en la concientización política, sobre el problema del intelectual y el partido, y que debido a la estrategia de frentes populares buscó establecer diálogo con sectores de otras vertientes políticas e ideológicas como del radicalismo, el liberalismo y el socialismo.

La temática antifascista motivó también la aparición de numerosas publicaciones; el semanario comunista *Orientación*, por ejemplo, daba justamente cuenta de este nuevo clima. Su temática central giraba en torno a los frentes populares, y su función era plasmar las preocupaciones y las líneas en torno al movimiento antifascista. Desde su aparición en septiembre de 1936 con el nombre de *Hoy*, se publicaron allí una serie de artículos sobre la problemática frentista, muchas veces dirigiéndose hacia el socialismo, el radicalismo o la democracia progresista, con el fin de estimular alianzas y abrir el juego político. La intención por parte de los comunistas de establecer alianzas con otros sectores partidarios puede observarse ya en 1932 en el periódico de la agrupación estudiantil *Insurrexit* -de la que Agosti formaba parte-, se proponían el uso de “el arma del frente único”, que, ante la represión estatal los inclinaría hacia una “unión de hierro por

³³ James Cane “Unity for the Defense of Culture: The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943” *The Hispanic American Historical Review*, vol. 77, n° 3, Aug. 1997, Duke University Press. p. 448

sobre toda ideología política” sea radical, socialista, comunista o anarquista.³⁴ Este antecedente da cuenta de que Agosti y los círculos de los que formaba parte, mostraron una temprana propensión a conformar espacios de confluencia, incluso durante el período de la estrategia de “clase contra clase”.

El deseo de los comunistas de acercarse a otras fuerzas políticas, especialmente al radicalismo y al socialismo, era muy claro en las páginas de *Orientación*. Allí se pregonaba por la conjunción de fuerzas democráticas, se resaltaban los puntos de contacto, especialmente rechazando la corrupción gubernamental o la represión de los gobiernos considerados ilegítimos.³⁵ Esa defensa de la democracia, así como el posicionamiento ante los conflictos en la política internacional, les permitía entablar un diálogo y pensar en posibles alianzas.

La escena internacional también ocupó un lugar central en las páginas del semanario *Orientación*. La preocupación por la amenaza del avance nazi-fascista, y por los acontecimientos en torno a la guerra en España, estimulaba los actos de solidaridad. Desde su primer número aparecieron en la portada fotos y artículos sobre España, sobre Dolores Ibarburri “La Pasionaria” o sobre la muerte del poeta Federico García Lorca, llamando a salvar la cultura. En los titulares se leía: “No pasarán!... Madrid debe ser y será la tumba del fascismo”.³⁶ Al lado de éstos y en la misma lógica de denuncia del avance del fascismo -esta vez vernáculo-, aparecían los artículos sobre la prisión de Agosti.³⁷

AIAPE y *Orientación* fueron los dos emprendimientos más importantes de la política cultural antifascista-comunista. En ambos la figura del joven Agosti ocupó un espacio destacado. Se le dedicaron portadas de *Orientación* y, una vez fuera de la prisión, ejerció como secretario de AIAPE. En estos espacios Agosti se fue formando como intelectual y como militante, empapado de la experiencia antifascista, estableciendo contacto y diálogos con el resto de la intelectualidad, siguiendo el camino planteado por Ponce, a quien consideraba su maestro, pero con un elemento que lo diferenció: la experiencia de la prisión. La cárcel como prueba del compromiso con la

³⁴ Véase *Insurrexit* 01/12/1932 nº 2 año II

³⁵ Véase *Orientación* 10/02/1938 y 15/01/1937

³⁶ El propio director de *Orientación*, Cayetano Córdoba Iturburu, fue corresponsal en la guerra española, lo cual explica la centralidad que este tema tenía en la publicación. Según Susan Sontag, la Guerra Civil Española fue la primera guerra atestiguada y cubierta en sentido moderno, con fotógrafos profesionales que registraban las acciones militares, véase Sontag Susan *Ante el dolor de los demás*, Alfaguara, Madrid, 2003.

³⁷ Véase anexo

causa defendida, dicha experiencia marcó en gran medida el itinerario de Agosti, comenzando por que su primer libro fue escrito durante su estadía carcelaria y se tituló *El hombre prisionero*.

Oficiar de nexo

El año 1935 constituyó un momento de cambios en el posicionamiento del PCA, ante el clima de crisis que se vivía en el período de entreguerras, buscaron ofrecer una perspectiva optimista y abierta a nuevas alianzas.³⁸ El estallido de la Guerra Civil Española evidenciaba la urgencia de los tiempos que corrían, ya no podía sortearse la toma de posición política. La opción por las democracias representativas estaba en crisis, y crecía la amenaza del fascismo ante lo que el PC ganó cierto protagonismo en la escena política y cultural local. Su búsqueda de acercamiento a los sectores intelectuales y con partidos como el radical les permitió aumentar su gravitación. Dentro de este panorama la figura que para Tulio Halperin Donghi, funcionó como nexo entre la intelectualidad liberal-democrática y el comunismo fue Aníbal Ponce. Pues al ser un intelectual respetado en el campo pudo articular coincidencias, sobre todo referidas al rescate de la tradición histórica liberal.

Ponce era egresado del Colegio Nacional de Buenos Aires, estudió y abandonó la carrera de medicina en la Universidad de Buenos Aires, no obstante lo cual su producción intelectual y su carrera académica continuaron. Fue discípulo de José Ingenieros, con quien trabajó desde 1923 en la dirección de la *Revista de Filosofía*. En 1930 fundó, junto a otros intelectuales, el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) espacio académico no estatal que ofrecía seminarios y publicaba la revista *Cursos y Conferencias*. En este espacio, si bien predominaba la intelectualidad liberal y socialista, la presencia de un intelectual cercano al PC como Ponce fue aceptada sin reticencias. Como vimos, fue también el fundador y director de AIAPE desde el año 1935. Tanto CLES como AIAPE constituyeron espacios de articulación y de contacto con intelectuales de diversos horizontes políticos. No siendo organizaciones directamente partidarias, se establecían allí diálogos e intercambios abiertos con numerosos intelectuales y artistas argentinos y latinoamericanos. Ponce provenía de una formación liberal y positivista, sin embargo, desde fines de la década del veinte había

³⁸ Tulio Halperin Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, p. 145.

comenzado a incorporar categorías marxista en sus desarrollos teóricos y a entablar relación con el PC.³⁹ Según Halperin Donghi, Ponce “había tomado a su cargo articular la visión del país y del mundo del comunismo argentino”.⁴⁰ Antes del golpe de estado de 1930, ofreció una conferencia en la facultad de Ciencias Económicas de la UBA en la que hizo un llamado al compromiso de la intelectualidad ante los catastróficos acontecimientos que se vivían, y consideraba que “la inteligencia es la levadura indispensable de la revolución”, por lo que interpelaba a sus oyentes y lectores a abrazar la causa del proletariado, que era a sus ojos también la causa de la inteligencia.⁴¹ Sin embargo, debido al aumento de las persecuciones estatales y a la pérdida de sus fuentes de trabajo, en 1937 decidió exiliarse en el México de Lázaro Cárdenas, donde murió a causa de un accidente automovilístico en 1938.

Héctor Agosti pertenecía a una generación posterior a la de Ponce, había trabajado junto a él (publicando en *Cursos y Conferencias* y participando en AIAPE) y se consideraba discípulo suyo. Compartieron espacios institucionales y concepciones sobre el rol del intelectual y su vínculo con la política, pero también-como vimos-pueden observarse elementos que llevaron a diferenciar sendos perfiles. En primer lugar, si bien Ponce se manifestaba abiertamente marxista-leninista, apoyando al comunismo y a la Unión Soviética, nunca se afilió al PCA. Agosti, por su parte, se había afiliado a la Juventud Comunista a los dieciséis años y pronto formó parte de la asociación estudiantil *Insurrexit*, militancia por la que debió enfrentar la experiencia del encarcelamiento y la tortura en la Sección Especial de la policía.

Durante el gobierno de Justo, Agosti fue detenido en varias oportunidades: ocho meses entre los años 1931 y 1932; cinco meses en el año 1932 junto con Jacobo Lipovetzky y Florindo Moretti, por aparecer como responsables de los periódicos *Bandera Roja* y *La Internacional*. Luego de un período de exilio en Montevideo fue condenado a tres años de prisión a cargo del poder ejecutivo entre 1934 y 1937. El relato del paso de Agosti por la Sección Especial aparece reflejado en una carta manuscrita que redactó desde la cárcel de Villa Devoto (destino de muchos de los presos luego de haber estado en la Sección Especial). En dicha epístola relató Agosti de puño y letra las circunstancias de su detención y describió las torturas sufridas (se reproduce la carta del archivo Cendinci):

³⁹ Véase Aníbal Ponce, op.cit. y Oscar Terán, *Aníbal Ponce ¿el marxismo sin nación?*, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 98, México, 1983.

⁴⁰ Tulio Halperin Donghi, *La Argentina y la tormenta*. p. 127.

⁴¹ Aníbal Ponce “Los deberes de la inteligencia” en *Obras Completas* Tomo III, p. 167

“Cárcel de V. Devoto, 21 /// 1934

Queridos Camaradas de “Insu”,

Me dirijo a ustedes para plantear la cuestión de mi detención –así como la de otros camaradas- y las medidas que puedan tomarse para activar mi libertad y la de los demás presos por cuestiones sociales.

Ustedes conocen las circunstancias en que fui detenido en plena calle el día 5 del cte. //// En la sección Especial contra el Comunismo donde igual que //// fui incomunicado durante 11 días, se me sometió a tortura: desnudo, atado de pies y manos, amordazado, vendado los ojos, se me aplicó corriente eléctrica en distintas partes del cuerpo, especialmente en los órganos genitales, destacándose en esta tarea los empleados //// y //// además de otros que no puedo determinar.

Espero respuesta. Saludo Cordialmente

H.P.A. ⁴²

Según vemos en la epístola y según lo relatado por Schneider: “Padeció la picana eléctrica y en la Penitenciaría Nacional conoció el famoso ‘triángulo’”, una celda triangular de un metro y medio de lado totalmente oscura, con un orificio en la parte inferior de la puerta, que se abría dos veces al día para ingresar el alimento y sacar los desechos.⁴³ La sentencia de Agosti a tres años de prisión fue más prolongada de lo que se acostumbraba en relación a presos políticos, y generó una serie de declaraciones solidarias e incluso la formación de un Comité a favor de su libertad. En él participaron el senador radical Lisandro de la Torre, el socialista Alfredo L. Palacios, Dardo Cúneo, Rogelio Frigerio. Al manifiesto del comité por la libertad de Agosti suscribieron también el senador Mario Bravo, Emilio Ravignani, Benito Marianetti, Julio A. Noble, Augusto Bunge, César Tiempo, Álvaro Yunque, Raúl González Tuñón, Cayetano Córdoba Iturburu, Aníbal Ponce, Samuel Eichelbaum, entre otras personalidades políticas e intelectuales de la época. También se publicó el folleto *Libertemos al estudiante Agosti*, en el que se relataba la repercusión del caso Agosti, la conformación del comité pro-libertad, las denuncias por haber pasado un año y medio sin sentencia, los problemas de salud, las visitas que recibía. Allí aparecían también opiniones sobre su caso de personajes de la época como el socialista Max Dickman, Manuel Ugarte, Alfredo Palacios (en una entrevista para el diario *Crítica*), Aníbal Ponce, Benito

⁴² Carta de H. Agosti a sus compañeros de Insurrexit desde la cárcel de Villa Devoto (archivos del Cedinci) 21 /// 1934 . Fotografía de la carta en anexo.

⁴³ Samuel Schneider, *Héctor P. Agosti, creación y milicia ...* p. 33

Marianetti, Arturo Frondizi y Julio Noble. Se organizaron asimismo un acto para pedir su libertad, por las calles se veían pasquines con su imagen detrás de las rejas. Esta campaña se complementó con la aparición de artículos escritos por Agosti desde la cárcel, publicados en los distintos medios. En el popular diario *Crítica* se publicaban sus artículos junto a un epígrafe que presentaba a Agosti como: “*El prestigioso leader estudiantil, que hace poco acaba de cumplir su primer año de prisión, mientras se substancia el proceso que se le instruye por delito de pensar, escribe para nuestro diario desde la celda, en la cual no interrumpe sus estudios y labor de escritor.*”⁴⁴

Tanto para los sectores políticos de izquierda como para algunos líderes radicales la experiencia de Agosti se inscribía en una oleada de abusos desde el gobierno y desde algunos grupos de derecha. Vimos por ejemplo cómo Aníbal Ponce escribía en 1936 - por el aniversario de AIAPE- una denuncia de todos los atropellos a la cultura nacional, entre los que se encontraba la prisión de Agosti (se reproduce):

“El asesinato de Bordabehere, la condena dictada contra Raúl González Tuñón; la expulsión de quince alumnos de la Escuela de Bellas Artes; los agravios a los escritores argentinos lanzados en la Cámara de Diputados por el sector de la extrema derecha; la negación del derecho de asilo a propósito del exiliado boliviano Tristán Marof; el encarcelamiento irregular del escritor Héctor Agosti; el secuestro monstruoso del libro *Tumulto* de José Portogalo ...”⁴⁵

También en el periódico *Orientación* aparecieron varios artículos haciendo referencia a su detención. El 17 de septiembre de 1936 pedían “un contraproceso popular a Agosti”, proponiendo un tribunal “de frente al pueblo” para revisar su causa.⁴⁶ La prisión de Agosti era un símbolo para denunciar la ilegitimidad de las autoridades gubernamentales. Agosti se transformó en un estandarte, una versión vernácula del héroe comunista en lucha. En el artículo “Héctor Pablo Agosti dos años de prisión” del 5 de diciembre de 1936, se leía:

⁴⁴ *Crítica*, 25 de diciembre de 1935

⁴⁵ Aníbal Ponce, *Dialéctica* n° 6, 1936, en Andrés Bisso *El antifascismo argentino*, Cedinci editores y buenos libros, Buenos Aires, 2007. sección documental, p. 121

⁴⁶ *Hoy* Año 1, n° 1, 17 de septiembre 1936

“(…) su nombre se ha transformado en la referencia obligada de cuantos quisieran documentar el alevoso cercenamiento de las garantías ciudadanas con que la reacción ha minado las bases de nuestro régimen constitucional”⁴⁷

Los titulares: “Agosti sigue preso”, “Aprendiendo a pelear por la libertad de Agosti como se pelea por el salario, por la dignidad de la enseñanza o por la pureza del sufragio”, “Una y otra vez volveremos sobre el tema. Agosti preso. La prisión de Agosti. El significado del encarcelamiento de Agosti”;⁴⁸ reflejaban la relevancia que el comunismo otorgó a su caso, pues reflejaba el deseo del PC de “popularizar estos ejemplos dignísimos de heroísmo proletario”.⁴⁹ Para el partido, estos ejemplo debían difundirse, destacarse, el sacrificio no debía quedar en el olvido.

La reclusión de Agosti se desarrolló en la cárcel de Devoto y en la cárcel de encausados de Caseros. Luego de tres años y medio en prisión, fue liberado a fines de 1937.⁵⁰ En 1938 la editorial Claridad publicó su libro *El hombre prisionero*, un compilado de ensayos. En el libro se reúnen percepciones sobre la prisión con consideraciones políticas más generales, junto a ensayos críticos sobre la literatura y el arte. Y se formula cierta definición sobre lo que debía ser un “verdadero” intelectual revolucionario, pero sobre todo, ese libro era un ejemplo de la actitud que el militante comunista debía tener durante su estadía carcelaria: escribir, seguir pensando, no dejar que el ocio o la depresión ganaran, era una obra para lectores militantes, cuyo importancia no radicaba tanto en la calidad de los ensayos como en el hecho de haber sido producido en la cárcel.

Cuando fue liberado Agosti retomó su oficio de periodista y escritor, trabajó en revistas de Sopena, en los diarios *El Sol* y *Crítica* de Natalio Botana, y en la revista *Nosotros*.⁵¹ Asimismo reanudó su colaboración en el periódico *Orientación*; dio una serie de cursos y conferencias en sindicatos y en la AIAPE, en su mayoría en referencia al problema de la Reforma Universitaria. También viajó al Uruguay para dictar cursos en la Universidad Popular de Montevideo, donde estableció vínculos duraderos con

⁴⁷ *Orientación* n° 8 (12/12/1936)

⁴⁸ *Orientación* n° 13 (03/03/1937) y n° 14 (19/03/1937)

⁴⁹ Jorge Dimitrov, discurso-informe VII Congreso, 1935. *Obras Completas*, Editorial del PCB, 1954 en Marxists Internet Archive, 2001.

⁵⁰ Las fechas de su estadía en los diferentes presidios difieren según las fuentes consultadas. Por ejemplo en *Orientación* el 5 de diciembre de 1936 publicaron un artículo titulado “Héctor Pablo Agosti dos años de prisión”, pero el 31 de julio de 1937 publicaron otro artículo según el cual Agosti estaba en prisión hacía cuatro años.

⁵¹ Samuel Schneider, *Héctor P. Agosti Creación y Milicia*, pp. 35-39.

intelectuales orientales. Desde 1941 comenzó a ejercer como secretario de AIAPE y también durante estos años escribió para la Colección Oro de Cultura General de la editorial Atlántida los libros: *Emilio Zola y Literatura Francesa*, que se publicaron entre los años 1941 y 1944. Agosti fue progresivamente ocupando espacios y consolidándose como escritor ensayista, construyendo un lugar en el campo intelectual argentino, con la particularidad de que la experiencia carcelaria le confería las credenciales del militante comprometido. Agosti tuvo un recorrido más orgánico al PCA que su antecesor Aníbal Ponce, la impronta ponceana fue muy fuerte en su concepción del marxismo y en su labor como organizador cultural del PCA. Ambos fueron aceptados entre sus pares, incluso a pesar de haber elegido dejar incompletos sus estudios universitarios. Por la adopción de la estrategia de frentes populares y la temprana muerte de Ponce, Agosti fue progresivamente asumiendo posiciones articuladoras con el resto de la intelectualidad no partidaria.⁵²

Intelectuales, política y partido

Ponce y Agosti compartieron el interés por un marxismo que incorporaba elementos heterogéneos y que buscaba el diálogo con otras ideologías. Procuraron incentivar la inclusión de intelectuales y artistas a las filas partidarias, pues consideraban que la defensa de la cultura y la causa proletaria estaban unidas. Ambos tomaron posición en el debate que se dio en el período de entreguerras sobre el rol del intelectual y su relación con la política. Para encuadrar las concepciones de Héctor Agosti sobre este tema conviene aludir a algunos antecedentes en el debate sobre la figura del intelectual en la sociedad contemporánea, y a la discusión que existió en la tradición marxista sobre la relación de los intelectuales y el partido. En primer lugar, el propio término “intelectual” nos remite a los acontecimientos en torno al denominado affaire Dreyfus.⁵³ Affaire que llegó a su punto más candente en 1898 cuando el escritor Emile Zola publicó el artículo “J'accuse...!” en el periódico francés *L'aurore*. Este

⁵²Véase Ricardo Pasolini, “‘La internacional del espíritu’: la cultura antifascista y las redes de solidaridad intelectual en la Argentina de los años treinta” en Marcela García Sebastián (ed.) *Fascismo y antifascismo Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Iberoamericana, Madrid, 2006, p 57

⁵³ En 1894 el capitán francés Alfred Dreyfus fue acusado de haber entregado documentos militares a los alemanes, por lo que fue condenado a prisión perpetua y a destierro por el crimen de alta traición. Sin embargo, tanto la familia del capitán, como algunos periodistas y escritores se esforzaron por revisar este caso, plagado de irregularidades y con evidentes signos de un nacionalismo a ultranza y antisemitismo por parte del tribunal militar

alegato en favor de Dreyfus conmocionó a la tercera república francesa e instaló un debate público entre *dreyfusards* –quienes se posicionaban como defensores de los valores universales de verdad y justicia- y *antidreyfusards* defensores de la nación y las razones de estado. Intelectuales como Marcel Proust, Anatole France, François Simiand, Georges Sorel, el pintor Claude Monet, Jules Renard, Emile Durkheim, Gabriel Monod, adhirieron al reclamo por la revisión del juicio. Desde entonces la figura del intelectual incorporó a su definición un registro político.⁵⁴

La época de entreguerras intensificó el debate en torno al “deber ser” del intelectual. La vivencia de la Primera Guerra Mundial, con su saldo en millones de muertes y una destrucción material sin precedentes, significó un duro golpe en la concepción de la “civilización occidental burguesa”. La percepción de una sociedad entregada al progreso y al avance tecnológico se enfrentaba de pronto a un nuevo panorama, donde el desarrollo tecnológico puesto al servicio de fines bélicos implicaba una amenaza a la supervivencia. La experiencia de la Primera Guerra involucraba a todos los sectores sociales: ante la muerte de millones nadie podía sentirse exento o por encima de los acontecimientos. En este contexto de entreguerras, se produjo otro debate sobre la función de la intelectualidad, en el que se planteaba cuáles eran sus deberes para con la sociedad y cuáles los valores que debían respetar. En los años treinta se produjo un debate en torno a lo escrito por el francés Julien Benda, que en 1927 publicó su libro *La Trahison des clercs*, donde se planteaba la cuestión del papel que debían tomar los intelectuales ante los sucesos políticos que estaban teniendo lugar en la sociedad de posguerra, sus límites y responsabilidades.⁵⁵ El autor, que había sido defensor de Dreyfus durante los acontecimientos antes mencionados, sostenía que el compromiso del intelectual pasaba por la defensa de los valores universales de verdad y justicia. Para Benda la intelectualidad era el “clero” que protegía estos valores y por lo tanto debía alejarse de cuestiones mundanas como las pasiones políticas. Aquellos que perdían la imparcialidad, la ingenuidad y pasaban a ser funcionales a los intereses de un estado, de una clase, o de causas que apelaran a lo irracional, como el nacionalismo o el racismo, cometían una “traición” a su verdadero deber como intelectuales o *clercs*. Esta concepción del intelectual bendiano, era una crítica dirigida principalmente al avance de la derecha nacionalista francesa, en especial en referencia a Action Française y a su

⁵⁴ Véase Carlos Altamirano (dir) *Términos críticos de sociología de la cultura*. Ed. Paidós, Bs. As., 2002. pp 148-155; Ory P. y Sirinelli J.F.. *Les Intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours*. Paris, A. Colin, 1992.

⁵⁵ Julien Benda, *La traición de los intelectuales*, Ercilla, Santiago de Chile, 1967.

ideólogo Charles Maurras; sin embargo, entró también en debate con los intelectuales afiliados o compañeros de ruta del PC.

Paul Nizan, (miembro del PC francés, que participó de la resistencia antifascista y murió durante la segunda guerra luchando contra la Alemania Nazi) escribió en 1932 el libro *Les Chiens de Garde*, que podría considerarse una respuesta a J. Benda y a la concepción de intelectual por él defendida.⁵⁶ Nizan consideraba escandalosa la abstinencia de algunos intelectuales -como Benda- a pronunciarse políticamente. Para Nizan la sociedad se dividía en *opresores* y *oprimidos* y, por lo tanto, la “verdadera traición” consistía en negarse al compromiso político para con los oprimidos, en no tomar partido por ellos. “El arte por el arte” era a sus ojos una concepción burguesa que constituía una “bella nube” en la que los pensadores podían mantenerse como seres puros, defendiendo la verdad, la humanidad, el espíritu; cuando lo que hacían en realidad era dotar de una justificación espiritual a la burguesía a cambio del salario que ésta les proveía. Frente a esto el autor defendía la necesidad de abandonar las ideas puras y pasar a la acción, traicionar a la burguesía por los hombres.⁵⁷

El problema de la relación entre el intelectual y el partido es inherente al marxismo desde su propia génesis. Siendo una doctrina cuyo sujeto principal es el proletariado, aquel que formuló la doctrina fue, desde ya, un intelectual. Esta tensión fue tratada en el propio *Manifiesto del Partido Comunista*, donde Karl Marx explicaba que en el seno de una clase podía haber un sector, que al comprender la teoría del conjunto del movimiento histórico, se pasaría al proletariado y defendería sus intereses.⁵⁸ En la Segunda Internacional, Karl Kautsky dedicó su atención a este problema. Adoptando una mirada que desconfiaba de la *intelligentzia*, en cuanto consideraba que ésta era una clase privilegiada, mientras que el socialismo buscaba acabar con los privilegios. Esta concepción asimilaba al intelectual con la figura del pequeño-burgués y por lo tanto no incentivaba la incorporación de este sector social al socialismo.⁵⁹ Sin embargo, también existieron otras corrientes dentro del marxismo que

⁵⁶ Paul Nizan, *Los perros guardianes*, Fundamentos, Madrid, 1973.

⁵⁷ Este debate continúa en el Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura realizado en París en el año 1935, véase compilación *La Literatura Moderna y la Cultura*, Ediciones Mundo, Montevideo, 1935. allí participan Henri Barbusse, Andre Gide, Julien Benda, Paul Nizan, Aldous Huxley, Jean Richard Bloch, Waldo Frank, Teófilo Panferov, entre otros.

⁵⁸ K. Marx, *Manifiesto del Partido Comunista* citado en K. Kautsky “La inteligencia y la socialdemocracia” en *El Socialismo y los intelectuales. Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional. Aspectos y problemas*. Ed Siglo XXI, México, 1980, p. 257

⁵⁹ Probablemente esta actitud de Kautsky se debiera a que el partido socialdemócrata alemán contaba, a fines del siglo XIX, con una numerosa base obrera y una estructura que hacía que no precisara buscar aliados en el campo intelectual. Ver Kautsky op cit.

otorgaban al intelectual un papel positivo, que consideraban que podía existir no sólo una coincidencia de intereses entre la intelectualidad y el socialismo, sino que aquellos intelectuales interesados en el bienestar de la humanidad y de la cultura encontrarían en el socialismo su espacio y su causa. Según el austromarxista Max Adler, por ejemplo, el socialismo era ante todo un *movimiento cultural* y por lo tanto si la inteligencia quería coincidir con el nuevo sujeto histórico, que era el proletariado, debía adscribir al marxismo y unirse al movimiento socialista.⁶⁰ Debe mencionarse también la reflexión sobre el intelectual orgánico gramsciano, basada en la imagen de un intelectual colectivo, organizado para acometer las tareas relativas al frente cultural, en ese sentido la intelectualidad debía mezclarse en la vida práctica, como constructor, organizador, “persuasor permanente.”⁶¹

Como vimos, en el contexto de entreguerras muchos intelectuales y artistas se vieron atraídos por la experiencia comunista.⁶² Pero la relación de intelectuales y artistas con el comunismo tuvo distintos momentos: durante el período denominado “clase contra clase” el PC consideraba a los intelectuales como un sector social “pequeño-burgués”, su vida era considerada más cómoda y apegada a hábitos burgueses y –si bien siempre hubo intelectuales entre sus filas- eran vistos con cierto recelo. Esta situación se modificó con el cambio de estrategia hacia los frentes populares antifascistas, a partir de entonces el PC buscó la incorporación de intelectuales y artistas a sus filas, otorgándoles un espacio destacado y estimulando la creación de espacios culturales politizados. Así y todo, para pasar a ser considerado un “cuadro” del partido el intelectual debía demostrar su compromiso y su combatividad en la militancia partidaria.

⁶⁰ Max Adler *El socialismo y los intelectuales* (1º ed. Viena 1910, Méx. 1980)

⁶¹ Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales*, en *Antología* de M. Sacristán, México, Siglo XXI, 1970

⁶² Sobre la atracción que ejerció el comunismo en los intelectuales (casos europeos) véase E. A. Rees “Intellectuals and communism” *Contemporary European History*, Cambridge University Press (consultado 03/09/2008)

Los deberes del intelectual revolucionario

“Por primera vez, los trabajadores intelectuales acostumbrados hasta entonces al individualismo díscolo, sintieron confusamente pero con la urgencia de los llamados imperativos, que la historia los había conducido hasta una encrucijada trágica. Entre una doble fila de trincheras enemigas ya no era posible mantener la neutralidad pudibunda o el aislamiento desdeñoso.

No actuar empezaba a ser una de las formas de la complicidad”.

Aníbal Ponce (Dialéctica, agosto 1936)

Agosti contaba con las credenciales de su compromiso con la causa revolucionaria, fue justamente durante su cautiverio que elaboró una serie de concepciones respecto del “deber ser” de un intelectual. Parámetros que definían quiénes eran los intelectuales comprometidos, los intelectuales revolucionarios, y quiénes no. En su primer libro reunió una serie de artículos sobre la experiencia carcelaria, sobre crítica literaria y referencias al rol político de intelectuales y artistas. Las concepciones de Agosti estuvieron marcadas por lo que consideraba era la urgencia de la época, y por lo tanto, fueron formuladas en un tono tajante, llamando a la combatividad y al compromiso. Este llamado además tenía el peso que le confería el lugar de enunciación, la cárcel.

Agosti criticaba tanto a aquellos que evadían su compromiso, como a quienes pretendían practicar un arte “puro”. Consideraba que quienes tomaban esta actitud, en realidad, estaban siguiendo el juego de los regímenes fascistas y burgueses, transformándose en cómplices. Siguiendo una lógica dicotómica, en la que no optar por el camino correcto posicionaba al intelectual en el bando enemigo, es decir en las filas del fascismo. Haciendo referencia a los escritos de Julien Benda, el joven Agosti se oponía fuertemente el modelo de intelectual “clérigo” –aquellos que no se rebajaban a actuar en la arena pública sino que se limitaban a contemplarla creyendo que actuaban en defensa de valores universales-, puesto que sólo seguían el juego de la burguesía, para mantenerse en el confort de sus torres de marfil y evitar “*separarse de la risueña posibilidad de una vida acomodada*”. Agosti escribía que Benda “*personaliza[ba] la afirmación platónica del renunciamiento a la lucha*”, y que mantener una postura neutral era lo que en verdad constituía una traición al rol del intelectual.⁶³ Debido a la urgencia de los tiempos que les tocaba vivir era necesario abandonar las cuestiones más superficiales y acercarse a la militancia partidaria. Para Agosti “*el militante es el hombre específico de nuestro tiempo*” y por lo tanto sería “*inmoral el pasatiempo*

⁶³ Agosti, Héctor *El Hombre prisionero* p. 111, p. 115 y p 137

estético y la bobada poética".⁶⁴ El "*camino de la Dignidad*" que debían seguir los intelectuales comprometidos no era sencillo y podía llevarlos a la prisión. Pero sólo así conseguirían la "*superioridad moral*" que les confería la lucha. El arte nuevo debía ser forjado en la pasión: el escritor debía vivir, luchar e intentar cambiar el mundo. No importaba si en el camino hacia el compromiso social "*se pierde el estilo*", éste era un precio razonable para Agosti.

En el apartado "La inteligencia y la guerra" llamaba a la generación de intelectuales de la que formaba parte a tomar partido. Les pedía que dejaran de narrar el mundo y pasaran a transformarlo, abandonando la posición contemplativa para pasar al combate social. Según el autor, a partir de la Gran Guerra comenzaba a erigirse una nueva cultura, en la que las erudiciones estériles debían ser superadas y la intelectualidad debía entrar de lleno en la política. Esta generación se encontraba en un momento de ruptura y sólo entrando en consonancia con las clases oprimidas podrían dar cuenta de su papel histórico. Si no cumplían con su responsabilidad política estarían fallando como generación. Aquellos artistas que no se pronunciaron de manera explícita y activa por la causa proletaria estarían siguiendo el juego de la clase burguesa, puesto que a "*la moral de la inteligencia la determina su actitud política*".⁶⁵

Si bien el clima antifascista era propicio a una actitud abierta a la incorporación de intelectuales y artistas, el joven Agosti presentó reparos ante estilos artísticos que consideraba banales. Consideró por ejemplo que Charles Chaplin producía un "*maravilloso arte de la evasión*", pues su obra "*quisiera cerrar los ojos*" a la vida amarga y dolorosa de la clase obrera, cayendo en una postura cercana al individualismo nihilista.⁶⁶ El artista que, "*forzado a volverse hacia la dura realidad aprovechaba la primera hendidura para huir de la acción y encerrarse en sí mismo*" erraba su camino.⁶⁷ Agosti comparaba a Chaplin con el francés André Malraux, pues a pesar de las distancias existentes entre sus obras, consideraba que ante un mismo clima de opresión social, estos dos artistas respondían de manera diferente. Con su obra *Le Temps du mépris*, Malraux hacía un aporte a la literatura sobre la prisión, con un personaje heroico que buscaba el "*sentido*" de su accionar, reflexionando sobre el sufrimiento y los destinos colectivos. A diferencia de Chaplin, Malraux perseguía –

⁶⁴ Ibid p. 31.

⁶⁵ Ibid p. 101

⁶⁶ Agosti usaba los nombre en castellano: Julián Benda, Carlos Chaplin, Tomas Moro, Andrés Malraux, etc.

⁶⁷ Agosti, H. *El Hombre ...* p. 29.

según Agosti- aquel camino de la dignidad, el triunfo, la vitalidad y por lo tanto estaba más cerca del “*arte verdadero*”. Siguiendo este razonamiento, el joven escritor se lanzaba a la búsqueda del “*artista verdadero*”, es decir, aquel que fuera realmente revolucionario y que, desde su arte, provocara e impulsara a las masas hacia la acción. El intelectual y el artista tenían una responsabilidad social, por la que debían acercarse a la acción, al camino político y a la clase obrera. Agosti consideraba que:

“La inteligencia está colocada ante dos posibilidades: o renunciar a sus funciones críticas, sometiéndose a la clase dominante y transformándose en apologética, o bien reasumir sus funciones críticas y revolucionarias, con las consecuencias sociales que semejante postura presupone.”⁶⁸

La premura de los tiempos que corrían, por momentos generaba en Agosti una actitud más estricta para con los estilos artísticos. En referencia a la poesía de Raúl González Tuñón sostenía por ejemplo:

“Lamento que González Tuñón se haya dejado llevar en ocasiones por el deseo de introducir elementos extraños –corchetes de tesis [sic]- en sus versos. Los poemas así incididos desentonan en el bello libro que nos ha dado el autor de *El violín del diablo*. Carecen de verdadera y auténtica vibración de poesía, están reñidos `con ese ritmo de marcha, de himno –para cantar- que debe tener casi siempre el poema revolucionario´ según apunta, muy sagazmente el propio Tuñón”⁶⁹

Su preocupación ante la inclusión de “elementos extraños” en lo que sería un “verdadero poema revolucionario”, no era presentada como una observación externa, Agosti era cuidadoso al utilizar las palabras del “propio Tuñón” para marcar la desviación,⁷⁰ (esto distancia las críticas hechas por Agosti de aquellas confrontaciones que el poeta tuviera con Rodolfo Ghioldi). Raúl González Tuñón era rescatado por

⁶⁸Agosti, Héctor *Defensa del realismo*, Lautaro, 1962, p. 81. (primera edición ed. pueblos unidos, Montevideo, 1945)

⁶⁹ Agosti H. *El Hombre prisionero* p. 41

⁷⁰ En este sentido parece ilustrativo de este clima la nota que el brasilero Jorge Amado introdujo al comienzo de su libro *Cacao*, que dice: “Traté de contar en este libro, con un mínimo de literatura y un máximo de honestidad, la vida de los trabajadores de las plantaciones de cacao del sur de Bahía. ¿Será una novela proletaria?, Río, 1933”. Los signos de interrogación muestran la preocupación del escritor brasilero en torno a tratar de encontrar la forma para, desde el arte, poder acercarse al proletariado y la autodisciplina artística que aquel camino implicaba. Amado, Jorge. *Cacao Sudor*, Losada, Buenos Aires, 1973 (1º ed. 1933).

Agosti, en cuanto constituía un posible punto de partida para una poesía de masas. Aunque con algunos reproches sobre su procedencia del grupo Florida y por algunas cuestiones de estilo, Agosti consideraba que la poesía de Tuñón, especialmente en referencia a su obra *La Rosa Blindada*, podía mover a las masas hacia el amor a la revolución, y debido a su ritmo de acción y de optimismo estaba próxima a ser una “poesía revolucionaria”. En este sentido, Tuñón era un ejemplo, en tanto había tomado una posición concreta antifascista, por lo que Agosti lo comparaba con los franceses A. Breton y L. Aragon, encontrando entre ellos un punto en común: que sus obras “*elevan a las masas*”. Para Agosti el grado de compromiso del artista se evaluaba de acuerdo a la eficacia con la que las obras artísticas movilizaran a sus destinatarios, es decir que si bien era relevante el grado de compromiso del artista, más lo era su obra, en tanto instrumento que activara el espíritu revolucionario.

El arte verdadero que buscaba Agosti debía “*combinar la belleza artística con la eficacia política*”, sin esa eficacia se convertía en estéril o en cómplice y pasaba a formar parte de un ambiente artístico aburguesado y corrompido, cuyo exponente local era el grupo Florida, conformado por estetas puros que no comprendían la realidad obrera y la necesidad de crear un arte “de masas”. Finalmente, Agosti sólo encontraba dos ejemplos del “*verdadero intelectual revolucionario*”: uno era José Carlos Mariátegui y el otro Julio Antonio Mella.⁷¹ Ambos pensadores latinoamericanos habían estado en prisión debido a sus luchas políticas y habían sido organizadores de movimientos marxistas. En el apartado “Mella o la voz de América”, Agosti rescataba la figura del cubano debido a que, proviniendo de la generación que peleó por la reforma universitaria, había logrado superar las preocupaciones meramente académicas para adoptar una perspectiva social y se transformó también en un organizador político: fundó en México la Liga Antiimperialista, viajó a la Unión Soviética y fue el fundador del Partido Comunista cubano. Perteneciente a la misma generación que Aníbal Ponce, murió baleado en 1929. Sobre Mariátegui, Agosti no mencionaba en este caso mucho más que su nombre, pero lo hizo otorgándole la categoría de verdadero intelectual revolucionario. Esta valorización de las figuras del peruano y del cubano puede ser vista como un intento de conformar o de respaldarse en una tradición marxista latinoamericana, o como el intento de construir una genealogía propia para el pensamiento comunista, lo que veremos será una preocupación constante en Agosti.

⁷¹ Agosti, Héctor *El Hombre ...* p. 84

Para ello se remontaba en la historia, a figuras que estaban por fuera del movimiento comunista en sí, de otros tiempos y otros universos ideológicos, a aquellos que habían sido considerados luchadores por una sociedad mejor, y que habían pasado –debido a esa lucha- por la prisión. Agosti describía la prisión como aquel “*reino de la arbitrariedad*”, donde la mugre, el hacinamiento, la ociosidad, el abandono, el abuso de poder, el caos, la corrupción, las vejaciones, podían desmoralizar a cualquiera. Mal alimentados, incómodos, con frío, a merced de enfermedades, los presos debían convivir con “*el silencio, el tedio, la angustia por la inmovilidad*”. Esto era parte del peso que implicaba la lucha revolucionaria y era, por lo tanto, el deber de su generación soportar este trance y sacarle provecho.

En esta lógica incorporaba en su relato un apartado sobre Thomas More (Tomás Moro) y entablaba -con el pensador inglés del siglo XVI- una onírica conversación que tenía lugar en la prisión inglesa a la que fuera condenado por Enrique VIII. Allí se preguntaba Agosti sobre la Utopía propugnada por More: “*¿no la sientes en tu celda? (...) en lugar de abdicar nuestros pensamientos nos aferramos más.*”⁷² More era para Agosti parte de aquellos que, al sufrir por defender sus pensamientos, los fortalecían y exaltaban. Consideraba al encarcelamiento como el lugar que vigorizaba el pensamiento y las convicciones, tornándolos más fértiles; desde allí se desprendía un vínculo, que los unía y que le permitía recuperar a este personaje, a su utopía y a la tradición humanista como legado.

También recurrió identificatoriamente a la figura de M. Bakunin en tanto logró “*esquivar la relajación moral*” durante su estadía en la cárcel.⁷³ Era por eso un ejemplo a seguir, y no importaba en este plano que Bakunin perteneciera al anarquismo, cuestión que no menciona. Lo que Agosti valoraba era su actitud aguerrida, la manera en que se podía y debía encarar el cautiverio. En este mismo sentido evocaba también al comportamiento de Rosa Luxemburgo, asegurando que era indispensable para el militante: “*el sentimiento de sacrificio (...) fervor de religiosidad*”, pues allí residía para Agosti el núcleo de “*nuestro dinamismo*”.⁷⁴

A pesar de apelar a figuras de diferentes universos ideológicos, la concepción que Agosti formuló sobre el rol del intelectual se basaba en el modelo de vanguardia leninista. Era esta “*minoría avanzada*” la que tenía la misión histórica de orientar el

⁷² Agosti *El Hombre...* p. 156.

⁷³ Agosti *El Hombre ...* p. 26

⁷⁴ *Ibid* p. 78

accionar del nuevo sujeto de la historia. Por lo tanto su tarea principal era ponerse en contacto con las masas, ya que sólo a partir de esa relación se conformaría la identidad revolucionaria de la intelectualidad:

“(…) se desprende del seno de la inteligencia una minoría avanzada que, en consonancia con la clase oprimida, negará críticamente el nuevo pretérito para luchar por una flamante forma y contenido de la cultura. Y es entonces cuando la inteligencia se vuelca hacia la política, ya que le es imposible prolongar la ficción de su pureza”⁷⁵

Esta concepción del intelectual como “*minoría avanzada*” que al unirse al proletariado marcaría el camino a la revolución estaba basada en el modelo de la vanguardia leninista, veremos que en Agosti esta concepción convive en tensión con la fuerte influencia del modelo francés de intelectual comprometido.

El camino francés, tendiendo puentes

Con la política de frentes populares del año 1935, los modelos de agrupaciones y el accionar de la intelectualidad en la política adoptaron una ineludible impronta francesa. Agosti consideraba que la tradición intelectual francesa ofrecía una “*lección*” en tanto que gran parte de sus intelectuales habían intervenidos en debates públicos, adquiriendo un compromiso político significativo, y por eso, junto con la intelectualidad rusa, constituían los modelos a seguir. El modelo del PC francés ocupaba en la Tercera Internacional un lugar central, “cuya política es señalada entonces como ‘modelo’ por Dimitroff mismo” según Jacques Droz, los intelectuales franceses se movilizaban rápidamente ante la amenaza fascista, antes incluso que los hombres políticos, organizándose principalmente alrededor de dos agrupaciones: la Asociación de artistas y de escritores revolucionarios, y el Comité de vigilancia de los intelectuales antifascistas.⁷⁶

La experiencia de haber presenciado la eclosión de los movimientos antifascistas en París había dejado una impronta en Ponce que marcó su concepción del rol del intelectual. Agosti retomó los principales lineamientos de esta concepción sobre el rol del intelectual: había llegado el tiempo en que se debía elegir bandos, el aislamiento o la

⁷⁵Ibid p. 102

⁷⁶ Jacques Droz “Histoire de l’antifascisme en Europe, 1923-1939” en *La Decouvert*, Paris, 1985. p. 11

independencia eran embustes; el intelectual siempre sería productor de actos políticos, y a pesar de formar en principio una minoría era menester que ésta se tornara revolucionaria. El escritor debía vivir, luchar e intentar cambiar el mundo, debía tomar una actitud activa, dejar de contemplar el mundo y proponerse transformarlo, integrarse al combate social. Ya no podían darse el lujo de mantenerse “puros”. El cambio de actitud era un imperativo, y si ese cambio implicaba el sacrificio, la estadía en la cárcel o vejaciones, negarse a ellas constituiría una cobardía y una traición al rol histórico que les había tocado. Debían aspirar a generar un arte de masas, comprensible para el obrero, que les permitiera ponerse en contacto con el proletariado. Agosti consideraba que el camino estaba en la continuidad de la lucha, en estimular la “voluntad”, la constancia militante incluso por encima de la “heroicidad”:

“Nuestra generación ha probado, después del 6 de septiembre de 1930, que posee alguna capacidad de sacrificio. Nuestra generación americana ha proporcionado ya algunos héroes a la gesta libertadora. Los héroes, sí. Pero los héroes solos no bastan. Estamos dispuestos a superar la etapa de los héroes y volcarnos en cambio a la fertilidad política de cada día, que es el heroísmo oscuro, ingrato amargo y silencioso del esfuerzo tesonero, de la constancia, de la dedicación de la voluntad indomable”⁷⁷

La necesidad de reforzar la militancia se tornaba más importante que la intrepidez. De esta manera intentaba Agosti pasar a una etapa de construcción de un movimiento político basado en los frentes populares antifascistas. Fue en esta dirección que se encaminaron sus siguientes trabajos, dos libros para la editorial Atlántida: *Emilio Zola* y *Literatura Francesa*. En ellos adoptó un tono más conciliatorio y comprensivo para con la intelectualidad que el que había tenido en *El Hombre prisionero*. Escritos en pleno contexto de alianzas antifascistas estos trabajos podrían verse como puentes tendidos para el resto de los intelectuales antifascistas no comunistas. El peso del llamado a la acción aparece más diluido, incluso puede inferirse de la lectura de *Emilio Zola* que para Agosti la elección del compromiso político, del acercamiento a las causas sociales, podía tomar su tiempo. Aunque conservaba la certeza de que la propia realidad empujaría hacia la toma de posición política, como una especie de destino predestinado en el que el sujeto finalmente asumiría su rol histórico.

⁷⁷ Héctor Agosti. Discurso pronunciado el 15 de junio de 1938 en un acto sobre la Reforma Universitaria en Córdoba. *La Reforma Universitaria* (compilación) Ediciones Cuadernos Marxistas.

A pesar de apartarse de las definiciones más duras y de que no fueron libros abiertamente políticos, sino destinados a un público amplio, Agosti se mantuvo en consonancia con las líneas generales establecidas por el partido: la búsqueda de compatibilidades y de apertura a otras tradiciones de pensamiento, también la preocupación sobre el rol del intelectual en la sociedad se mantiene. Reconstruyó el itinerario Emile Zola prestando especial atención al recorrido de su progresivo compromiso con las causas sociales, desenlazando finalmente en la toma de posición abierta del intelectual francés ante un evento movilizador como fue el affaire Dreyfus. Agosti explicaba ese despertar del interés político como una suerte de camino predestinado. Evocaba en un tono sentimental la vida del escritor francés desde su nacimiento, niñez y adolescencia, creando un perfil de personalidad y reconstruyendo el contexto de la Francia finisecular. La incorporación de Zola al ambiente literario parisino, a la sociedad artística y la conquista de la fama literaria se resumían en lo que Agosti describía como un “*ascenso triunfal*”, que terminó en gloria editorial para el escritor naturalista. Se estableció un recorrido en el que, un Zola “*siempre desdeñoso de la política*”, incluso ante los episodios de la Comuna de París, fue entrando en contacto con los problemas sociales y terminó asumiendo la necesidad del compromiso.⁷⁸ Cuando entró en contacto con la realidad del drama obrero escribió la novela *Germinal*; libro que Agosti describía como “*doloroso, amargo y vibrante [...] grito de justicia*”. No fue, sin embargo, hasta los acontecimientos en torno del affaire Dreyfus que se abrió el capítulo: “El Heroísmo Civil”, es decir cuando Zola pasó de la indiferencia a la lucha, en consonancia con una ola de efervescencia que envolvía a Francia.⁷⁹

Siendo Zola un intelectual respetado, exitoso y rico encontró una causa lo suficientemente poderosa como para movilizarse y poner en riesgo su pellejo y bienestar económico. Luego de escribir el famoso artículo “¡Yo acuso!” (*J'accuse...!*) se le quitó su título de oficial de la Legión de Honor y se vio empujado a exiliarse en Londres. Pero fue justamente durante los avatares y contratiempos sufridos y en la lucha por la causa *dreyfusarde*, el momento en que Agosti consideraba que el escritor francés había encontrado finalmente la felicidad, la alegría, una nueva energía que provenían de su acercamiento a las ideas socialistas (el hecho de que fueran ideas ligadas al utopismo socialista no constituía un problema para Agosti puesto que su preocupación estaba en

⁷⁸ Agosti, Héctor. *Emilio Zola*, Atlántida, Buenos Aires, 1941.

⁷⁹ *Ibid* p. 122

incorporar figuras o modelos a seguir, por sobre la preocupación por delimitar los límites de la ortodoxia marxista).

El episodio del Affaire Dreyfus marcaba para Agosti un camino que desenmascaró la necesidad del compromiso político social por parte de la sociedad en general, pero más aún por parte de la intelectualidad. Fue un momento de interpelación que condujo a un quiebre, que estableció un antes y un después en la discusión sobre la relación entre intelectuales y política. Este libro sobre Zola, descrito en su contratapa como “*pequeño y amable*”, no explicitaba cuestiones políticas o partidarias de manera definida, pero desprendía de él un “*ejemplo*” para quienes veían en Zola un modelo de intelectual que había encontrado finalmente el camino del compromiso político. De esa manera podía ser instrumental para la búsqueda de conformación de puentes con el antifascismo no comunista, y su figura podía ser incorporada al “panteón comunista”, utilizándose su nombre para denominar muchas instituciones de filiación comunista, como bibliotecas o clubes deportivos obreros.

También *Literatura Francesa* fue un libro de divulgación general en tono manualístico, que brindaba un panorama general sobre diez siglos de vida literaria francesa.⁸⁰ Agosti incluyó una variedad de fuentes literarias y de fotografías que ilustraban los principales momentos de la literatura francesa desde la época de los trovadores de la corte real, pasando por el feudalismo, el renacimiento, los clásicos, la enciclopedia, el romanticismo y el naturalismo, hasta llegar a aquella literatura marcada por su “*preocupación operante por el hombre concreto de todos los días*”, siendo sus mejores exponentes Henri Barbusse y Romain Rolland. Agosti reconstruyó esta suerte de linaje, retomando las figuras de J. Michelet, L. Aragon, A. Breton, E. Zola, M. Proust, etc. como los pilares de la cultura francesa.

Ambos libros (*Emilio Zola* y *Literatura francesa*) fueron muestra del momento que atravesaba el propio autor, reinsertándose como escritor en el ámbito editorial argentino. Y a pesar de que fueron aceptados por la editorial Atlántida y por lo tanto podrían verse como desligados de cuestiones políticas, en realidad se condicen también con la intención del PC de abrir sus horizontes, trascendiendo el mundo de la clase obrera, armonizando con los sectores intelectuales. Sin embargo, veremos que esta apertura comenzará pronto a verse empañada por la propia dinámica de las disputas al interior del movimiento antifascista

⁸⁰Héctor Agosti, *Literatura Francesa*, 1 ° edición Atlántida, Buenos Aires, 1944.

Capítulo II. Antifascismo y comunismo, la difícil convivencia

Diversidades y tensiones al interior del antifascismo

Reunidos a partir de la afinidad en la lucha contra un enemigo común, de origen exógeno pero que amenazaba a extender lazos locales, el movimiento antifascista se creó con el aglutinamiento de personalidades provenientes de distintas vertientes políticas. Su definición en términos de programas o contenidos era dificultosa, por eso el antifascismo es considerado por Ricardo Pasolini como una sensibilidad político-cultural, un clima de opinión, que combinaba la novedad europea con elementos de la tradición liberal local y el marxismo. Al confluir en sus agrupaciones figuras provenientes de diversos universos políticos, Pasolini prefiere hablar de “antifascismos” en plural, agregándole a su análisis diversidad y complejidad.⁸¹

Para analizar este movimiento debe tenerse en cuenta como un factor clave que éste fue un fenómeno internacional, pero que contó con sus peculiaridades y su periodización locales. Sólo en este juego entre influencias de la coyuntura externa, adopción y adaptación por parte de los agentes locales, es que puede comprenderse el posicionamiento de los actores y el papel del PC argentino al interior del movimiento antifascista. Dentro de ese movimiento la presencia comunista fue importante, aunque es preciso tener en cuenta que la convivencia fue por momentos tensa. Nunca se desvanecieron las tirantezas entre el comunismo, los intelectuales liberal-democráticos y de los socialistas, tanto en referencia a las figuras comunistas locales, como respecto a la Unión Soviética y a la figura de Stalin en particular. Muchos consideraban que la adhesión del comunismo al antifascismo y a la defensa de valores universales tales como la libertad y la democracia era un táctica discursiva, puramente instrumental que ocultaba los verdaderos designios de la Comintern.

Veremos cómo los años del pacto Hitler-Stalin (1939-1941) acrecentarán el cuestionamiento y las tensiones en la convivencia entre sectores partidarios y no partidarios. Sin embargo, el quiebre del pacto y la entrada de la Unión Soviética a la Segunda Guerra les devolverá cierto espacio, si bien atenuado, que permitirá comprender la inclusión del PCA en la alianza electoral antiperonista de 1945 - 1946.

⁸¹Ricardo Pasolini “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930 Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil” en www.historiapolitica.com. Esta definición del antifascismo como sensibilidad política la comparte también Bruno Groppo véase “El antifascismo en la cultura política comunista” en *Anuario IEHS*, n° 19, 2004.

En torno al antifascismo se generaron una cantidad de discursos y de significados políticos y culturales por momentos difusos. Partiendo de la dificultad que implicó que el término “fascismo” se utilizaba para denominar un amplio abanico de fenómenos y personas. La palabra fascismo fue muy tempranamente empleada entre los comunistas, por ejemplo, de manera bastante generalizada se usó para denominar a los troskistas: en el periódico *Hoy* caricaturas en las que se equiparaba el trotskismo con el fascismo.⁸² También denominaron “fascista” al gobierno de H. Yrigoyen, como al gobierno de J. F. Uriburu y al de A. P. Justo. La línea del PC, plasmada en los discursos del búlgaro G. Dimitrov y difundida en la prensa partidaria, consideraba a los regímenes fascistas europeos como una dictadura terrorista cuyo verdadero fin era servirle al capital financiero, a pesar de esconderse tras el “disfraz” de la demagogia social. Esta lectura en clave clasista del fascismo tuvo sus repercusiones también en el ámbito local. Para Emilio Troise (presidente del Comité contra el Racismo y el Antisemitismo de la Argentina) el núcleo del fenómeno fascista residía en las contradicciones de clase que evidenciaba; consideraba que el fascismo,

“es fenómeno universal, en cuanto representa la forma última que asume la dictadura de la clase capitalista (...) El fascismo es la exaltación del más feroz egoísmo de clase, que en nombre de un interés de clase disfrazado de interés nacional, condena a la esclavitud material y moral al proletariado (...) carente de todo sentido humano, impone por la violencia, por la miseria, por la degeneración, por la exaltación de las más bajas cualidades humanas, el imperio obscuro y triste de su única ley: el provecho, el usufructo, la ganancia”⁸³

Desde la revista *Unidad por la defensa de la cultura*, también la AIAPE explicitaba qué entendían por fascismo. Si bien en su declaración de principios definían al fascismo como parte de las contradicciones de clase, le confería más énfasis a los perjuicios y las agresiones hacia la cultura y las libertades cívicas:

“El fascismo no es sólo la expresión absoluta de la dictadura de una clase resuelta a aplastar a las grandes masas de trabajadores para explotarlos inicuaamente en su exclusivo beneficio. El fascismo es, también, enemigo de la inteligencia. En los

⁸² Véase por ejemplo *Hoy* año 1, n° 1, 17/09/1936; u *Orientación* n° 13, 03/03/1937.

⁸³ Emilio Troise “¿Qué es el fascismo?”, Socorro Rojo Internacional s/f .s/n. en Andrés Bisso *el antifascismo argentino* sección documentos pp. 337-338

desventurados países que sufren bajo su régimen sombrío, la cultura ha sido arrasada sin miramientos (...) El fascismo es, pues, nuestro enemigo, el enemigo de nuestra razón de ser: el pensamiento, la ciencia, el arte, la literatura (...) una amenaza gravita sobre nuestra cultura naciente. Queremos defenderla”⁸⁴.

El énfasis recae aquí en el peligro de aniquilamiento de la cultura y las libertades. El fascismo era percibido como un “paréntesis medioeval” que amenazaba la supervivencia de la civilización contemporánea. Este ataque a la cultura lo tornaba un catalizador que permitía aunar la causa proletaria con los intereses de la inteligencia.

Pese a los diferentes usos del término “fascismo” en rasgos generales existió un elemento constante en el discurso antifascista: la sensación de amenaza y la necesidad de luchar frente a esa amenaza. Es en este sentido que el comunismo era percibido como un aliado posible que contaba con personalidades “heroicas” fogueadas en sus experiencias de lucha, y por ofrecer una posible respuesta bélica, gracias al desarrollo tecnológico-armamentístico soviético y a su potencialidad económica.

Según el análisis de Andrés Bisso, el antifascismo constaba de dos caras: por un lado, la internacionalista, revolucionaria, antiimperialista, anticapitalista, y por otro lado, la cara más moderada que quería preservar valores nacionales y las instituciones democráticas y liberales. Esta “bifrontalidad” se reflejó en el hecho de que dentro del movimiento antifascista convivieron (no sin tensiones) el comunismo -como ala más radicalizada-, con las organizaciones liberal-democráticas. La investigación de Bisso se centra en la agrupación “Acción Argentina”, que formó parte de un antifascismo de carácter liberal-socialista, con un aire notabiliario y de prestigio social, en el que sus miembros contaban con respetables trayectorias políticas o intelectuales. Al interior de esta agrupación confluyeron también culturas políticas diversas, que de manera transitoria se aunaron para luchar contra la amenaza del avance nazi, especialmente luego del momento de la entrada de los nazis en París.⁸⁵ Para comprender los espacios que tuvieron las distintas agrupaciones antifascistas es importante detenernos en la periodización. Si Acción Argentina fue una organización hegemónica en el movimiento antifascista argentino, su fundación data de 1940. Su surgimiento coincide con cierta decadencia de AIAPE debido a diferentes causas: el exilio y la muerte de Ponce, quien

⁸⁴ *Unidad para la defensa de la cultura*, año 1 n° 1, enero de 1936, en Andrés Bisso, *El antifascismo argentino* (documentos) pp 115-117

⁸⁵ Andrés Bisso, *Acción Argentina, un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Prometeo Libros, Bs. As., 2005.

había sido su principal precursor y la figura prestigiosa que articulaba la relación del PCA con el resto de la intelectualidad. A su vez el pacto de no agresión entre Hitler y Stalin entre 1939 y 1941 profundizó la desconfianza y los cuestionamientos a la postura comunista. Según James Cane, AIAPE se mantuvo en actividad durante el interludio 39-41 pero sus posiciones se volvieron más pro-soviéticas que antifascistas. Coincidimos con Bisso en que a partir de los años cuarenta el movimiento antifascista se fue tornando más moderado, al tiempo que el PC fue perdiendo influencia. En su estudio Bisso propone separase de la historiografía reinante sobre el tema, en especial aquella de Europa Occidental, que atribuye al antifascismo una “marcada preponderancia de la acción comunista en su constitución y sentido”⁸⁶ y sostiene:

“deberíamos señalar que en el caso argentino la concepción hegemónica de lo que significaba el antifascismo fue dada principalmente por la prédica liberal-socialista, quien supo ubicar dicha apelación en los términos de una `fase superior del liberalismo´ y como arma de defensa nacional y de las instituciones democráticas. Esto sucedía de tal manera que, salvo en los momentos del Pacto Hitler –Stalin, los mismos comunistas argentinos y sus *compañeros de ruta* tendían a abreviar de manera constante en la interpretación liberal-socialista de reivindicaciones de los próceres de la historia oficial.”⁸⁷

El autor demuestra que el comunismo ocupó un lugar secundario en la conformación del antifascismo local, que la hegemonía ideológica fue liberal-socialista, partiendo del hecho de que el sostén discursivo se basó en ideas liberales e incluso en el panteón historiográfico liberal. La aceptación generalizada, inclusive por parte de los comunistas de ese sostén, demostraría tal hegemonía. Esta aceptación puede atribuirse a una concepción estratégica que los comunistas tenían sobre la historia, los discursos históricos servían como herramientas políticas. Según el análisis de Jorge Myers, los comunistas conformaron, a partir de la política de los frentes populares, la primera cristalización de una “historiografía comunista”, especialmente a partir de la figura de Rodolfo Puiggrós y de la revista *Argumentos*.⁸⁸ Para Myers, los comunistas buscaban una interpretación del pasado que se adecuara a la estrategia política que habían adoptado desde 1935, y por lo tanto, la incorporación del panteón liberal les permitía

⁸⁶ Andrés Bisso, *Acción Argentina, un antifascismo nacional ...* p. 22

⁸⁷ *Ibid* p. 23.

⁸⁸ Jorge Myers, “Rodolfo Puiggrós, historiador marxista leninista: el momento de *Argumentos*” *Prismas* n° 6, Universidad Nacional de Quilmes, 2002.

sellar alianzas, resaltando los elementos comunes con otras fuerzas políticas de tradiciones liberal-democráticas. Los comunistas se apropiaban del pasado nacional, se incorporaban a una línea histórica que consideraban genealógica y se posicionaban como los continuadores revolucionarios de la misma.⁸⁹

Los comunistas argentinos y sus compañeros de ruta tendían a abreviar de una interpretación liberal de la historia, reivindicando a los próceres de la historia oficial. La aceptación de figuras del panteón liberal era parte de la estrategia político-cultural frentista que buscaba el acercamiento a otras tradiciones. Es preciso comprender al movimiento antifascista a partir de la propia complejidad de quienes se definían por oposición a algo, probablemente fuera también un punto importante que el discurso de la derecha política hiciera coincidir concepciones anticomunistas con concepciones antiliberales.⁹⁰ Esto confirió de cierta lógica al acercamiento de dos tradiciones de pensamiento que hasta la década del veinte se pensaban antagónicas como lo eran el marxismo y el liberalismo.

Sin embargo, y a pesar de los puntos de contacto que pudiera generar la coyuntura política, los intentos de dejar de lado las posiciones partidarias no alcanzaron para evitar las disputas por el poder, y las viejas enemistades, aunque no fueran tan explícitas en sus discursos, perduraban. La tensión entre *Acción Argentina* y AIAPE se profundizó cuando el comunismo adoptó una postura neutralista ante la Segunda Guerra Mundial y los intelectuales liberal-democráticos una postura pro-aliados. Durante este período de tensión, *Acción Argentina* incluso consideró incompatible la pertenencia de miembros en ambas agrupaciones. No obstante lo cual, desde los grupos de derecha antiliberales la agrupación siguió siendo percibida como cercana al comunismo.⁹¹ Esto generó persecuciones estatales, que de acuerdo al análisis de Bisso constituyeron un elemento importante en el imaginario antifascista: “La sensación de los miembros de la agrupación [*Acción Argentina*] de estar resistiendo una penetración totalitaria se veía particularmente reafirmada cuando el gobierno conservador prohibía los mitines de la agrupación o llegaba al punto de detener a sus participantes”.⁹² Si la persecución estatal legitimaba la tarea de los miembros de *Acción Argentina*, seguir esta línea los emparentaba con los sectores comunistas, con los que se hallaban enfrentados.

⁸⁹Véase Alejandro Cattaruzza “Historias Rojas Miradas comunistas sobre el pasado nacional durante los años treinta”, Ponencia inédita, Jornadas Interescuelas Rosario, 2005.

⁹⁰ Véase Oscar Terán, *Aníbal Ponce ...* p. 42

⁹¹ Andrés Bisso, *Acción Argentina, un antifascismo nacional..* p. 210

⁹² *Ibid* p. 175

Con la invasión nazi a la Unión Soviética el comunismo retomó la posición previa a la guerra. Volvió a renovar su legitimidad antifascista y fue nuevamente aceptado. Estas coincidencias se reforzaron ante la persecución que todo el campo antifascista sufriría con el golpe de estado de 1943.

Sobre el interludio 1939-1941

El período 1939-1941 constituyó un interludio en el que la percepción que hasta entonces se tenía del comunismo fue trastocada. Aquella imagen de fortaleza ante la persecución de los gobiernos autoritarios comenzó a ser abiertamente cuestionada cuando en 1939 Stalin estableció un pacto de no agresión con Alemania Nazi. Esto generó el desconcierto por parte de los hasta entonces compañeros de los comunistas en muchas de las agrupaciones antifascistas, tornando la convivencia más incómoda y evidenciando rispideces insostenibles. El pacto de no agresión fue considerado desde dentro de las filas del PC argentino como una medida que obedecía a una evaluación estratégica de Stalin sobre la situación del enfrentamiento bélico. El respeto y el acatamiento a las medidas adoptadas por parte de la dirigencia partidaria siempre fue un factor significativo en el funcionamiento de los Partidos Comunistas y en particular del PC argentino. Por las características de la estructura organizativa partidaria, los cuestionamientos hacia las decisiones de la dirigencia y particularmente hacia las decisiones tomadas en Moscú, no eran tolerados. La percepción general de dirigentes y militantes era que la fortaleza del partido residía en la solidez de su organización vertical y que los cuestionamientos sólo evidenciaban fisuras o debilidades, que podrían ser aprovechadas por sus enemigos.

A pesar del aura de infalibilidad que rondaba a las decisiones de Stalin, ante una medida tan controvertida y contradictoria con la línea partidaria, la dirigencia local ofreció una explicación para los militantes. Aunque no pudieron evitar caer en malabarismos discursivos que incluían razones ocultas y enemigos encubiertos. Desde las páginas del periódico *Orientación*, fue el secretario general del PCA Gerónimo Arnedo Álvarez⁹³ quien brindó su explicación sobre el pacto Hitler-Stalin para los

⁹³ “En 1938 se desarrolla una lucha interna por el control de la dirección partidaria entre un sector que lidera Luis V. Sommi y otro que lidera Orestes Ghioldi; el Secretariado de la IC la cuestiona como ‘lucha sin principios’ y propone a José Peter como secretario general. Pero Victorio Codovilla, que se encuentra a la sazón en París propone en cambio a Gerónimo Arnedo Álvarez como nuevo secretario general del PC argentino, consagrándose como tal en un comité central de ese mismo año. (Es reelegido en sucesivos

militantes locales. Parte de su discurso se asentaba en la advertencia sobre enemigos a veces abiertos y otras veces ocultos e incluso internos, que interpretaban las medidas tomadas desde Moscú de manera errónea, con la intención de “sabotear la unidad de la clase obrera”. El dirigente mantenía y defendía el estandarte de la URSS como baluarte de la paz y garante en el combate contra el fascismo; la firma del pacto era un asunto que obedecía a problemas estratégicos que no se cuestionaba, sino que debía tratar de entenderse en la lógica de las causas ocultas. Arnedo Álvarez pedía a los militantes evitar caer en el simplismo y estar precavidos ante el “coro confusionista”:

“El imperialismo procura siempre esconder a sus pueblos el contenido, la finalidad de la guerra que conduce. En el '14 la realizó bajo la máscara de la defensa de la patria agredida. Hoy pretende esconder sus maniobras con la máscara del antifascismo”⁹⁴

Eran velos o máscaras los que ocultaban las causas verdaderas que sostenían las decisiones de las esferas dirigentes. Cuanto más peligrosa y confusa la situación, mayor el riesgo de engaños y por lo tanto más importante respaldar esas resoluciones, basadas en datos que escapaban al militante. Los enemigos eran múltiples y de diversas naturalezas, desde el trotskismo a las fuerzas de la reacción o el imperialismo. Todos “desvirtuaban” y “confundían”. Frente a ello, la dirigencia debía mantener los objetivos claros: apoyar a la URSS y conservar los elementos discursivos generales que habían sostenido hasta entonces. Nada había cambiado, el pacto de no agresión era sólo una medida estratégica que tendría su utilidad y su función, también la intervención de la URSS en Polonia había sido, según Arnedo Álvarez, para evitar el avance del fascismo. Sostenía Álvarez:

“En nuestra lucha presente por una paz democrática y justa debemos concentrar nuestros esfuerzos para extirpar las causas que generan las guerras, para liberar a la humanidad de la barbarie fascista y de toda suerte de opresión de clase, de pueblos y de razas (...) El pueblo argentino debe hacer todo lo que esté a su alcance para precipitar el aplastamiento del nazismo alemán”⁹⁵

congresos: en 1941, 1946, 1963, 1968 y 1973, ocupando el máximo cargo hasta su muerte en 1980)” en Horacio Tarcus (dir) *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina* ... p. 14

⁹⁴ Gerónimo Arnedo Álvarez en *Orientación* 28/09/1939, en Bisso *el antifascismo* sección documentos p. 458.

⁹⁵ Gerónimo Arnedo Álvarez en *Orientación* 28/09/1939, en Bisso *op.cit.* sección documentos p. 458

A pesar de estas explicaciones y del intento de mantener la normalidad el pacto provocó tensiones y conflictos entre los aliados antifascistas, especialmente en torno a la figura de Stalin.⁹⁶ Aunque no puede decirse por ello que hayan perdido definitivamente su lugar dentro del antifascismo local. Se les percibió con mayor desconfianza pero la dinámica de los acontecimientos llevó a que poco tiempo después retomaran su espacio, una vez que la URSS entró en la Segunda Guerra. Volvía entonces la percepción del poderío bélico soviético como salvaguarda contra el avance del fascismo, que se había desgastado con la derrota en la Guerra Civil española. Desde los sectores moderados del antifascismo, incluso entre quienes más cuestionaban al régimen stalinista, como Acción Argentina, volvían a valorar a la URSS como un aliado estratégico.

El pacto fue, según el periódico *Argentina Libre*, la traición de Stalin hacia las convicciones y la lucha antifascista, puesto que evidenciaba la obediencia ciega de los militantes comunistas y la “gran estafa del antifascismo comunista”. En sus páginas, sostenía Julio Argentino Noble:

”El mundo, inclinado a concederle al comunismo un sentido moral elevado, comprendió el engaño en que había caído (...) ese día el comunismo perdió la batalla fuera de Rusia. Se desvaneció su fuerza expansiva al perder a muchos militantes sinceros y al transformar el ambiente de tolerancia y respeto en uno de repulsión y encono. Ese día se derrumbó el imperio espiritual del camarada Stalin”⁹⁷

Desde la revista *Nosotros*, Roberto Giusti escribía: “la idea de que el imperialismo es sólo una proyección de la sociedad capitalista ha quedado desmentida crudamente por la política expansionista del Sóviet, pese a la pedantería dialéctico marxista en auge en ciertos intelectuales.”⁹⁸ Por su parte, desde *Argentina Libre*, el autor de *Los gauchos judíos*, Alberto Gerchunoff, adoptaba una mirada más conciliatoria, consideraba que el pacto había sido una estrategia para evitar la guerra y observaba que, a pesar de que

⁹⁶Véase Sylvia Saítta, “Entre la cultura y la política: los escritores de izquierda” en *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*” coord. A. Cattaruzza; Liliana Cattáneo, *La izquierda argentina y latinoamericana en los años 30, el caso Claridad*. Tesis en UTDT, Bs. As., 1992; Silvia Schenkolewski-Kroll, “El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades 1930-1941” publicado en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Universidad de Tel Aviv), junio de 2002

⁹⁷Julio Argentino Noble en *Argentina Libre* año 1, n° 4, 28/03/1940. en Andrés Bisso *El antifascismo argentino*, documentos pp 474 / 475.

⁹⁸ Roberto Giusti en *Nosotros* (mayo de 1940) en Bisso, op. Cit. sección documentos pp . 482 / 483

existían elementos análogos entre el estado bolchevique y el estado nacionalsocialista, los regímenes obedecían a naturalezas dispares y no se los podía igualar.

La incomodidad en la relación de los comunistas con intelectuales y artistas extra-partidarios se reflejó en diversas discusiones. La acusación sobre el intento por parte de los comunistas de “dominar” las instituciones se repitió en varias oportunidades, pero se incrementó claramente a partir de la firma del pacto Hitler – Stalin, a partir de allí crecieron el fastidio y los enfrentamientos. Un caso ilustrativo en este sentido es el artículo “¿Contra el racismo o comunazismo?” publicado en *La Vanguardia* en mayo de 1941 escrito por M. Kostrynski, secretario general de la asociación obrera sionista Poale Sion, que en carta dirigida a Emilio Troise (por entonces presidente del Comité Contra el Racismo y el Antisemitismo en la Argentina) denunciaba el “mal disimulado” propósito de los comunistas de asegurar el predominio de una única ideología, dejando fuera a las demás tendencias y ocasionando el retiro silencioso de prestigiosas personalidades que en algún momento habían confluído en el común interés de luchar contra el racismo. Sostenía Kostrynski, sobre el desempeño de los comunistas en la dirección del Comité:

“No obstante manipular y usar continuamente la terminología antifascista y antirracista, el Comité abandonó precisamente toda acción real contra el odio racial y el totalitarismo (...) En los boletines editados por el Comité ocupa cada vez menos espacio la denuncia de las bestialidades nazis y fascistas, pero en cambio se dedica cada vez más lugar a los ataques contra socialistas y demócratas en general que se atreven a ‘dudar’ del carácter ‘revolucionario’ de la política bizantina del Kremlin.”⁹⁹

Esta agrupación (el Comité contra el racismo) que había nacido a partir del clima de confluencia que generó el fenómeno antifascista, empezaba a verse envuelta en acusaciones cruzadas sobre traición y el uso velado de la organización para fines partidarios. Según Pasolini, también en la AIAPE, -luego de la dimisión de Ponce-con la presidencia de Troise y siendo Agosti secretario (entre 1941 y 1942), se estableció un mayor disciplinamiento y se reforzó el vínculo partidario, endureciendo las relaciones. Durante la presidencia de Emilio Troise renunciaron personalidades como Alberto Gerchunoff y Liborio Justo. También hubo conflictos con César Tiempo y Samuel

⁹⁹ M. Kostrynski en *La Vanguardia*, en Bisso op.cit. documentos p. 608.

Eichelbaum, por haber manifestado su adhesión a la fórmula presidencial de Ortiz y Castillo.¹⁰⁰

Durante el período en que Agosti era secretario de AIAPE se manifestaron tensiones, por ejemplo, en mayo de 1941 se publicó en *Argentina Libre* un artículo del profesor José Gabriel en el que explicaba su posición ante AIAPE y su decisión de no aceptar la carta que Héctor Agosti le había enviado solidarizándose ante su expulsión de la Universidad Nacional de La Plata. José Gabriel decidía distanciarse públicamente de la institución a pesar de haber sido alguna vez socio,¹⁰¹ pues consideraba que los integrantes de AIAPE:

“han vendido su alma y deben obedecer a consignas superiores (...) sin que yo apruebe la persecución policial de que A.I.A.P.E. dice que es objeto, y sin que haya renunciado a las amistades que tengo en esa entidad ni me importe en un sentido ni en otro, prefería y prefiero no coincidir en apariencia con quienes estoy convencido de que se hallan al servicio de Moscú y mienten cínicamente cuando hablan de defender el derecho de opinar libremente”¹⁰²

Por su parte, desde el comunismo respondían a las acusaciones denunciando el caso de la expulsión de *Acción Argentina* de dos miembros de la filial de Córdoba, debido a que uno de ellos era también socio de AIAPE (*Acción Argentina* consideraba incompatible la militancia en ambas entidades), el otro socio fue expulsado por solidarizarse. En un artículo publicado en *Orientación* del 30 de octubre de 1941 titulado “La quinta columna dentro de Acción Argentina. La filial cordobesa expulsa a quienes están con la U.R.S.S. o son miembros de la A.I.A.P.E.” Gregorio Bermann denunciaba a *Acción Argentina* por la injusta expulsión de estos socios.¹⁰³

Los conflictos se dejaron atrás cuando por el devenir de la guerra Hitler invadió la Unión Soviética y ésta se posicionó en el bando de los aliados. Los sectores democrático-liberales del antifascismo reincorporaron a la URSS con reparos: en el semanario

¹⁰⁰ Véase Ricardo Pasolini, “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930” Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil” en www.historiapolitica.com (consultado 13/03/2008) p.15

¹⁰¹ “Fui socio de ella en sus comienzos, cuando parecía una entidad seria de izquierda y agrupaba a gente capaz. Conforme me di cuenta de que se convertía en un mal club aparente y en una real covacha al servicio secreto de Moscú, presenté mi renuncia” Bisso op.cit. documentos p. 610

¹⁰² José Gabriel en *Argentina Libre*, año II, n° 64, 29/05/1941 en Bisso documentos pp 610-613.

¹⁰³ Ambos documentos en Bisso, *El Antifascismo Argentino...* Bermann *Orientación* 30/10/1941, en Bisso *El antifascismo ..* sección documentos p. 615.

antifascista *Argentina Libre* salió en primera plana del día 26 de junio de 1941 el titular “¡Con Rusia, Contra Hitler a pesar de Stalin!”, mientras esperaban la incorporación de Estados Unidos a la guerra la Unión Soviética seguía siendo percibida como una potencia para frenar el avance Nazi, que ya había llegado a París. Las portadas de *Argentina Libre* acompañaban de ilustraciones a los titulares: “Uno de los enormes tanques del ejército motorizado de los soviets” y “Desfile del ejército Ruso en la Plaza Roja de Moscú”.¹⁰⁴ El artículo “La potencialidad económica. Paralelo entre Alemania y la URSS” de J.W. Steinhardt del 10 de junio de 1941,¹⁰⁵ o las ilustraciones/comics que muestran a Hitler metiendo el pie en una trampa que dice “resistencia rusa”, reflejan las percepciones que se tenía de la URSS desde el antifascismo liberal-socialista. La invasión volvió a juntar a figuras con la que había habido fuertes debates como con el escritor Roberto Arlt, que aparece en una foto junto a Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi en 1942 en una exposición de Ayuda a URSS.¹⁰⁶

Como lo señaló Bruno Groppo “para las generaciones de militantes comunistas que se formaron en los años 30, en particular en el Frente popular y la guerra en España, el antifascismo ha sido ciertamente la experiencia política central y el fundamento de su identidad”.¹⁰⁷ Agosti fue parte de esa generación, se interesó por tradiciones de pensamiento diversas y entabló relación con figuras de otras ramas políticas, pero lo cierto es que pertenecía a un partido que se caracterizó por el peso de su ortodoxia y la rigidez en el cumplimiento de las líneas partidarias, lo que provocó conflictos en los que Agosti mostró un perfil menos conciliador que aquel sostenido luego de su liberación de la cárcel.

El artista y la política. Entre la defensa del realismo y la voluntad higiénica

En 1945 se publicó en Montevideo el libro *Defensa del realismo*, una compilación de conferencias dictadas en la Facultad de Arquitectura uruguaya y en distintas filiales de AIAPE. Allí Agosti plasmó su posición y su diagnóstico sobre la situación de la intelectualidad pero fundamentalmente sobre lo que consideraba debía ser el rol de los artistas. Realizaba una reflexión sobre la estética, la creación artística, el arte como forma de conocimiento y como sensibilidad. Si bien, como vimos, el

¹⁰⁴ *Argentina Libre*, Año II n° 68, 26 de junio de 1941 (véase anexo)

¹⁰⁵ *Argentina Libre* Año II n° 70.

¹⁰⁶ AGN archivo fotográfico caja 3780

¹⁰⁷ Bruno Groppo, *op. cit.*, p. 42

comunismo venía siendo cuestionado por los rasgos autoritarios del gobierno stalinista, el libro se publicó durante un clima que se podría denominar “pre-1956”; cuando la valoración del realismo socialista todavía no estaba identificada abiertamente con los crímenes stalinistas. Fue anterior al debate en torno al XX Congreso del PCUS, que condujo a una revisión general de las prácticas stalinistas, y que llevó a numerosos intelectuales y artistas de todo el mundo a romper sus vínculos con el partido.

Agosti no hablaba de “realismo socialista” sino de Nuevo Realismo pero la conexión con el modelo soviético estaba presente, por aquel entonces la corriente estética del realismo socialista era vista como un modelo de arte combativo, comprometido con la realidad. Parece pertinente mencionar que numerosos artistas argentinos vinculados al PC, como Antonio Berni, Juan Carlos Castagnino, Lino Spilimbergo, Enrique Policastro, Demetrio Urruchúa, etc., se posicionaron como parte del movimiento del Nuevo Realismo, en especial por las temáticas elegidas relacionadas a cuestiones sociales y políticas.¹⁰⁸

Centrándose en los temas que rodean a la creación artística, Agosti pretendió formular -según sus propias palabras-: “una aproximación gnoseológica a la estética o si se prefiere, una exploración del arte como forma particular y específica del conocimiento de la realidad”.¹⁰⁹ Planteaba la necesidad de superar las corrientes artísticas dominantes hasta el período de entreguerras, refiriéndose al naturalismo y las vanguardias estéticas surrealista y cubista. Según su diagnóstico, ambas debían ser

¹⁰⁸ Véase Horacio Tarcus (dir), *Diccionario Biográfico de la Izquierda Argentina*. Antonio Berni (pp 64-66), quien había viajado a Europa para su formación artística con los fondos de una beca del Jockey Club de Rosario y con otra beca del gobierno de Santa Fe, entró en contacto -estando en París- con un círculo de artistas renombrados como Breton, Dalí, Tzara, Eluard, entabló también amistad con el filósofo Henri Lefebvre, Henri Barbusse y con el poeta Louis Aragon, a partir de lo cual se fue vinculando con las ideas de izquierda y con el arte comprometido en causas sociales. Al volver a la Argentina se acercó al PC y a las problemáticas sociales locales, expuso para A.I.A.P.E. la muestra “desocupados” y publicó en 1936 el artículo “El Nuevo Realismo” en la revista *Forma*, posicionándose contra el arte decorativo con el objetivo de recuperar la temática de los contenidos sociales y políticos, según esta biografía, Berni era amigo de Agosti desde 1940 y si bien no era afiliado del PC, sus relaciones con los intelectuales del partido fueron permanentes.

Por su parte, Lino Spilimbergo (Tarcus:p. 638) promovió la creación en 1933 del Sindicato de Artistas Plásticos y defendió una concepción de artista con una “función social”. Spilimbergo junto con otros artistas convocaban a participar en el sindicato con los siguientes argumentos: “nos proponemos realizar en común [...] obras con destino público; animar nuestras concepciones plásticas de un auténtico contenido social [...]; adoptar métodos de labor por colectivos de artistas [para] lograr que se reconozca al arte como de utilidad social [...] y formar entre los artistas una conciencia solidaria”. También Juan Carlos Castagnino (Tarcus: p. 125), quien sí fue militante afiliado del PCA, se consideraba parte del *nuevo realismo*, eligiendo para sus obras temáticas del mundo del trabajo obrero y campesino; su relación con el PC continuó hasta su muerte, siendo Agosti uno de los oradores en su sepelio en el año 1972.

¹⁰⁹ Agosti, Héctor *Defensa del realismo* (nota a la segunda edición)

retomadas, pero superadas por esta nueva corriente artística, a la que denominaba “nuevo realismo”.

En cuanto a los naturalistas, Agosti consideraba que su percepción de la realidad tenía el mérito de ser científicista y objetiva pero fallaban en su imposibilidad de “reaccionar” frente a esa realidad. Se detenían ante la superficie de los acontecimientos sin poder indagar en sus causas, ni formular respuestas. Por su parte, las vanguardias surrealista, cubista o dadaísta, si bien surgían del contexto de crisis de la sociedad burguesa, siguiendo el análisis de Agosti, se limitaban a ser sólo un reflejo de la “conciencia angustiada” de la época, eran pura intuición e implicaban una actitud de repliegue ante los conflictos reales del mundo. A los naturalistas “*la trama sutil y endiabladamente dialéctica de la realidad esencial se les escurre entre los simples datos de los sentidos*”, adoptando una postura pasiva, sin alma: observaban, entendían, pero sólo llegaban hasta ese punto.¹¹⁰ Las vanguardias eran corrientes que correspondían a un hombre desencajado, individualista, un hombre que se evadía de su realidad y que en su máxima expresión podía incluso transformarse al “*nihilismo anárquico*”. Sin embargo, las vanguardias contaban entre sus filas con personalidades que Agosti admiraba, como Paul Eluard o Louis Aragon, artistas que a sus ojos habían podido abandonar la “*realidad soñada*” para hundirse en la “*realidad verdadera*”.

De todas maneras, sostenía en referencia a las vanguardias que “*Semejante gnoseología de lo incognoscible repugna al nuevo realismo*”, resaltando su distancia con respecto a estas corrientes.¹¹¹ El nuevo realismo era presentado como un momento de superación, que desempeñaría un papel primordial en la construcción de una nueva sociedad. En ella, el artista se tornaría consciente de los fines de su obra y podría convertirse así en un “*transformador*”. Contaba para ello con la estructura y los fundamentos filosóficos del marxismo, con el conocimiento dialéctico como respaldo, lo que Agosti calificaba como “*sistema coherente de razones aclaradoras*”.¹¹² Esto permitiría al artista que se lo propusiera alcanzar con sus obras lo “*real posible*”, y por lo tanto, acercarse a la dirección del desarrollo histórico.

En esa concepción, el arte no podía ni debía divorciarse del mundo real, pues perdería así su propia condición transformadora. La esencia del arte era ser un instrumento de transformación del mundo. Y la tarea del nuevo realismo: “*tornar*

¹¹⁰ Agosti Héctor *Defensa..* p. 17.

¹¹¹ *Ibid* p. 16

¹¹² *Ibid* p. 26

conciente la conciencia a veces inconciente del artista".¹¹³ El artista debía descubrir la realidad esencial tras las apariencias, arrojándose hacia las ideas vivas e insertándose en el mundo. El nuevo realismo era "*voluntad de encauzar el arte y la literatura por rumbos sistemáticos*", con el objetivo de lograr la revolución.¹¹⁴ Para ello debían internarse en lo real, comprender, tomar conciencia; implicaba también una actitud dinámica, optimista, con certidumbres en el camino a seguir. El nuevo realismo debía caracterizarse por su capacidad transformadora, nutrirse de la pasión (militante) y de una preocupación moral. Estas eran las vigorosas directivas que para Agosti y para el comunismo debían guiar el camino del artista.

En dicha concepción era fundamental la sensación de conocer la "*verdad*". Lo que ofrecía Agosti en este libro era una explicación de cómo alcanzar esa realidad "*verdadera*" para luego transformarla. Formar parte del nuevo realismo constituía un "*ascenso*" para el artista, este ascenso se lograba cuando se era "*conciente*" de la realidad y se proponía transformarla a través de su obra. Agosti ofrecía una suerte de receta para experimentar ese ascenso y llegar a esa conciencia: quienes irían ascendiendo serían los artistas que se acercaran al PC. Por lo tanto, era vinculándose con esta organización que ganarían la capacidad de desentrañar la verdad. Por ejemplo, en referencia a Raúl González Tuñón, Agosti consideraba que fue sólo a partir de los años treinta –cuando se desvinculó de sus orígenes en el grupo Florida–, que "*comienza a elevarse, cada vez más coherentemente, a la comprensión del proceso histórico, único instrumento capaz de permitirle cumplir válidamente su oficio de adivinación.*"¹¹⁵ Ganando por lo tanto en fertilidad, coherencia, "*claridad*", comprensión del proceso histórico con sus leyes precisas, y acercándose así a la poesía de masas.

Los requisitos para que el artista fuera considerado parte del nuevo realismo, además del compromiso y del "*servicio militante*", también tenían que ver con cuestiones de estilo. Como ejemplo de "*verdadero poeta*" Agosti tomó a Juan L. Ortiz pues consideraba que "*ha eliminado, en plena conciencia todos los recursos de crochet femeninos*".¹¹⁶ Y proseguía: "*no hay en Ortiz ni los viejos juegos retóricos ni el brillante oropel técnico, frecuentes ocultaciones de la flacura del pensamiento. Su lenguaje es dolorosamente sobrio y severo*", por lo tanto y debido a ello era éste un

¹¹³Ibid p. 20

¹¹⁴Ibid p. 40

¹¹⁵Ibid p. 136

¹¹⁶ Agosti Héctor *Defensa* p. 122

verdadero poeta.¹¹⁷ Sostenía Agosti que el nuevo realismo “*prefiere que el artista tenga conciencia de sus medios expresivos en vez de librarse al furor espontáneo de la inspiración*”, entrando de lleno en el terreno del análisis crítico no sólo de la obra de arte sino del proceso en que esa obra era concebida.¹¹⁸ En la siguiente cita puede observarse cómo la libertad en la creación artística y en el uso de los medios expresivos llegaba *después* de “*el ascenso*”:

“ (...)lo que interesa es que el artista ascienda a la conciencia del objeto y cuando ha llegado a esa conciencia bien puede dejársele en libertad de sus medios expresivos, que serán cerrados o translúcidos según sea su nota psicológica individual, a menos que incurriese en una repugnante traición consigo mismo, anticipo de una segura traición hacia sus prójimos”¹¹⁹

Como vemos, Agosti va endureciendo los parámetros que delineaban quiénes eran verdaderos artistas revolucionarios, dando cuenta –aunque sin mencionar ningún conflicto en particular de manera explícita- de las disputas que empezaban a surgir entre ellos y el funcionamiento de la estructura partidaria, y como consecuencia, el creciente temor a la “*traición*”. Desde el primer capítulo de *Defensa del Realismo*, llamado “Los tormentos de la conciencia artística”, Agosti sostuvo que existía una tensión en la relación entre la figura del intelectual y más aún del artista, con la política:

“(…) el artista como tal no es, ni por su esencia ni por su entraña, un político cabal. Actúa con distintas categorías de sentimiento y de pensamiento, y fuera entonces torpeza inaudita buscar en la obra de arte respuestas políticas, indicaciones para una actuación directa, soluciones para dolores concretos, rumbos de acción para las inquietantes adversidades de cada día. El artista habrá cumplido su misión cuando haya alcanzado a describir en su obra aquellas contradicciones que impulsan el adelanto del mundo. Nada más; pero nada menos, tampoco.”¹²⁰

La función del artista era describir las contradicciones del sistema capitalista. No era a ellos a quienes se debía recurrir para obtener respuestas sobre el accionar político. Agosti planteaba una suerte de división del trabajo, en la que cada uno debía atender a

¹¹⁷ Ibid p. 125

¹¹⁸ Ibid p. 26

¹¹⁹ Ibid p. 23

¹²⁰ Agosti Héctor *Defensa* p. 69

su tarea. Los cuadros del comité político tenían a su cargo la dirección partidaria, y los artistas tenían la misión de crear conciencia revolucionaria a través de sus obras. Los artistas brindaban una valorada ayuda a la causa, brindándole además prestigio al partido.

En esta división del trabajo, Agosti oficiaba de intermediario. Era quien plasmaba qué era lo que el partido buscaba entre sus intelectuales y artistas, qué necesitaba de ellos y cuáles eran los límites de sus incumbencias. Una vez aclarados los diferentes roles y espacios, Agosti consideraba que había que ser indulgente con los artistas, haciendo referencia a la comprensiva actitud que Marx había demostrado hacia ellos. Aunque –aclaraba Agosti- “*sin excederse*” en aquella indulgencia, pues consideraba peligroso ser demasiado condescendiente con ellos, mantenía una (inestable) defensa de los artistas frente a aquellos que los desdeñaban. Tratando de *equilibrar* entre “*prácticos*” y “*poetas*”, escribía:

“(…) en el tiempo de la pelea el poeta suele cosechar la sonrisa desdeñosa de algunos ‘‘prácticos’’ a todo trapo. Pues si no es el tiempo de detenerse a recitar versos de amor mientras la metralla canta sus letanías sobre las ciudades abiertas, también será siempre repudiable estupidez de filisteos proclamar la inutilidad de los poemas y de los poetas”¹²¹

Frente a las críticas al nuevo realismo provenientes de los “*vulgares cultores que lo deforman*”, Agosti tomaba una actitud defensiva.¹²² Aclaraba que el nuevo realismo no era anulación de la persona, que no se reclamaba la uniformidad de los medios expresivos, no imponía recetas, sino que (se limitaba a) proporcionar una ordenación filosófica. Agosti pretendía mantener una actitud que conservara aquella “*ardida vocación de libertad*”, a pesar de las dificultades que encontraba para sostenerla.

En el apartado sobre la Nueva Crítica -artículo proveniente de una conferencia ofrecida en la AIAPE de Montevideo en 1943-, explicaba la necesidad de conformar una visión crítica para poder comprender las razones teóricas del fenómeno artístico y literario de manera sistemática y con rigurosidad científica. Esta crítica, que “*enseñar[ía] a leer*”, debía adaptar los ojos del lector a la intención del autor y por lo

¹²¹ Agosti Héctor *Defensa* p. 121

¹²² *Ibid* p. 28

tanto tendría una “*función estricta, de incuestionable valor militante*”.¹²³ Proveyendo una actitud activa, de combate, que rechazara el artepurismo. Debía convertirse en el “*cerebro de la pasión*”, incluso aspirar a modificar el objeto mismo de su examen. Agosti consideraba que una de las funciones de la crítica era mantener una “*esforzada voluntad higiénica*”, que los resguardara de “*artistas presuntos*”.¹²⁴

Más adelante, en su libro *Cuaderno de Bitácora* publicado en el año 1949, Agosti proponía un rol para las bibliotecas públicas, que enseñarían a leer, ayudando a los lectores a discernir entre el “*sentido aparente*” y el “*sentido oculto*” de las obras. Según Agosti era necesaria la presencia de una crítica viva “*en este país tan desvalido de crítica directora*”.¹²⁵ Para ello el bibliotecario podía ser un instrumento eficiente frente a los lectores, caracterizados por Agosti como: el snob “*que no piensa, ni selecciona y se conforma con deslumbrarse*”, o las señoritas, que se dejan llevar por la moda.¹²⁶ Frente a estos lectores incautos el bibliotecario podría ofrecer una “*porción de verdad*”, remover ideas, reforzar el sentido de la responsabilidad, orientando. Sostenía Agosti: “*no es que me oponga a que nadie lea lo que mejor le venga en gana*”, pero a sus ojos la lectura debía ser un hábito de cultura disciplinado y fecundo, practicado con humildad y tenacidad. “*Enseñar a leer equivale sobre todo a formar en el hombre el sentimiento de responsabilidad humana*”.¹²⁷ En este sentido es que procuraba formar lectores militantes, que comprendieran que la cultura constituía una actividad y no una contemplación. La lucha revolucionaria implicaba una encrucijada definitiva, y frente a ella Agosti defendía una actitud de “*jubiloso optimismo*”, aunque también se acrecentaban las desconfianzas y se incrementaba la presencia de elementos de vigilancia o reproches frente a los desempeños de artistas e intelectuales.

El PC se presentaba como el conocedor del camino, aquella organización podía proveer las recetas o la guía a intelectuales y artistas para tornarse revolucionarios. Agosti veía con optimismo el recorrido, “*progreso esencial sobre la incierta doctrina de la escuela de Boedo. Aquel callejón sin salida de la desesperación semianárquica ahora aparece corregido por el conocimiento de las leyes precisas que rigen el curso*

¹²³ Ibid p. 65 y p. 66

¹²⁴ Ibid p. 69

¹²⁵ Agosti *Cuaderno de Bitácora* (1° Lautaro, Bs. As., 1949) 2° ed. Lautaro, 1965. p. 166

¹²⁶ Ibid p. 161

¹²⁷ Ibid p. 169

de la historia".¹²⁸ Esta visión de la dinámica social y de la trama histórica se sustentaba en su fe en el marxismo-leninismo. Pero a pesar de sentirse imbuido de esa "*claridad*" ante el devenir histórico, Agosti también se planteaba el problema y la tensión entre la defensa de esta literatura militante y el escaso valor artístico de muchas de las obras concebidas puramente para dar cuenta de esa militancia. En referencia a la poesía, sostenía: "*Ya sabemos que el principal reproche a esta poesía de militancia civil consiste en censurarle su escasa dignidad artística*", y proseguía: "*se transforman en editorialistas aunque escriban poemas, novelas o piezas de teatro*".¹²⁹ Agosti daba cuenta de que su llamado a la postura militante en el arte podía comprometer la calidad poética. También ponía en evidencia la tensión entre pretender crear una poesía de masas y caer en la trivialidad de escribir algo "*para que nadie pueda quejarse de no haber entendido*".¹³⁰

Presentó las problemáticas e intentó dilucidar cómo lograr un equilibrio en el que el Nuevo Realismo no cayera en un arte panfletario o puramente propagandístico. La propia función de Agosti como intelectual del Partido Comunista era intentar abordar estos problemas. Otorgarles un espacio de reflexión y tal vez ser una guía para aquellos que buscaran la forma de transformar el mundo a través del arte. Su objetivo era promover la "*literatura militante*", el arte militante. Estimular el compromiso político, mostrar el camino hacia ese "*ascenso*", hacia esa "*conciencia*" e incluso el camino hacia la "*verdad*". A sus ojos, esta verdad iba de la mano del Partido Comunista, pues éste contaba con una base científica marxista y con el ejemplo de la revolución proletaria en la Unión Soviética, lo que otorgaba una intensa sensación de certeza:

"amanecerá ese día en que el hombre haya llegado a un grado tal de civilización que no sea el problema económico su preocupación principal. Ya no es la utopía generosa. Ahora es la realidad que, por haber mostrado su validez y genuinidad sobre la sexta parte de la tierra, se transforma en el término seguro de todas las esperanzas y en el nacimiento glorioso de todas las canciones"¹³¹

¹²⁸ Agosti, *Defensa del realismo* p. 137

¹²⁹ Ibid p. 136

¹³⁰ Ibid p. 137

¹³¹ Agosti, *Defensa del realismo* p. 188

Según Agosti “*la literatura militante es un agente de transformación de ideas y sentimientos*”.¹³² De allí provenía su preocupación por la cultura, la estética y su interés en procurar que intelectuales y artistas estuvieran envueltos por un “aire de milicia”. El PC podía funcionar como el instrumento que los acercaría al proletariado y a su lucha, era el partido quien organizaba, contenía y dirigía al proletariado por la senda revolucionaria, siguiendo el ejemplo soviético. El intelectual y el artista debían demostrar el coraje necesario para ser parte de una organización revolucionaria, pero también debían demostrar -y progresivamente cada vez más- el acatamiento a la disciplina partidaria. Si el movimiento del Nuevo Realismo durante los años treinta y cuarenta incluyó a figuras artísticas de renombre que coincidían en la búsqueda de un posicionamiento comprometido en lo social, abordando temáticas relacionadas a la vida de los trabajadores, Agosti fue el encargado de formular los parámetros y las maneras en que la creación artística debía relacionarse con el mundo político y con el partido. Sus años de prisión y exilios otorgaban a Agosti un capital simbólico que lo transformaría en uno de los ejemplos de intelectual comprometido del PCA. Era ése su lugar y de allí provenía la autoridad para poder decir quiénes estaban a la altura de ser un “*verdadero intelectual revolucionario*”, y quiénes no.

En 1948 surgió un conflicto que resulta ilustrativo del desarrollo que fue tomando la relación entre el PCA y los artistas e intelectuales a él vinculados. Este debate se originó en torno a la incorporación del Informe de Andrei Zhdánov, originariamente proveniente de la conferencia de inauguración de la Kominform en la Unión Soviética, que endurecía los parámetros del realismo socialista, mostrando una marcada preocupación por la “penetración ideológica” y las “desviaciones” en las que se incurría en materia de arte.¹³³ El informe endurecía la política partidaria respecto a las producciones culturales e intelectuales, reforzando al “realismo socialista” y reduciendo los márgenes de la autonomía crítica dentro del partido, en consonancia con un endurecimiento en las políticas soviéticas de posguerra, por el clima de guerra fría. De acuerdo a la biografía de Horacio Tarcus sobre Cayetano Córdova Iturburu (crítico de arte proveniente del grupo Florida, afiliado al PCA en 1934, director del periódico *Orientación*) nos encontramos con que: “(...) en Agosto de 1948, una prolongada

¹³² Agosti, *Cuaderno de Bitácora* p. 60

¹³³ Véase Julio Bulacio, *Intelectuales y partido: Héctor P. Agosti y las políticas y prácticas culturales del PCA, 1950-1959*. Sin datos. p. 31

reunión plenaria de intelectuales y artistas plásticos comunistas es el escenario donde se manifiestan dos posiciones enfrentadas: la oficial sostenida por Rodolfo Ghioldi, que promueve la necesidad de adoptar un canon estético realista único para la creación cultural de los artistas comunistas, y la postura encabezada por Córdova Iturburu, de apertura a la vanguardia y a la libertad en la creación. Definiendo el punto de vista del modernismo en un encarnizado debate, que semanas después se continúa en un intercambio de cartas privadas”.¹³⁴

Esta discusión evidenciaba la existencia de dos posiciones dentro de las filas del PCA: una más alineada a las directivas de Moscú, con parámetros más duros en referencia a las expresiones creativas, y la otra, más abierta, proclive a defender la libertad y la diversidad en la expresión artística. Ante esta disyuntiva, la postura de Agosti no es sencilla de encasillar. De su itinerario como escritor se desprende que procuró estimular el acercamiento a otras tradiciones ideológicas, distanciándose de la creciente ortodoxia reinante en el PCA. Así y todo, la defensa de esta postura más abierta siempre se mantuvo dentro de los límites impuestos por los dirigentes políticos.¹³⁵ En 1949 se produjo la expulsión del PCA de Córdova Iturburu y de gran parte del Grupo Arte Concreto Invención, producto de la discusión antes mencionada. Agosti en cambio no llegó a estas instancias.

Si bien Agosti compartía la posición de Córdova Iturburu y a él se deben los principales emprendimientos culturales desde los que el PCA pudo tener una inserción en el campo cultural argentino, también debe mencionarse que por momentos Agosti sostuvo opiniones tajantes y vigilantes sobre los recorridos de artistas e intelectuales, haciendo su postura compatible con la de Rodolfo Ghioldi. De todas maneras, en rasgos generales los escritos y acciones de Agosti se esforzaron por mantener a los artistas dentro de las filas del PCA (distinto a lo que hacía Ghioldi, enfrentándolos y expulsándolos). Una y otra vez Agosti defendía la importancia que la cultura tenía para la toma de conciencia y para llegar al socialismo, y procuraba incorporar figuras de diversos universos ideológicos, mostrando una actitud abierta en comparación a los estrechos horizontes de los sectores partidarios más ortodoxos.

Sin embargo el dilema estaba allí: “*Yo no quisiera tampoco –lo confieso con bastante miedo- que se me tomase como un iluso expositor de ilusorias recetas*

¹³⁴Horacio Tarcus (dir), *Diccionario Biográfico*, p. 53

¹³⁵ Julio Bulacio, *op. cit.* p. 33

tiránicas.”¹³⁶ Se veía a sí mismo como un defensor de las libertades artísticas, y estimuló el conocimiento de dos figuras consideradas “heréticas” por parte de la dirigencia política, como lo fueron José Carlos Mariátegui y Antonio Gramsci. Buscando la forma en que los intelectuales pudieran convivir con las normativas políticas, en un difícil equilibrio entre su costado intelectual y su identidad como miembro del PC, Agosti nunca permitió que las críticas al partido llegaran demasiado lejos. No cuestionó a la dirigencia política del partido, o por lo menos no lo hizo públicamente y se mantuvo hasta el final de sus días dentro de los parámetros aceptados por ésta.



¹³⁶ Agosti, *Defensa del realismo*, p. 70

Capítulo III. Confluencias. Una genealogía histórica nacional

*“Como en 1810 se impone la unidad del país contra las
fuerzas de la reacción”
Orientación 29/04/1936*

Recuperando terreno

Como vimos, la aparición del fascismo en el panorama político internacional había trastocado el eje de las preocupaciones comunistas. La búsqueda de la revolución proletaria -para provocar la ruptura y superación del orden burgués- dejaba de ser el tema central. Las circunstancias provocaron un cambio en las prioridades comunistas, el combate contra la bestia parda reacomodó a sus militantes en un lugar en el que encontraron puntos de conexión con otros sectores extrapartidarios. En aquel contexto surgieron coincidencias que entremezclaban cuestiones ideológicas, -como la defensa de la cultura, de valores democráticos, o la toma de posición en favor de los aliados en la Segunda Guerra Mundial-, junto con intereses estratégicos y electorales, referidos a la política local.

Durante los años finales de la Segunda Guerra la Unión Soviética buscó demostrar que era una aliada confiable. Stalin mostraba intenciones de reparar los perjuicios que el pacto Ribbentrop-Mólotov había causado en su relación con el antifascismo. Destinó todo su poderío militar al objetivo de acabar con el nazismo y, emitiendo un gesto de voluntad conciliatoria hacia los estados occidentales, en 1943 Stalin disolvió la Comintern. Por otro lado, el Secretario General del Partido Comunista norteamericano, Earl Browder, expresaba en 1944 una consigna en la que comunismo y capitalismo podían coexistir pacíficamente, y promovía el alineamiento de los PC de América en la adopción de una línea patriótica, que valorizara las cuestiones nacionales y que empujara la política de frentes populares hacia las alianzas electorales.

Analizaremos en este apartado algunos de los puntos de confluencia que permitirán comprender la inclusión del PC argentino en la alianza electoral denominada Unión Democrática. En primer lugar, el paso de la defensa del estandarte antifascista a la defensa de la bandera democrática, como discurso opositor a las dictaduras militares y a las prácticas fraudulentas en la política. En segundo lugar, la convergencia en la concepción de la historia nacional: tanto comunistas como intelectuales liberal-

democráticos abrevaban de una interpretación de la historia basada en el panteón historiográfico liberal y en el legado de la revolución de Mayo. Esta concepción se reflejó en los trabajos de Héctor Agosti del período, en los que se evidenciaba su intención de establecer una genealogía histórica nacional, con la que los comunistas pudieran identificarse, y que sirviera para vincularse a otros partidos, posibles aliados electorales.

Veremos que el golpe de estado de 1943 representó una nueva intensificación en la represión por parte de estado hacia el antifascismo en general, y hacia el comunismo en particular. Por aquellos años, los principales líderes del PCA estuvieron detenidos, confinados o exiliados, y sus periódicos y editoriales clausurados, y fue durante el convulsionado año 1945 que fueron liberados o retornaron del exilio. La vuelta de los dirigentes se produjo en un clima de marcado optimismo, proveniente principalmente de los acontecimientos internacionales: la Unión Soviética había demostrado su poderío bélico en el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, había brindado millones de vidas para conseguir la derrota de los nazis. Una vez superada la guerra, en Europa Occidental los comunistas lograron participar en gobiernos de coalición, con significativos éxitos electorales en Francia e Italia. También se reforzaba su influencia en Europa Oriental, sustentada en el poderío militar del ejército rojo. En América Latina, los partidos comunistas que estaban en condiciones de hacerlo también optaron por participar en alianzas electorales con sectores denominados “democráticos”. Por ejemplo, en Chile participaron en la Alianza Democrática junto con radicales, socialistas, demócratas y lograron triunfar en las elecciones de 1946. Estos años fueron un momento particular en el que el comunismo mostraba gestos conciliatorios y de apertura, sin embargo, este momento fue relativamente efímero. El gobierno de Harry Truman en Estado Unidos hizo de la lucha contra la influencia comunista una de sus prioridades; y el stalinismo procedió a la expulsión del secretario general norteamericano, desechando la línea conciliatoria denominada browderismo. Estos cambios condujeron muy pronto al establecimiento a nivel mundial de la lógica de la guerra fría.

Hacia la Unión Democrática

El peso relativo que el PC argentino había adquirido en el juego político a raíz de la estrategia de los frentes populares no se reflejaba en un poder consistente en las urnas, no tenían un peso electoral que les permitiera convertirse en una opción política.

Contaban con una presencia en el ámbito gremial, pues dirigían numerosos sindicatos y -como vimos- habían logrado ocupar un espacio de relativa importancia en el ámbito cultural. A su vez, el hecho de que la política argentina en la década del treinta estaba reñida con las urnas, debatiéndose entre regímenes fraudulentos o dictaduras militares, le permitía al comunismo sentirse más cómodo como fuerza política al buscar la conformación de alianzas o frentes populares. Este camino conciliatorio respondía, tanto a la línea partidaria proveniente de Moscú, como a las características propias de la política local.

Desde principios de la década del treinta el PCA manifestó intenciones de conformar frentes comunes o alianzas políticas. El periódico *Orientación* se encargaba de estimular las relaciones políticas con socialistas y radicales, presentando a los comunistas como defensores de la causa democrática. Orestes Ghioldi decía en el informe del IX Congreso del PCA: “El comunismo es un ardiente defensor de la democracia”¹³⁷ y proseguía argumentando que, en la unión estaba la fuerza, por lo que había que procurar construir la unidad con otras fuerzas democráticas. En otros titulares, como incitación a esa unidad se leía: “*Un partido socialista potente y unido en una fuerte conjunción de fuerzas democráticas*”¹³⁸ o “*De la auténtica historia del radicalismo surge el imperativo del frente popular*”.¹³⁹ Los comunistas incluso apoyaron candidaturas radicales: “*Alvear debe ser el futuro presidente*”.¹⁴⁰ Sin embargo, por mucho tiempo tanto los socialistas como los radicales rechazaron la participación de los comunistas en frentes comunes: “*El diario socialista [La Vanguardia] no sabe ya a qué argumento recurrir para justificar su oposición al ingreso de los comunistas argentinos al frente popular*”.¹⁴¹

A pesar de haber procurado estimular estas alianzas, los intentos de formar frentes populares electorales habían fracasado. Los socialistas rechazaban la presencia comunista, consideraban que ésta hacía peligrosa la conjunción, que los acercaba al terreno de la ilegalidad.¹⁴² A sus ojos los comunistas eran “tan pocos y tan débiles” que no era relevante su presencia. Por ejemplo, el dirigente socialista Adolfo Dickman vio

¹³⁷ *Orientación* 10/02/1938

¹³⁸ *Orientación* 12/12/1936

¹³⁹ *Orientación* 29/04/1937

¹⁴⁰ *Orientación* 10/04/1937

¹⁴¹ *Hoy* 17/09/1936

¹⁴² Véase Andrés Bisso *el antifascismo argentino* p. 86

con desconfianza la proclamada defensa de la democracia por parte de los comunistas argentinos y sostuvo desde el periódico *La Vanguardia*, en referencia a este tema:

“(…) la Tercera Internacional Comunista con su política de intransigencia; con la amenaza constante de la dictadura del proletariado; con las diatribas contra la democracia y las libertades públicas esenciales”¹⁴³

Nuevamente desde *La Vanguardia* vemos cómo se manifestaba esta desconfianza, que era síntoma de las profundas tensiones que cruzaban al antifascismo cuando en el horizonte aparecía la cuestión electoral. Este es el caso de la poesía “La mula comunazi” escrita por Fray Hortiga ya en 1943:

Para salvar al pueblo de la “mula”,
Fue la Unión Democrática anunciada,
La que por socialistas proyectada,
en estos días por el país circula.

Pero del comunismo audaz, la gula,
Por ciertos radicales alentada,
con su acción deletérea y solapada,
amenaza la idea de dejar nula.

¡Tengan mucho cuidado, radicales
Con esos comunazis desleales!
¡Ojo con la canción confusionista

que cantan sus sirenas desde **La Hora!**
Mala la “mula” si es conservadora
También mala la “mula” comunista.¹⁴⁴

Las negativas y desconfianzas perdieron peso sólo ante la llegada a la política local de Juan D. Perón, al que se percibió en el ámbito antifascista como una suerte de *Duce* criollo. Esta presencia sumada a las experiencias comunes vividas, tanto a lo largo

¹⁴³ Adolfo Dickman en *La Vanguardia* del 15/10/1936, en Bisso Andrés *El antifascismo ..* sección documentos p. 541

¹⁴⁴ Fray Hortiga (seudónimo), *La Vanguardia* 12/05/1943, en Andrés Bisso *El antifascismo ..*, sección documentos, pp 571-572

de la denominada década infame, como a raíz de las medidas represivas impuestas por el golpe militar de 1943, reforzaron las confluencias. También influyó la dirección que parecía marcar el contexto político internacional. Todos estos elementos profundizaron una aglutinación que ya contaba con antecedentes y que terminó cristalizándose en la Unión Democrática. Pero para comprender esa reunión es preciso remontarnos a las vivencias que atravesaron los antifascistas a raíz del golpe militar del 4 de junio.

El gobierno de Roberto Ortiz (1938-1942), sucesor de Agustín Justo, fue visto por un amplio sector del antifascismo como un retorno a la normalidad política. Ortiz era aliadófilo y radical antipersonalista, y por lo tanto se lo ubicaba dentro del “bando” democrático. Sin embargo, debido a problemas de salud debió ser reemplazado por Ramón Castillo, lo que provocó la reactivación de las campañas contra el fraude electoral. En este contexto, el golpe de junio de 1943 fue, en un primer momento, “recibido como un bálsamo por la mayoría antifascista” quienes veían en él una esperanza para la restitución de la Constitución Nacional.¹⁴⁵ Por ejemplo, desde la filial sanjuanina de Acción Argentina esperaban que el gobierno provisional de Pedro Ramírez restituyera las garantías constitucionales. En *La Vanguardia*, declaraban que la asociación “Se regocija y confía en que será un hecho el imperio incommovible de la verdad, de la justicia, de la libertad, de la democracia y de la fraternidad, elementos formativos y esenciales de nuestra nacionalidad y de nuestra Constitución”.¹⁴⁶

Muy pronto, las medidas gubernamentales contrarrestarían aquellas esperanzas. A pocos días de asumir el general Ramírez se clausuraron todas las agrupaciones de ayuda a los aliados, entre ellas Acción Argentina y Junta de la Victoria. Las medidas adoptadas por el gobierno fueron duras, fueron cesanteados los profesores universitarios que apoyaron abiertamente a estas organizaciones aliadófilas, o a aquellos que clamaban por la declaración de guerra al Eje. Asimismo se disolvieron los partidos políticos, se intervino la Universidad Nacional del Litoral y luego el resto de las universidades nacionales incluidas las de Buenos Aires y Córdoba, y se declaró ilegal a la FUA. El nuevo gobierno se oponía a los ideales reformistas y a la autonomía universitaria; dominado por sectores de derecha católica, llegó a instalar la educación católica en el currículo regular de las escuelas públicas.

¹⁴⁵ Andrés Bisso, *El antifascismo argentino*, p. 42

¹⁴⁶ *La Vanguardia* 15/06/1943 en Bisso, *op. cit.*, sección documentos, p. 216. Los comunistas no apoyaron el golpe.

Muchas de las medidas represivas contra el antifascismo se basaban en la percepción de que este movimiento era una suerte de “caballo de troya” de los comunistas.¹⁴⁷ Los sectores nacionalistas y conservadores de derecha sospechaban que, de manera subrepticia, el accionar de las agrupaciones estaría controlado por “agentes de Moscú”. La sensación de amenaza que los gobiernos militares y la derecha sentían por parte del comunismo excedía con creces el verdadero poder del PC, pero de todas maneras el anticomunismo funcionó como justificativo del incremento de la represión estatal. Los comunistas fueron uno de los blancos de ésta, ya previamente al golpe, en febrero de 1943, al finalizar una reunión con dirigentes de la UCR en la Casa Radical (cuyo objetivo era conformar un frente democrático y antifascista), las principales figuras de la dirigencia política del PCA: Rodolfo Ghioldi, Victorio Codovilla y Juan José Real fueron detenidas y conducidas a sus destinos de confinamiento. Rodolfo Ghioldi, confinado en una cárcel de Río Cevallos, Real en Corrientes y Codovilla en La Pampa. Al poco tiempo el PC organizó la fuga de Rodolfo Ghioldi, trasladado a Montevideo donde permaneció exilado por dos años.¹⁴⁸ Luego del golpe militar del 4 de junio, también Agosti fue detenido en varias oportunidades y se exilió en Montevideo donde, junto a Ghioldi, editaban el periódico *Pueblo Argentino*.

A raíz del golpe se declararon ilegales y se clausuraron los periódicos *Orientación* y el diario comunista *La Hora*. La editorial Problemas, fundada en 1940 por Carlos Dujovne, también fue clausurada, quemados los libros y Dujovne fue enviado a la cárcel de Neuquén hasta 1945.¹⁴⁹ Asimismo, en el plano sindical el gobierno suspendió la CGT N° 2 de filiación comunista y gran parte de la dirigencia sindical comunista también fue apresada. Luis Sommi, del sindicato maderero y José Peter, dirigente de los obreros del sindicato de la Carne, estuvieron presos entre 1943 y 1945 en Neuquén. Compartiendo destino con el dirigente Juan José Real, Antonio Castagnino (hermano del artista plástico Juan Carlos Castagnino) y Benito Marianetti. También Ernesto Giúdice y el médico Emilio Troise estuvieron detenidos, éste último, luego de su estadía en la cárcel de Devoto partió al exilio uruguayo.

Muchas personalidades que participaban en las agrupaciones antifascistas fueron empujadas a exiliarse, principalmente se dirigían hacia Chile y Uruguay. En este último

¹⁴⁷ Andrés Bisso, *El antifascismo argentino* p. 55

¹⁴⁸ Horacio Tarcus, *Diccionario* p. 254

¹⁴⁹ *Ibid* p. 191

país se conformó, en el año 1944, la denominada *Junta de exiliados* de Montevideo,¹⁵⁰ en la que se reunieron figuras de distintas filiaciones políticas opuestas al régimen militar: Nicolás Repetto, Alfredo Palacios, José Gabriel, Guillermo Korn, Julio Noble, compartían el lugar y las preocupaciones con comunistas como Rodolfo Ghioldi y Agosti.

Ante la represión estatal el antifascismo se vio nuevamente aglutinado y adoptó una actitud combativa. Volvían a primar las coincidencias, los valores en común: se reencontraban pregonando por la defensa de la democracia. Por aquel entonces el poder de movilización de los sectores antifascistas era considerado importante. Incluso los comunistas -que solían ser los menos numerosos en términos de resultados electorales-, una vez que estimaron que el régimen daba signos de permitir nuevamente el goce de las libertades personales y la implementación de una democracia electoral, decidieron mostrar su poder de convocatoria. En el año 1945 fueron liberados los dirigentes comunistas de sus respectivos presidios y retornaron aquellos que habían estado exiliados (entre ellos Agosti). Se procedió entonces a la organización de un gran acto a realizarse en el estadio porteño Luna Park, a realizarse el primero de septiembre de 1945. Rodolfo Ghioldi fue el principal orador, y participaron líderes sindicales, políticos, juveniles y femeninos del PCA. En el acto se convocaba a formar parte de un *amplio frente democrático* junto con radicales, socialistas, demócrata-progresistas y conservadores. Apelaban a la confluencia tanto en la defensa del bando de los aliados en la Segunda Guerra, como a un panteón histórico nacional común:

“‘Contra el nazifascismo, sigamos su ejemplo’, coronaba los grandes retratos de Stalin, Truman, Atlee, Roosevelt y Churchill. Esa evocación admirable a la lucha unida de los pueblos contra la barbarie, en defensa de la libertad, la civilización y el progreso de la Humanidad toda, fue la que presidió en todo momento la gran jornada cívica [el acto del 1º de septiembre]. Otra serie de pantallas con las figuras de San Martín, Moreno, Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Ponce, y los retratos de los dirigentes del Partido, Arnedo Álvarez, Victorio Codovilla, Rodolfo Ghioldi y Juan José Real, completaban el magnífico decorado del *stadium*, juntamente con las carteleras en las que se leían las consignas centrales del mitin: ‘Unidad Nacional para salvar a la Patria’, ‘Reclamamos

¹⁵⁰ Andrés Bisso *El antifascismo argentino* p. 44

un gobierno democrático que garantice elecciones libres y el encauzamiento constitucional del país.”¹⁵¹

Así describía Ghioldi el acto del Luna Park. Las confluencias superaban las desconfianzas y el camino más natural llevaba a la conformación de la Unión Democrática. Era lo que estaban haciendo también los partidos comunistas europeos y latinoamericanos: participar de alianzas electorales en el bando de las “fuerzas democráticas”. El paso de la defensa de la causa antifascista a la defensa de la causa democrática se vinculaba con la línea del comunismo a nivel internacional. Y se plasmaba en la búsqueda de coincidencias en el ámbito electoral local. Rodolfo Ghioldi encabezó la Lista de la Unidad y la Resistencia (de la Unión Democrática) como candidato a senador por Capital Federal junto a Julio A. Noble.¹⁵² Las fuerzas del PC argentino se rearmaban y el populoso acto fue percibido como una prueba de su fuerza de movilización. Este parecía ser finalmente el momento en el que todo podía acomodarse, todavía se consideraba clara la escena política: ellos eran los defensores de la democracia, los héroes antifascistas, que seguían enfrentándose a los reaccionarios nazifascistas. La denominación del peronismo como nazifascismo obedecía a esta imagen de la situación política.

La construcción de una genealogía histórica revolucionaria

En aquel acto del Luna Park las figuras de San Martín, Moreno, Sarmiento, Alberdi, Echeverría y Ponce eran parte importante de la escenografía que engalanaba la velada. Veremos que una de las preocupaciones de Agosti fue ofrecer una guía para acercarse a las figuras del panteón del pensamiento nacional, para que los comunistas formaran parte de una tradición histórica nacional. Tradición que asimismo era uno de los puntos de confluencia con el resto de las fuerzas que integrarían la Unión Democrática.

Una vez más, Agosti asumía su rol de intelectual del Partido Comunista y se dedicaba a explicar los méritos de aquellos próceres, los puntos a rescatar, las enseñanzas a seguir, y también las circunstancias que explicaban sus errores ideológico-

¹⁵¹ Rodolfo Ghioldi, *Los comunistas al servicio de la Patria*, Ediciones del Partido Comunista, Buenos Aires, 1945. citado en Sebastián J. Rodríguez y Andrés Iván Gurbanov, *Comunismo y Peronismo: historia de una relación compleja (1943-1955)* s/datos pag. 35

¹⁵² Horacio Tarcus (dir), *Diccionario Biográfico*, p. 254

políticos, para comprenderlo y finalmente absolverlos de sus fallas. Encontrar una base cultural nacional propia, tanto en el arte y en la literatura, como en el plano histórico, constituía para Agosti una forma de lograr el despertar de la sociedad en su conciencia política. Al ser un escritor respetado por la militancia, sus interlocutores y lectores encontraban en él un referente al que recurrir, que podía guiarlos, brindando criterios para construir una idea sobre arte, cultura y también sobre historia argentina. Progresivamente irá adquiriendo la función de explicar a sus lectores: quiénes estaban dentro de la genealogía comunista, quiénes era de los “*nuestros*”. Agosti percibía su tarea como una labor militante, no meramente intelectual; respondiendo así a sus propias concepciones sobre la función del intelectual. Perseguía un propósito relacionado a los objetivos partidarios, y en este sentido no había ninguna contradicción entre formular una genealogía de pertenencia a la historia nacional con el internacionalismo comunista, puesto que la propia estrategia del PCUS stalinista se orientaba a dicho encuentro con la cuestión nacional.

La vuelta de Agosti desde su exilio en Montevideo en 1945, coincidió con la publicación de su libro *José Ingenieros, ciudadano de la juventud*.¹⁵³ Allí procuró recuperar la figura de José Ingenieros y la tradición de la que este pensador formaba parte, estableciendo una suerte de linaje histórico nacional. Una historia nacida en la Revolución de Mayo, forjada en el pensamiento y el accionar revolucionario de Mariano Moreno, que continuaba en la generación de 1837 -con su enfrentamiento a Juan Manuel de Rosas-, en especial en la figura de Esteban Echeverría, quien había formulado un modelo revolucionario en *El Dogma Socialista*. Luego en la generación del ochenta, Sarmiento, Alberdi; los positivistas, hasta llegar a José Ingenieros. Figura, esta última, que merecía atención en especial al remitirse a los momentos en el que tomó una posición política afín al socialismo, por su apoyo abierto a la Revolución Rusa, y por su contacto con una generación de jóvenes formados en el candor de la lucha por la Reforma Universitaria.

La importancia de construir una historiografía nacional “marxista” acorde a los deseos de la dirigencia política del partido era central en la estrategia partidaria de frentes populares. El primer exponente en este sentido fue Rodolfo Puiggrós y la revista *Argumentos*, pero también en los periódicos solía haber una columna o sección sobre historia argentina. En *Hoy*, por ejemplo, publicaban fragmentos de *El Matadero* y tenían

¹⁵³ Agosti Héctor *José Ingenieros, ciudadano de la juventud*, Futuro, Buenos Aires, 1945.

una sección de historia Argentina “con criterios marxistas.”¹⁵⁴ Sommi relataba cómo había influido en los presos de Neuquén la llegada de una epístola escrita por el dirigente Victorio Codovilla, en la que se reflejaba la importancia que el dirigente le otorgaba a los conocimientos de historia para la formación de los militantes:

“(…) se plantea con vigor la necesidad de estudiar, conocer, interpretar y manejar con mayor eficacia la historia argentina. La historia es también un arma de lucha; se la utiliza en un sentido u en otro para resolver el presente y estructurar el futuro de la Nación.”¹⁵⁵

La intención de contar con una interpretación propia de la historia nacional cobraba sentido ante la acusación por parte de los sectores nacionalistas de que los comunistas abrevaban de una ideología extranjera y que su internacionalismo los despegaba de las tradiciones nacionales. Lejos de ser o de pretender ser un historiador profesional, Agosti ofrecía de todos modos una perspectiva o una interpretación de la historia nacional. Ya desde *El hombre Prisionero* Agosti presentaba esta “línea histórica revolucionaria” cuyo origen databa de mayo de 1810.¹⁵⁶ Retomaba la revolución de mayo pues consideraba que los unía a aquella tradición el “sentido genérico de nuestra empresa de libertad nacional”, aunque se diferenciaba en la diversidad social de los actores revolucionarios y las maneras en que buscarían sus objetivos. Agosti procuraba recuperar el optimismo de la acción y consideraba que el nexo con la tradición revolucionaria de Mayo estaría dado por el sentido “democrático” de su accionar.

Buscaba una línea histórica democrática de generaciones progresistas. De la generación del 37, por ejemplo, rescataba la constitución de una doctrina coherente, una conciencia sistemática. Especialmente en referencia a Echeverría y a su concepción de revolución de *El Dogma Socialista*: la revolución como “desquicio”, como un cambio profundo. Este cambio se manifestaría más allá de las formas externas de gobierno, estaría presente en la lengua y en la literatura, en la cultura, y por lo tanto en la conciencia de la sociedad (Agosti dedicará un libro a Echeverría en 1951). En cuanto a la generación del 80, Agosti consideraba que su importancia radicaba en haber marcado “el surgimiento de lo argentino”; aunque había estado conformada por una burguesía que no había sabido encontrar su papel histórico y que no había podido llevar a cabo la

¹⁵⁴ Hoy 8/10/1936.

¹⁵⁵ Victorio Codovilla citado en: Luis Sommi, *Neuquén...*, p. 187

¹⁵⁶ Agosti Héctor *El hombre prisionero* op cit. p. 148

“*revolución democrática burguesa*”. De todos modos, de ella provenía Domingo Sarmiento a quien Agosti estimaba como el precursor de una ruptura franca con lo hispánico colonial, y a quien reconocía por haber utilizado la literatura como una forma militante de hacer política.

Agosti se preocupaba por la relación entre el lenguaje y la nación, y consideraba que desde la literatura era posible emprender la labor de crear una “*conciencia nacional*”. Había que encontrar una inspiración vernácula, sin imitar lo europeo, sino intercambiando y absorbiendo influencias externas de manera crítica. En este sentido rescataba a Sarmiento, pues encontraba en él un “*renovador profundo del idioma*”, que había podido establecer relación entre la literatura y la política, buscando un lenguaje argentino. Agosti se distanciaba de ciertas concepciones sociológicas de Sarmiento pero priorizaba el entendimiento y buscaba las vías de conexión con su pensamiento y su accionar:

“Yo sé que no es difícil establecer a la distancia la crítica de los principios sociológicos de *Facundo*. Pero a esos principios hay que situarlos en el panorama filosófico de hace un siglo. Entonces se comprende la grandeza de este pensador desorbitado y tremendo. Su *Facundo* intenta una explicación científicamente determinada del proceso histórico.”¹⁵⁷

Y sostenía que si bien se lo podía aceptar o no, se le debía reconocer su genialidad, finalizando con una anécdota sobre el sanjuanino:

“podía decir, como un consejo vital entregado a los jóvenes que lo reverenciaban en su ancianidad venerable: ‘‘Hagan como yo, caramba, que siempre he vivido sin pedir permiso al jefe de policía’’. Y en esta despedida hirsuta, más firmemente que en parte alguna, se resume la sociología política de Sarmiento.”¹⁵⁸

Agosti sostenía que en realidad “*su autoritarismo no es otra cosa que su intención de crear una república*”.¹⁵⁹ Esta era la imagen de Sarmiento que Agosti buscaba plasmar entre sus lectores.

¹⁵⁷ Agosti, Héctor *Cuaderno de Bitácora* p. 110

¹⁵⁸ *Ibid* p. 111

¹⁵⁹ *Ibid* p. 106

Proseguía su recorrido por el “*rumbo argentino*” analizando ahora la generación que había sido deslumbrada por el positivismo, generación de la que José Ingenieros formaba parte. En su libro sobre Ingenieros se percibe cómo Agosti iba rescatando los méritos, explicando las causas de los errores para finalmente expiarlos. Agosti reconstruyó una historia de Ingenieros, comenzando en su infancia y adolescencia, cuando ya mostraba un interés por cuestiones sociales debido a la influencia que ejercía su entorno familiar. El recorrido intelectual y las influencias que fueron determinando los *rumbos teóricos* de Ingenieros, estuvieron marcados por su acercamiento a la sociología en pleno apogeo del positivismo y del darwinismo social, corrientes que lo habrían “*encandilado*” y atraído hacia sus filas; “*allí cayó Ingenieros*”, ese fue su medio intelectual.

Sin embargo, a pesar de la atracción por las modas teóricas extranjeras, Ingenieros había podido dar cuenta -según Agosti -de “*lo argentino*”. Había podido escuchar la voz de Sarmiento y de Alberdi. Su sociología constituía un intento de dar cuenta de las problemáticas argentinas a través de la utilización de herramientas teóricas provenientes del extranjero. Para Agosti, lo rescatable del positivismo era que había promovido un acercamiento a lo social concreto argentino, especialmente a partir de la aparición del proletariado en la escena social.

Ingenieros había tenido una juvenil militancia en el Partido Socialista, sin embargo y a pesar de su interés por las cuestiones sociales, haber estado en el PS obedecía –para Agosti- más a su afán sociológico que a una personalidad política. Ingenieros “*no era un político*”, aunque la cosa pública no le fuera indiferente. Su carrera académica lo fue alejando de la militancia; era un hombre de gabinete, un investigador. De todas maneras, Agosti consideraba que a pesar de sus momentos de distanciamiento, su fe en el socialismo no lo abandonaría por el resto de sus días. Una de las cuestiones que, para Agosti, determinó el alejamiento de Ingenieros de la militancia fue, en parte, su “*incomprensión*” del marxismo. El sociólogo, que de joven había proclamado sus “*correcciones*” al marxismo, en realidad para Agosti “*nunca conociera a Marx seriamente, [...] tenía del creador del El Capital ese conocimiento de segunda mano con que lo deforman, a pretexto de difundirlo*”.¹⁶⁰ El acercamiento de Ingenieros a la rama revisionista del marxismo habría sido su error, pues, según Agosti, éstos no hacían otra cosa que “*deformar*” la doctrina.

¹⁶⁰ Agosti Héctor *Ingenieros, Ciudadano...* p. 65

A partir de la relación entre Ingenieros y el marxismo, y de su “*incomprensión*” del mismo, Agosti aprovechaba para presentar de manera didáctica los debates internos del marxismo de su época, las posturas del italiano Antonio Labriola, de E. Berstein, las críticas formuladas por Sombart, y a partir de allí, ofrecía al lector que pudiera estar “confundido” una explicación de los errores, las desviaciones que se cometían respecto a la línea del método dialéctico, así como las posibles derivaciones políticas producidas por las críticas. Agosti iba estipulando un recorrido en el que determinaba qué posturas y quiénes estaban encaminados y quiénes se habían desviado.

Siguiendo a Agosti, Ingenieros había tenido a lo largo de su vida numerosos errores o incomprensiones, entre ellos, el haber llegado a justificar el imperialismo, en tanto lo veía como una reproducción de la lógica del darwinismo social, del triunfo del más fuerte. Ese darwinismo social que había alguna vez defendido Ingenieros lo llevaba al terreno filosófico de un determinismo mecánico, que no dejaba lugar a la voluntad del hombre para cambiar la sociedad, para modificar la realidad que lo rodeaba. Asimismo, muchas veces Ingenieros había dado muestra de su desprecio por las muchedumbres, resaltando el papel de las minorías ilustradas como líderes y responsables de los procesos históricos, además de haber manifestado opiniones racistas. El problema de Ingenieros era, de acuerdo a Agosti, su esencia de hombre de gabinete, lo suyo era un “*socialismo de cátedra*”, en este diagnóstico sobre las debilidades de Ingenieros volvía a manifestarse un rasgo antiintelectualista del pensamiento de Agosti, o al menos crítico del hombre de gabinete que renegara de sus deberes político-sociales. De hecho esa era la razón por la que Ingenieros le había quitado importancia al papel del proletariado en la historia. Su incomprensión provenía su escaso compromiso político.

Sin embargo estos errores se explicarían por el clima de ideas en el que estaba inmerso, que lo tenía encandilado. Y frente a esto, lo importante de la figura de Ingenieros residía en los momentos en que sí había manifestado un compromiso político: con la irrupción de la Primera Guerra Mundial, se produjo en Ingenieros un cambio y un renovado interés por los asuntos políticos: “*de pronto sufre una transformación. Ya no es el indagador más o menos indiferente en medio de su abroquelamiento científico. Una tenacidad de militancia se le mete en la sangre*”,¹⁶¹ y a raíz de este nuevo clima vuelve a tomar posición ante los sucesos históricos: “*El socialismo le renacía*”.¹⁶² Ingenieros se transformaba entonces en un ejemplo de

¹⁶¹ Agosti Héctor *Ingenieros* p. 138

¹⁶² *Ibid* p. 165

intelectual, pues abandonando el gabinete se vio impelido a volver al terreno de la política, “*rescatando ejemplarmente la misión militante de la inteligencia*” y adoptando una actitud de “*coraje civil*”.¹⁶³ Más aún, ante las noticias sobre la Revolución Rusa Ingenieros se había mostrado muy entusiasta y apoyó abiertamente este nuevo proyecto de sociedad. Esta defensa bien valía el rescate de su figura como parte de una tradición. Agosti lo definiría diciendo que era “*uno de los nuestros*” y sostenía:

“Fácil y cómodo sería descubrir a la distancia los errores de detalle. ¿Qué pueden importarnos cuando vemos al autor de *El hombre mediocre* irguiéndose en medio de la polémica argentina para defender ese ímpetu de futuro percibido en el oriente augural?”¹⁶⁴

Sobre sus viejas tesis de sociología biológica y sobre “*el tema de las contradicciones*” que presentaban los desarrollos de Ingenieros, Agosti estimaba que “*la muerte le impidió un replanteo general de estas materias*”,¹⁶⁵ tratando de desvincularse de los ataques de aquellos que querían disminuir su obra. Aunque, a ojos de Agosti, su fe socialista era más un sentimiento que verdadero conocimiento marxista, lo que verdaderamente valía de Ingenieros era su actitud optimista y el haber dado cuenta, hacia el final de su vida, de los deberes del intelectual comprometido. Agosti describía a Ingenieros como “*este hombre admirable que a los tumbos busca su camino con indeclinable valentía moral [...] entre tropiezos y desencuentros, ese magisterio de la acción que tanto le agrdecemos y veneramos*”.¹⁶⁶

Rescataba su conducta individual, su ética, el mérito de haber abandonado la torre de marfil en la que permanecían muchos intelectuales. Ingenieros era “*la encarnación de dicha conciencia política, traducida en sus aspiraciones de un socialismo nutrido por los jugos nacionales*”.¹⁶⁷ Agosti proponía una lectura en clave moral, rescataba su imagen, su conducta solidaria y el haber marcado el camino las futuras generaciones. Era el *maestro* de una nueva generación, de una intelectualidad organizada y comprometida políticamente, cuyo mejor exponente fuera Aníbal Ponce.

Ponce había sido discípulo de Ingenieros, influido al igual que él por las corrientes positivistas y liberales, y por la herencia de la generación del 80 y de

¹⁶³ Ibid p. 172

¹⁶⁴ Ibid p 174

¹⁶⁵ Ibid p. 194

¹⁶⁶ Ibid p 193

¹⁶⁷ Ibid p. 196

Sarmiento en particular. Pero el mérito de Ponce -según Agosti- era que éste finalmente “*comprende que la filosofía se resuelve en la política*”; llegando a la dialéctica marxista “*presiente*” que para la inteligencia existe una función más vasta que su mera especulación solitaria. La experiencia de la Reforma Universitaria marcó la sensibilidad de una época, para Agosti constituía un “*gesto inicial*”¹⁶⁸ que debía ser superado buscando su significado extrauniversitario y social. Era en este sentido que la figura de Ponce había sido relevante, por haber llamado a la intelectualidad de su generación a adoptar un compromiso político. Según Agosti, Ponce “*había descubierto que sólo el marxismo podía entregarle una cabal concepción del mundo. Pero el viaje a Rusia le completó esa visión teórica, porque le iluminó el paisaje del hombre soviético*”.¹⁶⁹ Haber viajado a Europa, a la URSS, haber entrado en contacto con el grupo de Henri Barbusse en Francia, haber fundado AIAPE y luego pasar por la experiencia del exilio, - siempre manteniendo una conducta digna y respetando las responsabilidades del intelectual- eran las razones por las que Agosti retomaba su figura y por las que se consideraba su discípulo. Para finalizar, Agosti establecía otra línea de sucesiones que incorporaba también al peruano Mariátegui, en cuanto compartía con Ingenieros y Ponce el haber participado en el movimiento reformista, en su ala antiimperialista y por haber descubierto el sentido revolucionario de los deberes militantes de la inteligencia.

¿Qué definía a Ingenieros como uno de los “*nuestros*” según Agosti? ¿Cuáles eran las virtudes que lo hacían digno de escribir un libro con su nombre? En principio, Agosti consideraba que Ingenieros nunca había podido deshacerse del todo de su compromiso político y que había podido introducir el idioma político en sus escritos sociológicos. Ingenieros era un “*apasionado*”, un “*atrevido*”, era el coraje con que sostuvo sus principios lo que lo acercaba a ser uno de “*los nuestros*”. El pensamiento de Ingenieros tenía residuos, desviaciones (como las críticas a Marx), pero Agosti procedía a deslindar sus méritos, entre los que estaba haber sostenido criterios científicos, y haber encontrado una motivación ética en su trabajo. A pesar de haber sido un hombre de acción frustrado, Agosti resaltaba todos los esfuerzos que Ingenieros realizó como organizador, haber mantenido activas las publicaciones y espacios de contacto, como la Unión Latinoamericana y la *Revista de Filosofía*. El apoyo a la revolución rusa y a la reforma universitaria, y sobre todo haber permitido la conformación alrededor suyo de

¹⁶⁸ Agosti Héctor *Cuaderno de Bitácora* p. 124

¹⁶⁹ Agosti Héctor *Defensa del realismo* p. 155

una nueva generación de jóvenes, que se acercarían aún más al marxismo, lo colocaban como un eslabón en la línea genealógica nacional, de las ideas que llegaban finalmente a confluir con el marxismo y con el PCA.

El desconcierto del 46

Ya desde su desempeño en el Departamento Nacional del Trabajo, Juan Perón desconcertaba con sus medidas tendientes a mejorar las condiciones de vida del proletariado argentino, medidas que continuarían desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. En rasgos generales, la presencia pública de Perón fue identificada por el antifascismo como otra de las acepciones del fascismo local, como un producto residual de la revolución de junio del 43. La actitud pro-obrera de Perón era vista como una estrategia demagógica, su figura seguía siendo -para muchos antifascistas y comunistas- parte del otro “bando” y de allí el uso del término *naziperonismo* por parte de la dirigencia comunista. Como vimos, la decisión de los comunistas de participar en la alianza electoral denominada Unión Democrática, tuvo que ver con la propia lógica de la estrategia política del PCA. Era coherente con la historia del partido y con el rumbo adoptado por los partidos comunistas europeos, era, en definitiva, lo que habían perseguido a lo largo de la última década: conformar un frente popular democrático, para enfrentar en las urnas al que se consideraba el candidato de la reacción.

Resulta ilustrativo del clima vivido luego de la derrota del año 1946 lo expresado por el ex socialista, afiliado al PCA desde 1934, Ernesto Giudici, quien había sido secretario del Comité de Ayuda a las Víctimas del Fascismo y autor del libro *Hitler conquista América*; y que -al calor de las recientes elecciones de febrero del 46- sostenía:

“El peronismo es nazismo, y lo es tanto más cuanto más se empeña en disimularlo. Cuanto más extrema su demagogia social, cuanto más se dice radical o laborista, cuanto más insiste en el robo de los símbolos y las tradiciones de los partidos demócratas argentinos, tanto más se revela como el ladrón que ansía el poder para entregarlo a una reducida banda de asaltantes sin escrúpulos”¹⁷⁰

¹⁷⁰ Ernesto Giudici, en *Antinazi* n° 53 21/02/1946, en Andrés Bisso, *El antifascismo...*, sección documentos p. 249

Perón era visto como quien ejercía en las masas la “seducción del aventurero”, que mostraba una apariencia atractiva pero era un enemigo que había robado sus consignas, sus propios símbolos. El adversario les ganaba la partida usando sus propias banderas, usando el canal que tanto habían defendido: el democrático. La llegada a la política del peronismo había provocado un desconcierto, en cuanto se había turbado el orden político reinante hasta entonces. Se trastocaban los parámetros, los actores, el uso de símbolos y tradiciones políticas. Coincidían en aquel momento dos movimientos simultáneos de cambios profundos en el escenario político: el local, con el triunfo del peronismo, y el internacional, con el fin de la segunda guerra y el comienzo de la guerra fría. Frente a estos cambios y ante la derrota electoral, veremos que muy pronto los comunistas revisaron su posicionamiento político, procurando desprenderse de la alianza electoral de la que habían formado parte.

Agosti había aportado esfuerzos para construir -como vimos- una genealogía histórica que acercaba a los comunistas a sectores liberal-democráticos. El triunfo del peronismo fue considerado por Agosti como el causante de una crisis ideológica nacional “*confusamente contradictoria*”. Para 1947 intentaba ofrecer un análisis del nuevo gobierno: “*Admitamos que el enemigo ha tomado nuestras banderas*”¹⁷¹ y proseguía “*la crisis argentina resulta [...] una crisis de transformación definitiva cuyo tono principal está dado por la puesta en movimiento de las masas. Hacia dónde puedan marchar tales masas es problema que corresponde determinar a los partidos políticos responsables. Pero pienso que esta puesta en movimiento de las masas puede constituir el fermento de una transformación ponderable en la conciencia nacional.*”¹⁷²

Agosti recurría a los esquemas marxistas de la evolución histórica para intentar comprender las características del peronismo. Consideraba que “*La crisis argentina es, en última instancia, un nuevo replanteo de la revolución democrática*”.¹⁷³ Dicha revolución democrática (burguesa) tenía, en el análisis de Agosti, profundos antecedentes y una historia de frustraciones: había sido truncada ya en 1810 y luego en numerosas oportunidades durante la historia nacional:

“Cada vez que una generación argentina replantea el tema de Mayo en calidad de exégesis de la revolución democrática, no se limita a hacerlo como simple veneración de cadáveres ilustres sino como una acomodación del programa inaugural a las inéditas

¹⁷¹ Héctor Agosti (1947), *Cuaderno de Bitácora...*, p. 141

¹⁷² *Ibid* p. 130

¹⁷³ *Ibid* p. 123

situaciones de la sociedad. Recordar, en efecto, no es plagiar, sino recomponer las viejas imágenes mediante la incorporación de nuevas vivencias, y si en 1837 esa recomposición del “tempo” democrático se realiza en las vecindades del utopismo socialista, y si en 1918 se verifica en las corrientes del antiimperialismo, ¿qué lugar deberemos asignar a esta nueva recomposición doctrinaria en las condiciones argentinas de 1947? Porque el drama argentino, en definitiva, es el de una revolución democrática que se escapa de las manos populares cada vez que parece estar al alcance de esas mismas manos populares; es el drama de una democracia de apariencias exteriores en la cual resultan las masas sistemáticamente excluidas [...] Si examinamos desde dicho ángulo el tumultoso acceso de las masas a la política argentina de estos días, acaso consigamos los primeros atisbos explicativos para esta realidad nuestra tan confusamente contradictoria [...] Pienso que habremos de llegar a esa revolución democrática si logramos que la vida pública argentina pueda superar la etapa que va de la demagogia social a la política social de base científica”¹⁷⁴

Si bien el peronismo era visto por Agosti como una demagogia que llevaba a la “*retrogradación cultural*”, tenía un costado que marcaba una diferencia y que podía transformarlo en una experiencia política positiva. Este costado era el despertar de las masas a la política. Consideraba que, frente a este fenómeno, necesitarían meditar largamente y mirar hacia adelante. Para el escritor comunista, la puesta en movimiento de las masas podía ser signo de una condición renovada y podía ser un “*gesto inaugural*” para una transformación profunda de la sociedad, por eso adoptaba una postura optimista.

Según Andrés Bisso, el fracaso de la Unión Democrática se debió a que “la herramienta antifascista había cumplido su edad útil, desgastada por el uso constante e intenso al que había sido sometida durante más de una década.”¹⁷⁵ Esta herramienta que les había servido en momentos difíciles de fraude, estado de sitio y dictadura, que había constituido una identidad, quedaba por tanto más cercana al pasado que al futuro. Consideramos que el estilo político que adoptó Perón, no pudo leerse más que como un nuevo coletazo del viejo enemigo fascista. Su triunfo, inesperado, desorientó y trastocó la lógica política reinante. Para muchos antifascistas que se identificaban como tales, el triunfo de Perón era concebido como una trampa, como el producto de un engaño. La lógica con la que pensaban la política –tanto la política internacional, como la nacional-,

¹⁷⁴ Agosti Héctor, *Cuaderno de Bitácora*, p. 128-129

¹⁷⁵ Andrés Bisso, *El antifascismo argentino*, pag. 92

sufrió una alteración, otra era la disputa, otros los problemas, otros los discursos. De todos modos, la imagen de la sociedad dividida en buenos democráticos y reaccionarios fascizantes va a perdurar durante los años de gobierno peronista pero mutando hacia la división entre peronismo y antiperonismo.



Universidad de
San Andrés

Capítulo IV. Posicionarse frente al peronismo: el Año Echeverriano

*“Admitamos que el enemigo ha tomado
nuestras banderas...”
Héctor P. Agosti, 1947*

Perón y los intelectuales

El fin de la Segunda Guerra Mundial significó la disolución del peligro nazi-fascista a nivel mundial. No obstante, gran parte de los intelectuales argentinos percibió a la figura de Perón como una prolongación local de aquellos regímenes autoritarios y, por lo tanto, la mayoría pasó de las filas del antifascismo a las del antiperonismo.¹⁷⁶ La relación entre Perón y los intelectuales, durante su primer y segundo mandato, fue compleja y tensa; el rechazo por parte de la intelectualidad a la figura de Perón, tuvo su correlato en la indiferencia que éste manifestó por ellos, constituyéndose una relación que estuvo marcada por una mutua desconfianza y aversión.

Si bien Perón mostró interés en los ámbitos culturales, especialmente en la denominada “cultura popular”, utilizando canales como la radio, el cine o los periódicos para lograr construirse una imagen positiva ante las masas populares, y tratando de evitar que estos fueran ocupados por la oposición. En comparación, la importancia estratégica y el espacio ocupado por los emprendimientos cultural-politizados que venían conformándose en la órbita antifascista era mucho más restringido; numéricamente menos importantes, carecían de una llegada significativa al público masivo. En rasgos generales Perón simplemente no consideraba a los sectores intelectuales como aliados estratégicos significativos; el desdén hacia ellos incluía también a aquellos intelectuales que manifestaban simpatías para con su gobierno, a quienes tampoco les otorgó un lugar destacado en su administración.

A aquellos intelectuales que lo acusaban de fascista, respondía acusándolos de constituir una elite aristocratizante, que no tenía real interés en la clase trabajadora y que por lo tanto representaban un reducto “*antipueblo*”. Progresivamente fue incorporando a sus discursos elementos antiintelectualistas, que se fueron mezclando con las disputas políticas.

¹⁷⁶Véase Oscar Terán, *Ideas en el siglo: intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Ed. Siglo XXI, Argentina, 2004. p. 64

Por su parte, el antifascismo repudiaba la concepción de educación que había sido instaurada a raíz del golpe de estado de 1943, especialmente ante la intervención de universidades nacionales y la instauración de la enseñanza religiosa, y consideraban al peronismo como la continuación del avance de la decadencia en el ámbito educacional, de la “barbarie”. Los intelectuales politizados antiperonistas formulaban duras críticas a las restricciones a las libertades públicas, la censura, el control y manejo arbitrario del ámbito universitario. El peronismo fue percibido por la mayoría de la intelectualidad como un régimen primordialmente represivo, equiparando los logros sociales de su gestión con los alcanzados por el fascismo italiano, y considerando a su relación con las masas como pura demagogia. Las masas peronistas eran vistas como la aglutinación de trabajadores “nuevos”, provenientes del interior del país que habían sido engañados por el líder carismático, “cabecitas negras” sin conciencia de clase. Una de las enemigas más acérrimas del peronismo, la escritora Victoria Ocampo -quien llegó a pasar una breve temporada en la cárcel del Buen Pastor antes de la Revolución Libertadora-, caracterizaba el clima vivido durante el gobierno de Perón como una “*cárcel invisible*”.¹⁷⁷

Se fue estableciendo así, desde el discurso peronista, por un lado y desde el discurso antifascista por otro, una distancia creciente entre la elite intelectual y las clases populares. Sin embargo, es conveniente complejizar la mirada sobre la relación Perón-intelectuales. Pues así como encontramos numerosas medidas para debilitar a la intelectualidad antiperonista (o sospechada de serlo), también observamos la subsistencia de múltiples espacios por fuera del Estado, desde donde estos intelectuales pudieron seguir manifestándose.

El gobierno peronista centró interés en el ámbito de los medios masivos de comunicación, como el cine y la radio, y también en los espacios que dependieran del estado. Fueron severas, por ejemplo, las medidas tomadas respecto a las universidades nacionales, numerosos profesores fueron excluidos, expulsados o renunciaron.¹⁷⁸ Sin embargo, este tipo de medidas tenían el efecto de cohesionar a aquellos excluidos en otros ámbitos y actividades que seguían funcionando por fuera del control gubernamental. Existieron muchos espacios donde los intelectuales opositores pudieron continuar con sus prácticas, muchas editoriales, librerías y revistas dirigidas por

¹⁷⁷ Victoria Ocampo en *Sur* citado en: Beatriz Sarlo, *La Batalla de las Ideas* Bs. As. Ariel, 2001. p. 118

¹⁷⁸ Véase Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Buenos Aires, Alianza, 1998. p. 166

antiperonistas siguieron funcionando a pesar de la censura. Flavia Fiorucci considera que existía una especie de “acuerdo tácito” entre Perón y los intelectuales, cruzado por sucesivas tensiones y replanteos.¹⁷⁹ Se formaron “circuitos” centrados sobre todo en la industria editorial y en instituciones educativas privadas, que permitían continuar con las actividades académicas y a su vez generaban empleos para aquellos intelectuales que habían sido alejados de sus antiguos puestos de trabajo. Estos espacios culturales interseccionales, cuyo funcionamiento era afectado por los vaivenes represivos del estado, no eran nuevos, se habían forjado, en general, durante el clima antifascista.

El ejemplo del CLES nos sirve para reconstruir los distintos momentos de este “acuerdo” de convivencia. El Colegio Libre de Estudios Superiores fue parte de estos circuitos que siguieron funcionando –tanto durante la fluctuante década del treinta, como durante el peronismo–, reflejando el derrotero de un espacio en el que se observan los cruces entre la esfera cultural y la política. El CLES y su revista *Cursos y Conferencias* se habían creado en el año 1930, constituían un espacio académico no estatal, cuyos integrantes provenían fundamentalmente de la tradición liberal y socialista, aunque también habían participado en sus actividades intelectuales de filiación comunistas como Aníbal Ponce. La institución y muchos de sus miembros más destacados participaron activamente en la lucha antifascista, siguiendo con preocupación los acontecimientos en torno a la Segunda Guerra Mundial. Asimismo asumieron compromisos políticos referidos a asuntos locales, manifestándose –por ejemplo– en contra del golpe de estado de junio de 1943, aduciendo que eran manifiestas las simpatías de aquel gobierno para con el Eje, crítica que les costó una temporada de clausura. La figura del general Perón, también fue percibida por ellos como parte del fascismo autóctono.

Ante lo que consideraban la continuidad del fenómeno fascista en la Argentina, los miembros del CLES, –en consonancia con la actitud tomada por el conjunto del antifascismo– no dudaron en apoyar la opción política que se opuso a Perón en 1946. Reforzaron su compromiso político hacia los valores “democráticos”, viéndose a sí mismos como una “auténtica milicia de intelectuales”. Pero el sistema democrático les dio la espalda con el triunfo de Perón en las elecciones, generando desconcierto y

¹⁷⁹ Véase Flavia Fiorucci, “¿Aliados o enemigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón”, publicado en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Universidad de Tel Aviv), Jul.-Dic., 2004. p. 1

desilusión con respecto a la política. Durante el gobierno peronista siguieron funcionando como institución educativa, si bien dejaron de participar activamente en emprendimientos políticos, siguió siendo un espacio de la oposición. Fue por eso que en 1952 el gobierno expropió al CLES su local de Bahía Blanca para instalar allí una sede de la CGT y también se les empezaron a negar las autorizaciones de la Oficina de Reuniones Públicas de la Policía Federal, que eran el requisito gubernamental para mantenerse en funcionamiento; asimismo la policía también suspendió la revista *Cursos y Conferencias* que publicaba la institución.¹⁸⁰

Desde comienzos de la década del 50 la relación del peronismo con la oposición sufrió un proceso de gradual endurecimiento. Fue a medida que el régimen peronista fortaleció su dominio estatal, y a medida que los ataques de la oposición se tornaban más tangentes, que las tensiones en lo referente al “acuerdo tácito” se fueron incrementando.¹⁸¹ La profundización del poder de Perón se evidenció en una multiplicidad de aspectos. El desplazamiento de Oscar Ivanissevich del Ministerio de Educación y su reemplazo por Armando Méndez de San Martín fue polémico, y parecía obedecer a la intención de fortalecer la lealtad de la población hacia el estado, a través del “adoctrinamiento político”.¹⁸² También se conformó una comisión parlamentaria conocida como `Comisión Visca-Decker`, presidida por el diputado José E. Visca, cuya función sería investigar las “actividades antiargentinas”, lugar desde donde se emprendieron acciones para clausurar periódicos opositores. Se aprobó una reforma al Código Penal que aumentó las penas por desacato a la dignidad de los funcionarios públicos, hubo numerosos fallos condenatorios de este estilo, que eran vividos como actos de persecución política.¹⁸³ Por aquellos años, por ejemplo, se le atribuyeron a Ricardo Balbín -figura destacada de la oposición radical-, injurias hacia el presidente Perón. La denuncia causó la suspensión del legislador, quien aún así reiteró las manifestaciones injuriosas, que terminaron en una condena a cinco años de prisión. Sus defensores, los diputados Arturo Frondizi y Amílcar Mercader, impugnaron la condena, pero de todos modos Balbín pasó un período menor a un año en la cárcel de Olmos.

¹⁸⁰Véase Federico Neiburg., Op.cit. p. 175

¹⁸¹ Véase Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

¹⁸²Véase Mariano Plotkin., *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires, Ariel, 1994. pp. 160-162

¹⁸³ Héctor José Tanzi, “La Corte Suprema de Justicia ante un régimen autoritario Investigación del período comprendido entre 1946-1955” Presentado ante el VI Congreso Nacional de Ciencia Política Universidad Nacional de Rosario Noviembre de 2003 p. 21, visto en <http://www.saap.org.ar> (21/04/2008)

La tensión política se vio agravada por el intento de golpe de estado de 1951, llevado a cabo por el general Benjamín Menéndez. La dinámica del conflicto profundizaba el recurso a la vieja lógica dicotómica para entender la política, esta vez entre los *bandos peronista y antiperonista*. En este contexto, la creciente desconfianza y rechazo hacia los intelectuales, fue determinado no tanto por su condición de intelectuales en sí, sino más bien por su condición de antiperonistas.

Según el análisis realizado por Silvia Sigal y Eliseo Verón sobre los fundamentos discursivos del peronismo, Perón dividía en sus discursos a la Argentina en “*pueblo*”- peronista y “*antipueblo*” -“*vendepatria*” –antiperonista, a partir de esta polarización, los autores señalan que:

“Perón consigue así *despojar a sus enemigos de toda substancia: estos se definirán de un modo puramente negativo*. Y desde el punto de vista del peronismo, estar contra Perón, es, simplemente, estar contra la Patria misma. Este es un aspecto central de lo que hemos llamado el *vaciamiento del campo político*.”¹⁸⁴

Sigal y Verón consideraron que esta estrategia discursiva de Perón “vacía” el campo político, diluyendo las posiciones ideológicas, pues quedaban subsumidas al apoyo o no hacia el líder. De igual modo que su antecedente antifascista, el posicionamiento político se definía en relación al enfrentamiento al enemigo, como respuesta a una amenaza. Esta división del campo político se ajustaba más a los recorridos del socialismo y el radicalismo, quienes mantuvieron tenazmente su oposición ideológica hacia el peronismo. En el caso de los comunistas, veremos un recorrido errático, marcado por oscilaciones y contradicciones, acercamientos y distanciamientos, que profundizaron aún más el rechazo de sus –hasta entonces- aliados en el antifascismo, y por otro lado, no lograron una vía de contacto con las masas peronistas.

La incomodidad de los comunistas

Desde 1943, la creciente influencia que ejercía el general Juan Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión fue vista por la dirigencia comunista con desconfianza, pero las opiniones se dividían ante los logros y mejoras concretas que

¹⁸⁴ Silvia Sigal y Eliseo Verón, *Perón o muerte*. Bs. As., ed. Legasa, 1986. p. 63 (itálicas en el original)

Perón ofrecía. Los comunistas habían logrado hasta entonces ocupar un lugar destacado dentro del movimiento sindical y contaban con un espacio en los ámbitos de la clase obrera.¹⁸⁵ Los diagnósticos que la dirigencia comunista ofrecía sobre el peronismo, previamente a las elecciones de febrero de 1946, estaban marcados por el optimismo en referencia a su participación en la Unión Democrática. Incluso luego del 17 de octubre de 1945, Victorio Codovilla aún consideraba que los peronistas eran una “ínfima minoría”, pero que ocupaban posiciones decisivas, y que el problema de la oposición estaba en la insuficiente unidad de las fuerzas democráticas y progresistas; y en aquel contexto publicaba el folleto *Batir el naziperonismo* de su autoría.¹⁸⁶

El PCA ocupó una posición subalterna en la ecléctica coalición que reunió a sectores provenientes de la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista, los conservadores y que tuvo el apoyo de la Unión Industrial, la Sociedad Rural y de Spruille Braden. La inclusión en la alianza de sectores que eran considerados históricamente como enemigos del partido, constituía un problema que -si bien no se discutía de manera abierta-, explica la incomodidad del comunismo en su participación en la alianza; incomodidad que se agravará una vez que se evidencie que las masas trabajadoras se manifestaban peronistas.

Ante la derrota de la Unión Democrática, el PCA rápidamente renovó su evaluación sobre el peronismo. Luego de las elecciones de 1946, pronto desapareció de su lenguaje el término “nazi-peronismo” y se redefinieron los objetivos como partido, entre los que se priorizó el lograr una “revolución democrático-burguesa”. Según Agosti, el país no debía pasar por alto las sucesivas etapas de su desarrollo histórico y el problema de la Argentina era, en definitiva, los sucesivos fracasos para lograr perpetuar una revolución democrática burguesa: “*Un pueblo no puede saltarse impunemente ciertas etapas históricas*”.¹⁸⁷ En este sentido, para los comunistas el peronismo podía constituir una vía para lograr superar el carácter “semifeudal” de la estructura económica argentina. La crisis que Argentina vivía, no era más que otro replanteo de la revolución democrática, cuyos vaivenes y sucesivos fracasos provenían ya de 1810. Como vimos, era a partir este diagnóstico, que Agosti intentaba entender las

¹⁸⁵ Véase Hernán Camarero, op.cit y Juan Carlos Torre, op.cit.

¹⁸⁶ Véase Carlos Altamirano. *Peronismo y Cultura de Izquierda*, Temas Grupo Editorial, Buenos Aires, 2001. p. 18

¹⁸⁷ Agosti Héctor *Cuaderno de Bitacora* p. 119

características del nuevo régimen peronista, considerando que su novedad estaba en el “*tumultuoso acceso de las masas a la política argentina*”.¹⁸⁸

En términos de la política partidaria, la preocupación central era no perder el vínculo con las masas. Tanto el comunismo como el peronismo apuntaban a consolidarse como interlocutores y representantes de la clase obrera. Sólo que ahora, los resultados electorales hablaban y los comunistas admitían la necesidad de no darle la espalda al voto popular. Incluso antes de la asunción del nuevo presidente se adoptó una posición estratégica nueva. Pronto se tomó una posición de “apoyo crítico e independiente” al gobierno peronista.¹⁸⁹ Básicamente la propuesta táctica era brindar apoyo a las medidas consideradas positivas para el pueblo y rechazar las medidas consideradas negativas, represivas o autoritarias, evitando así caer en la oposición sistemática.

En el XIº congreso del PC argentino de 1946 se decidió proseguir la lucha uniéndose con “todos los obreros”. Victorio Codovilla priorizó la necesidad de tener en cuenta el estado de ánimo revolucionario de las masas y propuso para eso formar un “Frente de Liberación Nacional y Social del Pueblo Argentino”.¹⁹⁰ La importancia de “unirse” a lo que las masas habían elegido, se justificaba en su discurso desde el punto de vista “científico”, es decir desde la teoría marxista leninista, que instaba -según Codovilla- a hacer todo “con las masas y no sin las masas o contra las masas”.¹⁹¹ Pero también puede comprenderse a partir del contexto internacional, finalizada la segunda guerra mundial, la Unión Soviética iba dejando de ser la aliada poderosa que había derrotado a los nazis y progresivamente se sumergía en lo que fue un largo conflicto con Estados Unidos, la guerra fría. Por lo tanto si bien los restos del fascismo debían ser combatidos, el nuevo enemigo estratégico era el “imperialismo yanqui”, encontrando en este punto una vía de acercamiento con el peronismo. En el mismo congreso se decidió “luchar contra el plan del imperialismo y sus proyectos para la represión de los movimientos populares y el avasallamiento de las soberanías nacionales” y también, que se tuvieran en cuenta las problemáticas agraria y antiimperialista.¹⁹²

De todas maneras, el PC no adoptó una línea definida respecto al peronismo; apoyar lo bueno y rechazar lo malo era una posición demasiado débil e imprecisa en

¹⁸⁸ Ibid p. 129

¹⁸⁹ Véase Oscar Arévalo, *El Partido Comunista*, CEAL, Buenos Aires, 1983.

¹⁹⁰ Ibid. P. 74.

¹⁹¹ Victorio Codovilla en Arévalo, Oscar. Ob. Cit. P. 89.

¹⁹² Arévalo. Ob cit. P. 72.

términos políticos. Este “apoyo a medias”, se debió a que otro de sus objetivos centrales era preservar la *independencia política* del partido, pues seguían considerándose los legítimos representantes de la clase obrera, su partido de vanguardia. Se produjeron sucesivos virajes políticos, acercamientos fallidos, frentes y alianzas que fueron retomados y abandonados dependiendo de las circunstancias. En este sentido, una medida paradójica fue adoptada en el plano sindical. Allí se “evaluó la situación y aconsejó a los militantes comunistas que estaban al frente de diversos sindicatos – construcción, alimentación, textiles, vestido, madera, etc.-disolver los mismos e ingresar en las organizaciones que estaban reconocidas”.¹⁹³ Dirigentes y militantes fueron instados a ingresar a los sindicatos paralelos peronistas -reconocidos oficialmente por el gobierno- de manera individual, no como parte del PC. Esta medida tenía como objetivo el acercamiento a los trabajadores peronistas, procurando entremezclarse con ellos y evitar el enfrentamiento con los sindicatos apoyados por el gobierno, sin embargo, el alto costo que tuvo la medida no se reflejó en resultados evidentes.

Dentro del seno del PC se manifestaron posiciones encontradas con respecto a la definición de la naturaleza del peronismo y a la actitud a adoptar frente al mismo. Muchos comunistas se oponían a la colaboración con los peronistas en consonancia con la postura antifascista sostenida hasta entonces. Contrastaban los buenos resultados que habían obtenido durante la adopción de la estrategia de frentes populares, considerando que ésa era la postura más coherente con su tradición partidaria. Y temían a la manipulación que podían sufrir por parte del poderoso primer mandatario.

Por otra parte muchos sectores consideraban que la adopción de los frentes populares los había terminado posicionando en el mismo bando que los sectores históricamente antiproletarios, y consideraban que el acercamiento al peronismo, podía mantenerlos en contacto con las masas. Sin embargo, aquellos que mostraran simpatía por el peronismo debían mantenerse dentro de determinados límites. Estos límites eran difíciles de estipular o de definir, pero eran muy reales y podían causar la expulsión de aquellos, cuyo apoyo al nuevo presidente fuera demasiado lejos a ojos de la dirigencia política del PC argentino.

Sirven como ejemplos los casos de Rodolfo Puiggrós y la célula ferroviaria - expulsados en 1947 debido a su manifiesta simpatía con el nuevo régimen- y el “caso Real”, cuando en 1952 el segundo líder del PC, Juan José Real, se lanzó a la búsqueda

¹⁹³ Arévalo, *op.cit.*, p. 81

de la unidad con el peronismo. Esta búsqueda de aproximación se manifestó, por ejemplo, en el abandono de ciertos espacios que compartían con la intelectualidad liberal, como la FUBA y el CLES. El viraje duró sólo dos meses, hasta la vuelta al país de Victorio Codovilla, que se encontraba en la Unión Soviética. Codovilla convocó a una reunión partidaria en la que se acusó a Real de “deslealtad” y “desviación nacionalista”, para luego ser expulsado.¹⁹⁴ Por las características del funcionamiento del PC estas discusiones solían mantenerse al interior del partido y se respetaba la línea que trazaba la dirigencia política. Pero, como vimos, en ocasiones la tensión se hacía pública. Un acercamiento demasiado marcado o la tentativa de cuestionar lo que la dirigencia proponía provocaron la expulsión de miembros de mucho peso en la organización partidaria, como fueron Rodolfo Puiggrós y Juan José Real.¹⁹⁵

En 1951 Héctor Agosti publicó *Echeverría*, cruzado por esta contradicción en relación al peronismo. Haciendo uso de analogías históricas para dar cuenta de las problemáticas por las que transitaba el país, Agosti emprendía un análisis del itinerario de Esteban Echeverría y de la historia argentina decimonónica, en el que nos encontramos tanto con una crítica a la demagogia de Rosas -y por carácter transitivo a Perón-, como con marcados recaudos sobre las alianzas formadas contra un enemigo común, en tanto implicaban el riesgo de terminar en “*chantajes políticos*”. Esta postura reflejaba en parte el desencanto que había provocado entre los comunistas el fracaso electoral de la Unión Democrática y la búsqueda de un camino frente a las nuevas condiciones políticas.

Quedaron en una posición incómoda. Oscilando entre los intentos fallidos de mantener las confluencias con sus antiguos compañeros antifascistas, y los guiños o acercamientos al peronismo, que daban pobres resultados. No obtuvieron una aceptación -más que de manera instrumental- por parte de Perón, quien no los consideraba aliados relevantes, y mantenía su desconfianza hacia ellos. Esta fue la paradoja que marcó el derrotero político del comunismo argentino de allí en adelante.

¹⁹⁴ Tarcus Horacio (dir), *Diccionario*, p. 558

¹⁹⁵ También en el socialismo hubieron problemas con aquellos que se acercaran demasiado al peronismo, el ejemplo de Emilio y Enrique Dickman quienes en el año 1952 se reunieron con el primer mandatario y fueron expulsados del P.S. véase Tarcus Horacio (dir) op.cit. p. 190

Año Echeverriano

Como vimos, la identificación de Perón con los regímenes autoritarios derrotados en la Segunda Guerra Mundial, actuó como un factor aglutinante para la intelectualidad argentina. Impulsando la realización de algunos emprendimientos destinados a congregarse a esta oposición, para combatirlo desde el campo cultural, especialmente a partir del año 1950. Uno de los ámbitos de resistencia que se destacó en este sentido fue la celebración del centenario de la muerte de Esteban Echeverría en 1951, conmemoración que José María Aricó calificó como una respuesta “desafiante” contra el régimen peronista.¹⁹⁶

Una de las características más destacadas del peronismo fue el interés que mostró por los elementos simbólicos para lograr generar una identificación profunda y consistente entre las masas y sus líderes: Perón y Eva. La época peronista fue un “momento de apoteosis en el uso del pasado en discursos políticos, las alusiones históricas y conmemoraciones patrióticas toman un tono exacerbado, ritual”.¹⁹⁷ Este “combate de orden simbólico”, se plasmó en algunos episodios que iluminan la naturaleza del debate.¹⁹⁸ Un ejemplo de ello fue la celebración del año sanmartiniano, en tanto constituyó una oportunidad para el presidente Perón de abastecerse de una fuente simbólica de legitimidad, al asociar su figura con la del Libertador. En 1950 el gobierno peronista puso mucho énfasis en la celebración del centenario de la muerte del Gral. San Martín; Eva Perón inició los preparativos, organizó una celebración masiva y mediática, en la que Perón lanzó su campaña para la reelección presidencial. Estas celebraciones coincidían con el creciente endurecimiento de las medidas del gobierno contra la oposición (por ejemplo el periódico *La República* de Rosario fue clausurado, con el argumento de que en una de sus ediciones no había incluido la leyenda “Año del Libertador General San Martín” impuesta por ley).¹⁹⁹

Como vimos, la oposición al peronismo veía en la utilización de símbolos y tradiciones -que consideraban propias-, un agravio, un robo. Los comunistas, por su parte también mostraban resquemores ante el uso peronista de la simbología nacional, en el periódico *Nuestra Palabra*, por ejemplo, sostenían en referencia a la postura de

¹⁹⁶ José Aricó, *La cola del Diablo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

¹⁹⁷ Quattrocchi Woisson, Diana, *Los males de la memoria*. Buenos Aires, Emecé, 1995. p.. 225.

¹⁹⁸ Sarlo, Beatriz, *La batalla ...* p. 19.

¹⁹⁹ Héctor José Tanzi, op.cit. pag 21

Perón ante la guerra de Corea, que: “el General Perón ofrece toda clase de ayuda a estos invasores contra los coreanos ¡Así se injuria al Gran Capitán en el centenario de su muerte!”.²⁰⁰ El uso del pasado como *herramienta de crítica* - por analogía con el presente-, se reforzaba al candor de la creciente tensión política. En este sentido, la identificación de los intelectuales antiperonistas con la Generación del 37, les sirvió como un modelo de elite intelectual que había sido exitoso al oponerse a una “tiranía”. La identificación con otras generaciones históricas les servía como un soporte legitimante para la lucha política.

En este contexto, se organizó la conmemoración del centenario de la muerte de Echeverría. Si bien en un primer momento no fue autorizada, se realizó de todas maneras -el 19 de febrero de 1951- una manifestación de evocación en el Parque Tres de Febrero. También se llevó a cabo el mismo año la celebración del 1º de mayo, y al año siguiente celebrarían el centenario de la Batalla de Caseros, conmemorando la caída del régimen de Rosas (nuevamente identificado con la “tiranía” peronista).

La *Comisión de Homenajes a Esteban Echeverría* fue conformada por intelectuales de diversas extracciones: presidida por Carlos Alberto Erro, sus vicepresidentes fueron Jorge Furt y Julio Aramburu; Héctor Agosti ofició de secretario, asimismo participaron figuras como María Rosa Oliver, Max Dickmann, Roberto Giusti, Raúl Soldi, Arturo Capdevila, etc. A raíz de aquella celebración se editaron numerosos libros de diversos autores: C. A. Erro, Alfredo Palacios, Benito Marianetti, José Barreiro, Tulio Halperin Donghi, Héctor Agosti, etc., publicaron ejemplares. Asimismo se publicó la *Cartilla Echeverriana*, editada por la propia comisión, que tenía por objeto difundir, a través del formato de folleto, la biografía de Echeverría y extractos de su obra que la Comisión consideraba significativos.²⁰¹ En aquella cartilla también se transcribió el discurso ofrecido por Erro en el Parque Tres de Febrero, en el que se percibe el descontento ante las restricciones que el gobierno les habría impuesto, Erro se quejaba de la falta de pompas ceremoniosas: “hubiéramos querido ir hasta el sepulcro” y consideraba que la ocasión propiciaba un llamado a “meditar sobre el destino del país en esta tremenda hora del mundo”.²⁰²

Como respuesta a este “desafío” al peronismo, desde el *Instituto Juan Manuel de Rosas* -ámbito del revisionismo histórico-, el joven diputado peronista John William

²⁰⁰ *Nuestra Palabra*. Año I, 1 de Agosto de 1950. Pág. 7

²⁰¹ *Cartilla Echeverriana*. Editada por la Comisión de Homenaje a Esteban Echeverría, Bs. As. 1951.

²⁰² *Cartilla Echeverriana*, p. 9

Cooke ofreció una “conferencia dirigida contra Echeverría y contra los que honraban su memoria”.²⁰³ Si bien Cooke había sido parte de *Acción Argentina* y por ende provenía, también él, de las filas antifascistas, en esta hora elegía la defensa del peronismo en tanto movimiento nacional y popular, y criticaba a los seguidores de Echeverría por los aspectos europeizantes y antidemocráticos de sus discursos. Estas críticas hicieron eco en la posición de Agosti, veremos que también él procuró despegarse de estos rasgos del discurso echeverriano. En el banquete celebratorio por la aparición de su libro *Echeverría*, Agosti remarcaba sus distancias con el revisionismo histórico, por su pretensión de acaparar el discurso nacional y popular. Frente a esto, hacía un llamado a retornar “a esa dirección nacional y popular de la cultura que constituye el fundamento de la doctrina echeverriana”.²⁰⁴

Durante la conmemoración del centenario echeverriano los intelectuales liberal-democráticos aceptaron la presencia comunista sin problema, lo que se explicaba en gran medida por la historia compartida durante la militancia antifascista y porque se priorizaban las coincidencias en torno a una percepción de la historia nacional, que recogía la tradición democrático-burguesa.²⁰⁵ Sin embargo, las incompatibilidades también perduraban, y el uso por parte del peronismo de un discurso popular, antiimperialista, opuesto a la “oligarquía”, provocaba entre muchos comunistas un cuestionamiento sobre cuál era “bando” a defender.

El Echeverría de Agosti

Para el año 1951, Héctor Agosti había ido ganando cierto espacio y reconocimiento en el campo cultural. Fue aumentando su presencia como organizador cultural del PCA, participando y progresivamente dirigiendo numerosos emprendimientos culturales, hasta llegar a ser su Secretario de Cultura. Sin ser una figura sobresaliente en el ámbito intelectual, era reconocido por sus pares extrapartidarios y contaba con el beneplácito de la dirigencia del PC.

²⁰³ Quattrocchi Woisson, Diana. *Los males...* p. 291

²⁰⁴ Agosti H. “Sustancia actual de Echeverría” (discurso pronunciado el 4 de abril de 1952) en *Para una política de la cultura* Ed. Procyón Bs. As., 1956. p. 142

²⁰⁵ Véase José Aricó. *La cola del diablo* y Tulio Halperin Donghi. *La Argentina y la tormenta del mundo...*

La conmemoración del centenario Echeverriano fue ejemplo de la aceptación que Agosti tenía por parte de la intelectualidad liberal-democrática; allí -como vimos- formó parte de la comisión de homenajes. Simultáneamente publicó sobre Esteban Echeverría, primero un artículo en la revista *Cuadernos de Cultura*, en mayo de 1951, intitulado “La teoría de la Revolución en Echeverría”,²⁰⁶ y luego el libro *Echeverría*. En el artículo, Agosti priorizaba el análisis de aspectos teóricos de la obra de Echeverría, recuperando por ejemplo su definición de revolución y otros conceptos formulados en *El Dogma Socialista* y en *Ojeada Retrospectiva*, que le servían para incorporarlo en una tradición teórica de la que los comunistas se percibían como continuadores. Veremos que en su libro *Echeverría*, publicado en septiembre de 1951, encontramos además de las recuperaciones y debates teóricos, una mirada y una interpretación particular de la crisis que vivía la Argentina en el cenit del peronismo.

Una lectura de la crisis

Echeverría fue formulado como un ensayo sobre la obra del escritor decimonónico, que tenía también la intención de proveer una interpretación del momento que vivía la Argentina en 1951. Este momento era percibido por Agosti como una crisis, ante la cual intentaba ofrecer una explicación de lo que significaba el peronismo, utilizando para ello las analogías históricas (en parte por temor a la acción de la censura).²⁰⁷ Dentro de este contexto, la posición de Héctor Agosti nos ofrece un punto de vista particular. Si bien percibía al peronismo como un fenómeno demagógico y autoritario, al que se oponía y criticaba, la lectura de *Echeverría* nos muestra que su mayor preocupación pasaba por advertir e iluminar el peligro que implicaba comprometerse en una alianza antiperonista ecléctica.

En el argumento de Agosti, existían dos tipos de actitudes políticas: el “*realismo de conducta*” y el “*realismo de doctrina*”; siendo la primera la que caracterizaba a los regímenes que obraban a través de sus jefes carismáticos, que utilizaban apariencias plebeyas y revolucionarias, pero que en realidad torcían el “*rumbo histórico*” de las masas, distorsionando sus ambiciones e impulsos. Las masas podían ser manipuladas

²⁰⁶ Agosti, Héctor “La teoría de la Revolución en Echeverría” en *Cuadernos de Cultura*, año 1, n° 3, mayo de 1951.

²⁰⁷ En la Nota a la Segunda Edición del libro *Cuadernos de Bitácora*, Agosti relataba que la primera edición de este libro, aparecida en el año 1949, estuvo secuestrada por la policía y que la editorial había sido clausurada

por un régimen de “*cesarismo retrógrado*”, sin embargo, en Agosti prevalecía la confianza en que a pesar de las desviaciones ejercidas por líderes demagogos, aun así, el pueblo seguía un “*curso histórico*” que lo llevaría finalmente a tomar conciencia de sus intereses y eventualmente al socialismo. Esta postura era parte constitutiva de la filosofía de la historia marxista, de la que Agosti daba cuenta y que utilizaba para ver, no con temor sino con *optimismo*, el transcurso de los jefes carismáticos a través de la historia Argentina, porque éstos en realidad: “*ejercitan la paradójica misión de estimular el paso posterior de las masas a formas superiores de organización política*”.²⁰⁸ El objetivo sería superar la etapa de realismo de conducta (demagogo) para instaurar el “*realismo de doctrina*”, que era la actitud política que –a ojos de Agosti- el comunismo defendía.

Para Agosti la experiencia “populista”, que en todo caso terminaría por concientizar a esas masas de su potencial revolucionario, parecía menos peligrosa que el participar *acriticamente* en las fuerzas opositoras. Echeverría era rescatado por Agosti, no sólo por haber sido opositor a Rosas, sino por ser “*el testimonio de una ruptura con la posición liberal pura*”, y porque había condenado las conciliaciones eclécticas.²⁰⁹ Porque había visto en su tiempo, -como Agosti procuraba ver en el suyo- que no había que dejarse llevar por el “*chantaje político*” de quienes planteaban que no comulgar con las fuerzas de la oposición, significaba absolver -aunque sea de manera indirecta- a la tiranía.

Volviendo a recurrir a las analogías históricas, Agosti traía a la memoria el “*drama histórico argentino*” del enfrentamiento entre unitarios y federales: por un lado, los federales y Rosas, siendo estos los representantes de la contrarrevolución y la restauración semicolonial. Y por otro lado, los unitarios, de los que Agosti también procuraba despegarse, pues consideraba que también ellos eran una solución con miras al pasado, sólo “*revolucionarios en apariencia*”, que se posicionaban como “*única fuerza opositora*” generando un “*chantaje político*”, que Agosti consideraba de “*actualidad vivísima*”.²¹⁰

La alusión al peligro, que Agosti planteaba en relación a una alianza antiperonista demasiado heterogénea, aparece más explícitamente, cuando, haciendo alusión a la conmemoración del Año Echeverriano del 1951, advertía:

²⁰⁸ Héctor Agosti. *Echeverría*. p. 26

²⁰⁹ *Ibid* p. 110

²¹⁰ *Ibid* . p. 44

“Ante la crisis actual Echeverría es una bandera adecuada, un modelo de mirada realista y revolucionaria. Pero bajo esa bandera se cobijan muchos responsables del curso presente de la contrarrevolución.”²¹¹

Observaba Agosti, en referencia a su presente: “*se nos quiere incluir en actividades negativas de retorno para sustituir con ella la fertilidad de un programa positivo que mire el porvenir*”.²¹² Su distanciamiento de las alianzas antiperonistas, se debía al deseo de encontrar una posición diferente o alternativa para los comunistas. Agosti consideraba que eran los sectores liberales, los verdaderos responsables de la crisis que vivían los argentinos. Esta postura lo llevará muy pronto a enfrentarse con sus compañeros de la Comisión de Homenajes. En noviembre de 1951 se produjo una discusión entre Carlos Erro (presidente) y Agosti (secretario) por cuestiones referidas a la orientación que debía adoptar el movimiento y a su actitud frente al peronismo; estas diferencias sumadas al clima de guerra fría llevaron a su disolución. Erro anunció su intención de formar un partido que se opusiera a todos los totalitarismo, de izquierda y derecha; se fundó entonces una nueva agrupación en la que predominaban los intelectuales de filiación liberal, ASCUA (Asociación Cultural Argentina para defensa y superación de Mayo). Como respuesta a este emprendimiento, Agosti -que era por entonces responsable del Frente Cultural partidario- junto a Rodolfo Ghioldi, impulsó la creación de “Casa de la Cultura”.²¹³ Coincidiendo con el año en el que se produjo el denominado Caso Real (en el que el PCA impulsaba un acercamiento al peronismo), en 1952 los comunistas también se desvinculan de la SADE (Sociedad Argentina de escritores) y de CLES.

El desquicio revolucionario

El segundo motivo por el que Agosti recuperaba la figura de Echeverría, era porque lo considera como el creador de una doctrina revolucionaria argentina. Echeverría era visto como un teórico revolucionario, que formuló en sus obras una doctrina de “revolución total”. *El Dogma Socialista* era un modelo que -de haber sido

²¹¹ Ibid p. 153

²¹² Ibid p. 31

²¹³ Julio Bulacio op. cit. p. 47

implantado como guía de las elites gobernantes decimonónicas-, podría haber logrado el desprendimiento definitivo de la herencia hispánica contrarrevolucionaria. El punto clave del interés de Agosti, pasaba por un elemento de la obra de Echeverría, que él consideraba ignorado por la historiografía tradicional y por los revisionistas. Este elemento era su definición de revolución como “*desquicio completo de un orden social antiguo*”, que llegaría a producir un cambio *cultural* y de *conciencia* en los hombres, logrando una revolución “*verdadera*”.²¹⁴

La argumentación de Agosti, se centraba entonces en que había sido la debilidad -o la traición- de la burguesía argentina, la causa de la inconcreción de la “revolución democrática-burguesa”. Esa falla de la burguesía, había llevado a que otros sectores “*menos avanzados*” se apropiaran de la política y de las masas: los caudillos. En definitiva, había sido la incapacidad de la burguesía, la que había causado el triunfo de “*los aduladores de la multitud*”. El esquema que ofrecía Agosti parecía obedecer a su intención de atribuir la responsabilidad histórica a la clase burguesa en el pasado, pero también en su presente. Probablemente con el objetivo político de posicionar al PC como una opción alternativa y revolucionaria, para encontrar una salida a una situación política que parecía obturada.

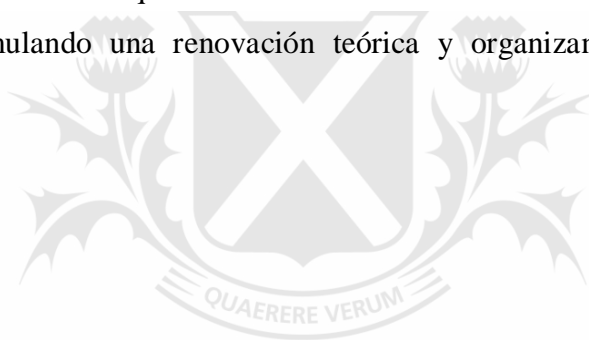
La interpretación de la historia que proponía Agosti le servía para mostrar que fue a consecuencias del fracaso de la burguesía liberal, que se dieron las condiciones de posibilidad del ascenso de jefes carismáticos. Frente a esta situación, Agosti consideraba que la vía política correcta era la de integrarse con el pueblo. De hecho, allí encontraba Agosti el “*error fundamental*” de Echeverría: en el temor con el que se posicionó ante las masas operantes. Coincidiendo así con las críticas que, desde el revisionismo histórico, le formulaban a Echeverría.

Agosti se distanciaba del intelectual decimonónico en lo que refería a su posición frente a las masas. Consideraba que si bien el *Dogma* planteaba la necesidad de la incorporación del pueblo, -especialmente de los sectores rurales- a la vida política, la experiencia rosista había llevado a Echeverría a adoptar una postura temerosa (y errónea a ojos de Agosti) en lo referente al accionar de las masas, y a proponer finalmente una democracia basada en el voto restringido por la propiedad. Si bien, en la teoría, Echeverría tenía clara la importancia del pueblo como elemento revolucionario, Agosti sostenía que había en él “*sin duda una equivocación notable, un testimonio de cómo*

²¹⁴ Agosti Echeverría p. 73

alcanzan a prevalecer en su ánimo algunos de los prejuicios aristocratizantes del pasado”,²¹⁵ y en este punto enfatizaba las diferencias.

Esta argumentación adoptaba una dirección esbozada en *Echeverría*, pero que se desplegaría con mayor firmeza y claridad en dos libros que se publicaron casi simultáneamente en el año 1959: *El Mito Liberal y Nación y Cultura*.²¹⁶ Allí Agosti planteó tanto una relectura del peronismo, como un reposicionamiento ante el liberalismo. Como señaló Oscar Terán: “el fenómeno peronista operó sobre la franja crítica efectos de recolocación de vastas consecuencias, dentro de un complejo movimiento que llevó desde la `natural` oposición mientras el peronismo estuvo en el gobierno hasta un encarnizado proceso de relectura del mismo a partir de su derrocamiento”.²¹⁷ En este sentido la obra de Agosti jugó un papel importante en lo que concernía al pensamiento de izquierda: desafió las lecturas tradicionales que satanizaban al peronismo, estimulando una renovación teórica y organizando espacios para el debate.



Universidad de
San Andrés

²¹⁵ H. Agosti. *Echeverría* .. p. 26.

²¹⁶ Agosti H, *El Mito Liberal y Nación y Cultura*, ambos de Ed Procyón, Buenos Aires, 1959

²¹⁷ Oscar Terán *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina 1956-1966*, Ed Puntosur, Bs. As., 1991. p. 33

Capítulo V. Y el diablo metió la cola. Relecturas del peronismo a la luz de conceptos gramscianos

Incorporación de conceptos de Antonio Gramsci

El libro *Echeverría* tuvo una característica importante: fue uno de los primeros en América Latina en incluir citas y conceptos de Antonio Gramsci. Héctor Agosti impulsó muy tempranamente la traducción y el estudio de los textos del pensador italiano, convirtiéndose en un enclave de renovación teórica para el comunismo y la izquierda en general. La traducción se llevó a cabo incluso antes que en Inglaterra, Francia, Alemania o Estados Unidos. En 1950 se editaron las *Cartas desde la cárcel*, y entre 1958 y 1961 los *Cuadernos de la Cárcel* (traducidos de su versión togliattiana, publicada en Italia por Einaudi). Para esa época, Agosti era encargado del frente cultural del PCA y congregó en torno suyo a un grupo que se dedicó al estudio y traducción de la obra de Gramsci. El PCA contaba por entonces con una red importante de editoriales. En este caso, Agosti coordinaba las ediciones, publicadas por la Editorial Lautaro. Las ediciones fueron de cinco mil ejemplares, de los cuales mil estaban destinados a difundirse en distintos países de Latinoamérica; se realizaron viajes de venta a Chile, Bolivia, Uruguay, Brasil, México.²¹⁸

Además de la publicación de la obra de Gramsci, la revista *Cuadernos de Cultura* abrió un espacio para el debate en torno a los aportes gramscianos al marxismo. Pero fue en *Echeverría*, donde por primera vez se llevó a cabo la incorporación de conceptos gramscianos. Allí Agosti retomaba algunos puntos de *Il Risorgimento* y los aplicaba al análisis de la historia argentina. Utilizaba por ejemplo el término “jacobinismo” para designar al hombre político enérgico que producía los cambios revolucionarios, y “revolución incumplida” para dar cuenta de la naturaleza de la Revolución de Mayo. Consideraba que debido a la ausencia o la debilidad de la burguesía jacobina, aquella revolución democrático burguesa había terminado en un fracaso, o mejor dicho, en una revolución truncada. Además del uso de estos conceptos, Agosti compartía con el pensador italiano la defensa de una *idea de revolución* ligada a un cambio de conciencia de los hombres. En esta concepción, la revolución sólo sería plausible a través de una transformación cultural, para lo que se debía reflexionar sobre

²¹⁸ Véase Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo XXI, Bs. As., 2004. p. 42. Para las ediciones en Italia por la editorial de Einaudi véase Attilio Monasta “Antonio Gramsci (1891-1937)” en *Perspectivas: revista trimestral de educación comparada* vol XXIII (consultado 26-08-08)

las “*relaciones políticas de la cultura*”.²¹⁹ En este sentido ambos convergían al considerar que las *condiciones culturales e intelectuales* eran las que tornaban factibles los cambios estatales o legislativos. Sostenía Agosti:

“Ninguna revolución alcanza sus objetivos si la dictadura política que inicialmente presupone no se difunde en el corpus social a través de las formas menos visibles de hegemonía ideológica ... Una revolución verdaderamente realizada exige transferir la dictadura de la sociedad política en la hegemonía de la sociedad civil, es decir conformar otros sistemas de convivencia y otros modos de experiencia moral como resultado de las más hondas mutaciones sociales.”²²⁰

La revolución debía ir más allá de un cambio gubernamental, Agosti defendía una concepción en la que las cuestiones culturales y los cambios en la conciencia colectiva eran tan fundamentales como las cuestiones políticas.

En *La cola del Diablo*, José María Aricó sostuvo que el libro *Echeverría* fue significativo porque atrajo a muchos intelectuales, debido a que les permitía pensar una posibilidad de “solución sin regreso” a la crisis en la que se encontraba la Argentina peronista. Sin embargo, para Aricó, Agosti había fracasado en su propósito de estimular la acción política. Su principal crítica fue que, a pesar de haberse propuesto explícitamente hacer un análisis *realista* de la historia argentina, Agosti caía prisionero de una explicación “*ideologizante*”. Es decir, que adaptaba los hechos históricos a concepciones teóricas previas, cayendo en una suerte de “lecho de Procusto” en el que se evidenciaban tensiones argumentales. Sobre todo porque -siguiendo el análisis de Aricó-, muchos de esos conceptos habían sido formulados por Antonio Gramsci y estaban pensados para dar cuenta de la historia italiana, no de la argentina. Aricó consideraba que en *Echeverría* Agosti había formulado una “traducción” de conceptos gramscianos, que terminaron por “ofrecer un esquema vago y abstracto”, que era “falso” historiográficamente y que por lo tanto no había logrado convertirse en un estímulo para la acción política.²²¹ Como lo explicitó Aricó, su análisis estuvo marcado por su propio itinerario político-intelectual, en el que la experiencia en torno a las lecturas de Gramsci jugó un rol importante al reposicionarse frente al PCA (partido del que Aricó fue miembro en su juventud). Sin embargo, y a pesar de estas críticas que formuló Aricó al

²¹⁹ H. Agosti, *Echeverría*. p. 159

²²⁰ H. Agosti, *Echeverría*. p. 53

²²¹ José Aricó. *La cola del diablo*. p. 60

PCA, reconocía una “deuda intelectual” con Agosti por haber fomentado el estudio y haber abierto las puertas al marxismo italiano. Las críticas de Aricó no estaban dirigidas hacia Agosti sino a un partido enclaustrado en un “doctrinarismo sin fisuras”, en el que las consecuencias de estos estudios no permeaban en las políticas adoptadas.

Aricó señaló que uno de los méritos del libro *Echeverría* fue haber salido al encuentro de la preocupación por el peronismo.²²² A pesar de haber sido publicado en el ámbito de la conmemoración del centenario echeverriano, -corrientemente asimilado con un antiperonismo a rajatabla- el *Echeverría* de Agosti se caracterizó más por el cuestionamiento a sus aliados liberales que por la crítica al peronismo. Como vimos, sin dejar de caracterizarlo como un régimen demagógico, Agosti reparaba en el costado positivo de una experiencia peronista en tanto que politizaba y movilizaba a las masas trabajadoras. Esta línea argumental se profundizará en sus libros publicados en 1959, donde ofrecía una interpretación de la tradición cultural e histórica argentina en la que se deslindaban dos tradiciones: por un lado la tradición liberal y por otro la tradición democrática. Esta separación le permitía a Agosti conservar la herencia democrática, y con ella las figuras de Moreno, Echeverría y Sarmiento. Justificando su argumentación apoyándose teóricamente en el italiano decimonónico Francesco De Sanctis y en Roger Labrousse, pero sobre todo refiriéndose al debate entre Benedetto Croce, Palmiro Togliatti y A. Gramsci sobre la naturaleza del fascismo italiano; si bien reconocía los méritos de Croce en su resistencia al fascismo, criticaba la manera en la que el liberalismo croceano había analizado aquel régimen.

Agosti se distanciaba de la tradición liberal, en tanto consideraba que aquella doctrina se basaba en la defensa de la propiedad privada y en su defensa de la igualdad jurídica; elementos que tenían como consecuencia una justificación de la desigualdad en la sociedad real. La figura del trabajador libre, sostén del sistema capitalista, era en realidad una ficción que escondía la naturaleza alienada de los proletarios, concluyendo en que “*el liberalismo no es la culminación de la democracia sino su negación*”.²²³ Esta interpretación, -en línea marxista- estaba ligada a la coyuntura de ruptura que se produjo tras la experiencia del año echeverriano. Pero fundamentalmente obedecía a una relectura del fenómeno peronista, que Agosti propiciaba, especialmente luego de la revolución libertadora. Agosti llamaba a los intelectuales a meditar sobre las causas que habían determinado el surgimiento del

²²² Aricó op.cit. p. 62

²²³ Agosti *El Mito Liberal* p. 86

peronismo, procurando sobre todo entender por qué su discurso había calado hondo en el pueblo trabajador.²²⁴

Como lo señaló Terán, desde la izquierda tradicional, fue Agosti quien abrió el camino a las reinterpretaciones del peronismo, separándose del liberalismo sin abandonar la tradición democrática. Ya en *Echeverría* se distanciaba (quizá a raíz de la implementación de conceptos gramscianos) de las opiniones reinantes entre la mayoría de quienes provenían del antifascismo y se habían pasado sin escalas al antiperonismo. Se despegaba de la lógica dicotómica reinante, para mirar al peronismo como un fenómeno que podría demostrar a las masas la potencia de sus propias fuerzas. Para Agosti era más necesario tomar recaudos ante las alianzas por oposición, que ante el peronismo como “tiranía”.

En *El Mito Liberal* Agosti escribió, -en forma de una extensa epístola- una especie de respuesta a un tácito compañero del antifascismo (Roberto Giusti posiblemente fuera el destinatario de la carta, mencionado por Agosti a pie de página) que acusaba a los comunistas de hacer uso táctico del discurso nacionalista. “*Suele decirse que nosotros usamos el sentimiento nacional*”, para tapar “*misteriosas tácticas de un cominform ignoto*”.²²⁵ Agosti desmentía la supuesta contradicción entre la tradición comunista y el pensamiento nacional: “*las supuestas incompatibilidades entre el marxismo y el sentimiento nacional no pasan de ser, en todo caso, sino una manifestación de ignorancia con relación al pensamiento marxista*”.²²⁶ En todo caso había que procurar la combinación del movimiento nacional y el internacional.

En *Nación y Cultura* Agosti se proponía abordar la temática cultural apelando y recuperando una perspectiva “nacional”. Consideraba que la falta de correspondencia entre cultura y nación era la señal más característica de la crisis argentina de aquel entonces.²²⁷ Sin dejar de reconocer la necesidad y la importancia de mantener el diálogo con los sectores liberales, estimaba que “*para las masas el liberalismo no representa ya nada*”.²²⁸ Sin embargo aclaraba que no era al viejo nacionalismo de derecha (contra el que habían combatido) al que adherían, sino a un nuevo nacionalismo que tenía como

²²⁴ Véase Agosti *Para una política de la cultura*, Procyón, 1956. pp 9-10

²²⁵ Agosti, *El mito* ... p. 31.

²²⁶ *Ibid* p. 32

²²⁷ Agosti *Nación y cultura* p. 77

²²⁸ Agosti *El Mito* p 178

eje a la clase obrera.²²⁹Y continuaba revisando los argumentos con los que el antiperonismo se enfrentaba a la “dictadura justicialista”.

El escritor comunista consideraba que muchos de los sectores liberales escandalizados por el autoritarismo de Perón, no había manifestado tales reticencias ante los regímenes autoritarios durante el período 1930-1945. Sostenía Agosti *“Permítame suponer, por consiguiente, que buena parte del fastidio con que muchos de ellos miraron el sistema peronista no provenía tanto de las restricciones a la libertad cuanto del predominio aparente de las chusmas”*.²³⁰ La indignación de los sectores liberales provenía, por lo tanto, no las demasías autoritarias del régimen, las censuras y los cortes a las libertades, sino de la aprensión ante el ascenso de los “cabecitas negras”; *“resistiéndose a un sistema político en el que veían peligrosas derivaciones ‘socialistas’”*.²³¹

Agosti consideraba que los problemas fundamentales del país residían en el régimen latifundista de propiedad de la tierra y la intrusión imperialista en la economía; este diagnóstico político también tendía un puente de entendimiento con el peronismo. En el mismo año en el que se producía la Revolución Cubana y con Perón en el exilio, Agosti escribía *“que esos trabajadores peronistas son base y levadura de la auténtica revolución agraria y antiimperialista, capaz de solucionar nacionalmente los problemas de esta etapa que nos toca vivir; -aunque agregaba- pero lo serán en cuanto se libren de mecanismos ideológicos contradictorios de su impulso de clase”*.²³²

Por otra parte, a raíz de la denominada Operación Cardenal de 1957 “los comunistas y peronistas com[enzaron] a compartir el mismo espacio de la exclusión política”.²³³ Es en este sentido, que en el discurso de Agosti se encontraban ya muchas de las preocupaciones que hicieron ebullición en el nacimiento de la nueva izquierda. La relectura del peronismo, desentenderse de los aliados liberales, rescatar un discurso nacional y popular, oponiéndose a una incompatibilidad entre marxismo y sentimiento nacional. Sin embargo, estos elementos no quitaban el hecho de que el PCA era un partido cuya dirigencia política ejercía un manejo férreo que controlaba que los flirteos con el peronismo no fueran demasiado lejos; el caso Real resultaba ilustrativo de cómo se manejaban estos asuntos. El propio Agosti, así como emprendía estos espacios

²²⁹ Ibid pp 9, 28 y 31

²³⁰ Ibid pp 118-119

²³¹ Ibid p. 140

²³² Ibid p. 75

²³³ Oscar Terán, *Nuestros años sesentas* p. 101

renovadores y abría las puertas al marxismo italiano, también valoraba la disciplina partidaria, apoyaba en el modelo soviético y podía utilizar el *Diccionario Soviético* para definir qué era un intelectual y qué espacios le competían.

La expulsión del grupo *Pasado y Presente*

El estudio y uso de conceptos gramscianos nunca condujeron a Agosti a una confrontación con la dirigencia política del PC, tampoco sus lecturas sobre el peronismo generaron un enfrentamiento abierto. Pero la apertura al sendero de las críticas no pasó inadvertida. Fue el grupo reunido en torno suyo el que llevó estas concepciones teóricas más allá. Los desprendimientos críticos que esos jóvenes formularon fueron más controvertidos con las líneas del partido, transformándose en críticas al estilo y a la conducción del PCA. A partir de aquel grupo convocado por Agosti para la traducción y el estudio de la obra de Gramsci, se conformó -ya en los años sesentas- la revista *Pasado y Presente*, espacio desde donde se produjo una renovación teórica que fue parte en el proceso de surgimiento de la nueva izquierda argentina. El clima de apertura alrededor del grupo de estudio de Gramsci generó -según José Aricó- una “propuesta, nunca claramente explicitada, de renovación ideológica y cultural, que encontró en Agosti su más inteligente y autorizado impulsor”.²³⁴

En aquel grupo se encontraban, entre otros, Juan Carlos Portantiero de Buenos Aires y José Aricó de Córdoba, dos de las figuras que se perfilaban como “las cabezas más visibles de movimientos de renovación dentro del PCA”.²³⁵ Aricó era secretario de organización de la Federación juvenil comunista de Córdoba y Portantiero militaba en la juventud comunista, y participaba en actividades de La Casa de la Cultura, publicaba sus artículos en *Cuadernos de Cultura*, *Nuestra Palabra* y *La Hora*; también había escrito su primer libro *Realismo y realidad en la literatura argentina* (1961).²³⁶ Estos

²³⁴ José Aricó, *La cola del Diablo*. p. 36

²³⁵ Raúl Burgos op.cit. p. 52

²³⁶ En el libro de Burgos se cita una entrevista concedida al autor por J.C. Portantiero en la que relata su vínculo con Agosti: “Yo entro en la juventud comunista en el año 1953. El PC había tomado una iniciativa que se llamaba Casa de la Cultura, y yo comencé a trabajar en esa organización, como militante de la juventud [FJC]. El responsable del partido era Agosti. Y ahí entre en relación con él. Después esa relación se hizo mucho más intensa, en el sentido de que Agosti me tenía a mí como su discípulo. A mí me interesaban las mismas cosas que a él: crítica literaria, historia de la cultura argentina. Entonces, desde 1954, yo trabajo con él hasta que me lleva en los años 59-60, más o menos a *Cuadernos de Cultura*. Yo siempre tuve una relación buena con Agosti; lo veía a él como una especie de maestro y él me veía como

dos jóvenes intelectuales no se conocían entre ellos, lo hicieron recién en 1962 con motivo de la publicación de la nueva revista. *Pasado y presente* fue financiada en sus dos primeros números por fondos del PCA y contaba con visto bueno de Agosti.

En el año 1962 se produjo en el partido un viraje estratégico liderado por Victorio Codovilla conocido como el “giro a la izquierda,”²³⁷ en el que el PCA reivindicaba a la Revolución Cubana y buscaba un acercamiento a los sectores peronistas (habían apoyado por ejemplo la candidatura de Andrés Framini en la provincia de Buenos Aires). En el contexto del golpe de estado al gobierno de Arturo Frondizi, se generalizaban las críticas al sistema democrático que exhibía crudamente sus límites y el PCA buscaba vincularse con otros sectores de izquierda, especialmente con la izquierda peronista. Agosti se encargó de generar un contacto con estos sectores a través de la revista *Che*, y también fue impulsor de la publicación *Pasado y Presente*. Pero pronto las derivas de esta posición generarían un conflicto.

El ámbito en el que tenía lugar las discusiones teóricas sobre los aportes gramscianos fue la revista *Cuadernos de Cultura*. Allí se publicaron varios artículos sobre el tema, sin embargo hubo un artículo de Oscar Del Barco que constituyó un antecedente a la dirección que fue tomando este conflicto en el que se fueron posicionando, por un lado, los denominados gramscianos argentinos (la joven generación de Aricó, Portantiero, Del Barco, Héctor Schmucler, etc.), y por otro, Agosti y la dirección política del PCA. En el artículo “Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la ‘objetividad’” se comenzaban a manifestar las incompatibilidades. Si bien estaba destinado a cuestiones puramente teórico-filosóficas, provocó la reacción del Comité de Redacción de *Cuadernos de Cultura*, que se desligó de la responsabilidad del artículo y -junto a la Comisión de estudios filosóficos del PC-, encargaron a Raúl Olivieri una réplica, que iba a publicarse en el siguiente número de la revista. Luego se le dio espacio a Del Barco para responder a esa refutación y hubo una última respuesta, a modo de cierre de la polémica, titulada “Crítica a una crítica revisionista” a cargo de Raúl Oliva y Raúl Sierra. Allí se tildaba a Del Barco de

una especie de discípulo. Era evidente que él tenía cierta predilección por mí” en Raúl Burgos, op.cit., p 52

²³⁷ Victorio Codovilla, Informe de la reunión del Comité Central del XIIº Congreso del PCA “El significado del giro a la izquierda del peronismo” (julio de 1962)

reversionista y se hacía un llamado a fortalecer la “unidad ideológica” al interior del partido.²³⁸

Casi simultáneamente al cierre de este debate, se publicaba en Córdoba la revista *Pasado y Presente*. En su primer número, el artículo editorial a cargo del joven José María Aricó dio un paso más allá de los límites que el partido estaba dispuesto a tolerar. Allí Aricó planteaba una tensión generacional, definía a la suya como “generación sin maestros”; y proseguía, considerando que “el proletariado y su conciencia organizada no logran aún conquistar una hegemonía que se traduzca en una coherente dirección intelectual y moral”.²³⁹ Su intención y la del grupo de la revista era indagar en las causas que obstaculizaban la inserción del marxismo en el seno del proletariado. Lo que equivalía a decir que la trayectoria del PCA en el mundo obrero era por lo menos insuficiente.

La queja apuntaba a una modalidad de funcionamiento del PCA, que era percibida y criticada por su falta de contacto real con las bases obreras y por el dogmatismo anquilosado de sus estructuras teóricas, así como por las formas burocráticas y autoritarias de funcionamiento. El espacio abierto por Agosti era valorado, pero se lo consideraba muy restringido, acotado al ámbito intelectual sin perspectivas políticas. Este desafío ofendió a la dirección del partido. Aricó sostuvo a posteriori que estaban midiendo los límites de la apertura para el debate ideológico. Muy pronto descubrieron que esos límites existían y eran muy tangibles.

Se les pidió primero la autocrítica, la retractación. Se ordenó la suspensión de la publicación de la revista *Pasado y Presente* y finalmente se expulsó al grupo vinculado a ella. “Para estos nuevos agrupamientos, la fallida inserción de la izquierda tradicional en el movimiento obrero a partir de 1945 fue vivida como la prueba de que era preciso cuestionar radicalmente toda la línea de aquellos partidos, puesto que ella había tornado vanos los esfuerzos más sinceramente militantes”.²⁴⁰ Se sentían aislados de la real dinámica histórica; la estructura partidaria los limitaba, los confinaba. Y por lo tanto se planteaba una incompatibilidad entre la joven generación y la dirigencia política del PCA que resultó irreconciliable.

²³⁸ Oscar del Barco en *Cuadernos de Cultura* n° 59, 1962. el episodio se recapitula en Raúl Burgos pp. 55-59

²³⁹ José Aricó, “Pasado y Presente” en *Pasado y Presente* año 1, n° 1, Córdoba, abril-junio 1963.

²⁴⁰ Oscar Terán op.cit. 107-108

Junto con el grupo de *Pasado y Presente* se fue del PC un sector importante de universitarios cordobeses.²⁴¹ En Rosario se expulsó al historiador José Carlos Chiaramonte. En Buenos Aires, Portantiero también fue expulsado, en su caso las disidencias se conjugaban con una adhesión maoísta. Luego de su expulsión, Portantiero formó una nueva organización política, Vanguardia Revolucionaria, que tuvo una vida breve. El grupo cordobés en cambio, si bien tuvo un contacto transitorio con el ejército guerrillero del pueblo (EGP) de Jorge Masetti, se limitó al proyecto editorial *Pasado y Presente*, no se propuso constituirse en un partido político alternativo.²⁴²

Rodolfo Ghioldi salió a responder a las críticas de la revista cordobesa a través de la revista *Nueva Era*. Acusó al grupo conformado en torno a la publicación de *Pasado y presente* de renegados, que en nombre de su intelectualidad aspiraban a eliminar el leninismo. Ghioldi quitaba relevancia a las cuestiones generacionales y rescataba la trayectoria partidaria.²⁴³

Luego, *Cuadernos de Cultura* dedicó un número a la crítica de la nueva revista cordobesa, llamando a mantener los actos de rebeldía encauzados al interior del partido para transformarlos de esa manera en actos revolucionarios. Acusaron a esa revista de “cultura e ideología” de *aprismo*, es decir, de conformar un partido de intelectuales. Esta desviación era descrita por Agosti (antes del conflicto con los jóvenes gramscianos) como un caso típico de “degeneración ideológica que llega filosóficamente” y que le retacea a la clase obrera la dirección del proceso revolucionario.²⁴⁴

Para entender esta ruptura es necesario estimar la profunda influencia que ejerció el clima de época. Fueron datos insoslayables las críticas krushvianas a las prácticas autoritarias stalinistas, formuladas en el XX Congreso del Partido Comunista de 1956. Para el caso del grupo cordobés, la sensación de ebullición en la que entraba aquella provincia a raíz de su activo proceso de industrialización (que hizo pensar a Aricó que Córdoba podía ser la Turín argentina). Pero fundamentalmente influyó la experiencia de la Revolución Cubana de 1959, con la consecuente radicalización de las

²⁴¹ En una entrevista José Aricó relataba “A partir de nuestra expulsión, cerca de un 60% del sector universitario deserta del partido comunista y se mueve a la esfera de discusión de la revista. Se crea un estado de disponibilidad de fuerzas que reclama de la revista pasos más políticos. Pero también sucede que la revista no estaba dispuesta a dar eso” en Raúl Burgos, op.cit., p. 99

²⁴² Horacio Tarcus, *Diccionario biográfico*, pag 23

²⁴³ Rodolfo Ghioldi en *Nueva Era* n°6

²⁴⁴ Agosti, *El Mito Liberal*, 1959 p 175

iniciativas de izquierda, y el comienzo de una discusión profunda sobre la lucha armada como vía revolucionaria.

Como lo expresó Emilio de Ípola, el diablo metió la cola: “Agosti manifiesta reticencias y la dirección del PCA dictamina (con razón) que detrás de esa iniciativa intelectual y de su publicación emblemática se esconde un proyecto político incompatible y hostil respecto de aquel que el partido ha hecho suyo.”²⁴⁵ En su análisis retrospectivo sobre este episodio, Aricó explicaba que “había en realidad un cuestionamiento de la política comunista en su conjunto. Tanto nosotros, como ellos, lo sabíamos”.²⁴⁶

Agosti era un persistente defensor del *partido* como único vehículo de transformación de la sociedad. Consideraba que la acción de una minoría podía actuar como mechero y encender la conciencia de las masas, defendía la fórmula revolucionaria de la vanguardia leninista, siendo el papel del partido un elemento incuestionable para alcanzar los objetivos revolucionarios. La confrontación entre Agosti y la dirigencia política del PC no ocurrió (por lo menos, no abiertamente). Esto se explica por el propio itinerario de Agosti. Sus experiencias como militante lo posicionaban como una figura respetada dentro del partido. Había pasado por períodos de cárcel, compartido exilios, espacios, experiencias de militancia. Además, su uso de esos conceptos “herejes” se limitó a una perspectiva de lucha revolucionaria “cultural”, reivindicando la necesidad de llegar a la *conciencia de las masas a través de la cultura*, pero manteniendo los postulados partidarios básicos y respetando los dictámenes de la dirigencia política nacional y soviética.

Para Agosti, Gramsci representaba un mártir del fascismo, un ejemplo del intelectual en prisión que cumplía con su tarea de mantenerse pensante; sumado a eso brindaba una mirada aguda, que servía para pensar los problemas argentinos. Pero esta mirada no entraba, a sus ojos, en contradicción con el paradigma marxista-leninista, ni cuestionaba el lugar central del partido.²⁴⁷ El objetivo político planteado por Agosti coincidía con el de la dirigencia partidaria: producir una revolución democrática burguesa de carácter agrario y antiimperialista, conducida por la clase obrera y por su partido de vanguardia, el comunista. Aunque reconocía que el peor defecto del comunismo era su sequedad

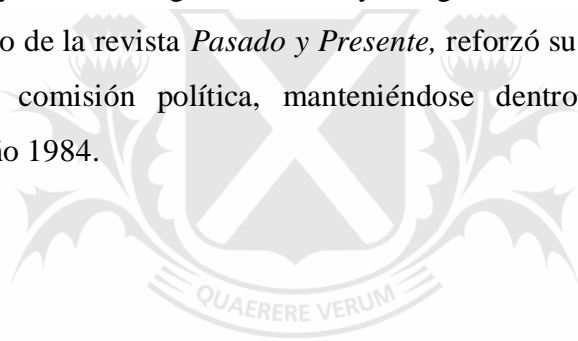
²⁴⁵ Emilio de Ípola en el prólogo de *La cola del Diablo*

²⁴⁶ Aricó *La cola del diablo* p 85

²⁴⁷ J.C. Portantiero señaló que Gramsci (fundador del PC italiano y su principal dirigente) fue “uno de los más sistemáticos defensores de su estructura orgánica” en *Los Usos de Gramsci*, Ed. Grijalbo/conceptos, Bs. As., 1999. p. 100

sectaria, y que había que frenar el dogmatismo. Consideraba que eran los comunistas y su partido “*la avanzada del pueblo*”, los que debían cumplir con “*la función esclarecedora de quienes por haber llegado a la comprensión del proceso histórico, representamos los puntos de vista y los intereses del proletariado*”.²⁴⁸

Agosti intentó mantener un difícil equilibrio entre la apertura intelectual y la disciplina partidaria, lo que se reveló por momentos imposible. Este fue un problema intrínseco al movimiento comunista, la relación entre la libertad del sujeto y la necesidad de organización y organicidad del movimiento político. Agosti constituyó una opción de mayor apertura, en distintos momentos y en diferentes espacios fue uno de los alfiles que el PC podía utilizar para dialogar con otros sectores políticos, pero su apertura se mantuvo en constante tensión. El conflicto con los jóvenes gramscianos puso fin a una etapa y orientó a Agosti a una mayor organicidad con el PCA. Luego de la expulsión del grupo de la revista *Pasado y Presente*, reforzó su compromiso y pasó a formar parte de la comisión política, manteniéndose dentro del PCA hasta su fallecimiento en el año 1984.



Universidad de
San Andrés

²⁴⁸Agosti, *Para una política de la cultura*, p. 20

Consideraciones finales:

Manteniendo el equilibrio. El dilema de la disciplina partidaria

“Si me afilio al partido pierdo libertad, pero si no me incorporo pierdo organicidad”

Jean Paul Sartre

Agosti fue defensor de una concepción de revolución en la que prevalecían elementos vinculados a la cultura, tuvo sus preferencias por un modelo de socialismo de corte humanista. Lo que se relacionan con el hecho de que realizó múltiples esfuerzos por incorporar al comunismo a las figuras de Antonio Gramsci y José Carlos Mariátegui, y con ellos una línea “heterodoxa” del marxismo en la discusión teórica y política del PC argentino. E incluso intentó utilizar algunos de sus conceptos para abordar las problemáticas argentinas.²⁴⁹

Ya en su primer libro, Agosti daba a José Carlos Mariátegui el status de “verdadero intelectual revolucionario”, junto al cubano Julio Antonio Mella. Y las menciones y halagos hacia Mariátegui se repitieron de manera esporádica en varios de sus libros. Asimismo Agosti dirigió el emprendimiento de traducción y análisis de la obra de Antonio Gramsci en Argentina. Pero, como vimos, el análisis de la obra del pensador italiano generó un conflicto al interior del PCA que terminó con la expulsión del grupo *Pasado y Presente*. La expulsión volvía a demostrar los duros parámetros con los que se manejaba la dirigencia política del partido frente a las críticas; la falta de tolerancia ante los cuestionamientos y los límites que tenía cualquier lectura “apócrifa” del marxismo.

El incidente terminó fortaleciendo el vínculo de Agosti con el partido, al decidir cerrar filas con las directivas de Ghioldi y Codovilla. La renovación al interior del partido no se produjo, el episodio resultó ilustrativo de la tensión que implicaba procurar incorporar elementos disonantes -o sospechosos de serlo- en la rígida estructura partidaria. Agosti tuvo que elegir, tuvo que enfrentarse con el dilema: entre obedecer la línea (a miras de lograr un objetivo político en el que tenía plena confianza), o defender desarrollos intelectuales, con sus posibles controversias con las directivas políticas y con el eventual costo de la ruptura con el partido.

²⁴⁹ . Véase Oscar Terán, *Discutir Mariátegui*. Editorial Universidad Autónoma de Puebla, México, 1985 y José Aricó, “Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano” en *La Hipótesis de Justo, Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Editorial Sudamericana, Bs. As., 1999.

El dilema de la ruptura

Por las características del PC como organización, ser comunista implicaba un alto grado de compromiso con la militancia. Aquellos que militaban en sus filas generalmente estaban convencidos de la eficacia y la fortaleza que la organización brindaba, se creía y se confiaba en las virtudes que otorgaba la estructura partidaria. La ruptura con el partido, si bien se fundamentaba en cuestiones políticas, no era sólo una cuestión política. Pertenecer a “la gran familia comunista” ejercía por un lado presión en algunos de sus miembros y, al mismo tiempo, lazos de pertenencia que eran abrazados y valorados por muchos militantes. Abandonar el partido implicaba abandonar junto con él muchos ámbitos de sociabilidad, y espacios que posibilitaban la labor intelectual. Incluso podía generar cuestionamientos en el ámbito privado, por parte de la familia o amigos del disidente, sin contar que para muchos representaba una fuente laboral. Además, en general, los expulsados eran acusados de deslealtad o debilidad, lo que podía constituir un estigma difícil de asimilar.²⁵⁰

Como vimos a lo largo de esta tesis, en Agosti convivieron dos identidades: la del militante comunista y la del intelectual. A pesar de los esfuerzos por hacer que esas dos identidades coincidieran, su itinerario lo enfrentó a instancias en las que debió escoger, en las que se le planteó la encrucijada plasmada en la frase de J.P. Sartre, entre la libertad y la organicidad. Es difícil dilucidar hasta dónde llegaban las restricciones a los desarrollos teóricos en un intelectual orgánico del PC, hasta dónde modificaban sus recorridos intelectuales para adaptarse a los parámetros partidarios. Aunque los acontecimientos en la Unión Soviética dan una idea de los límites a los que se podía llegar, en orden de priorizar los asuntos del partido. También en países donde el partido no controlaba los aparatos de represión estatal, estas restricciones existían y pesaban; conformando una combinación de vigilancia partidaria, con limitaciones autoimpuestas.

Cuando se era un militante orgánico del Partido Comunista ¿cómo se enfrentaba el dilema entre obedecer la disciplina partidaria, o decidir confrontar y eventualmente romper con el partido, debiendo buscar formas alternativas para la lucha política, formando nuevos partidos o uniéndose a otras fuerzas políticas?

²⁵⁰ José María Aricó, en reportaje con Gregorio Caro Figueroa decía que: “irse del PC entre los años 20 y 60 era convertirse en una especie de muerto civil” en *Todo es Historia*, nº 250, abril de 1988.

Muchas veces los enfrentamientos en el plano de la teoría no pesaban lo suficiente como para afrontar los costos de la ruptura, y se diluían ante las confluencias en el plano de las prácticas políticas. Esta tesis analizó el recorrido de uno de aquellos militantes, cuya elección ante esta encrucijada fue la organicidad, dedicar su vida al Partido Comunista. La elección de Agosti fue permanecer, conciliar. Su itinerario muestra cómo fue progresivamente priorizando su identidad de comunista, haciendo esfuerzos por no abandonar su condición de intelectual.

Hacia el final de sus días, evaluando el recorrido hecho, Agosti daba cuenta de esta - siempre presente- dualidad en torno a su figura, que:

“lleva a los escritores a tenerme por un político y a los políticos a verme como un escritor y en ambos casos con una sonrisa entre piadosa y socarrona [... y finalizaba] No entiendas que estoy mortificándome por la ambivalencia a veces desgarradora de mi vida cargada por ese dúplice ejercicio con equívocos, incomprensiones, injusticias y negaciones.”²⁵¹

Ante el dilema entre seguir la línea o perseguir la libertad de los desarrollos intelectuales, Agosti optó por la continuidad partidaria. Las causas de esta elección permanecerán en el terreno de lo privado, sólo podemos suponer que consideraría que ése era el precio de la llegada del socialismo.

²⁵¹ Agosti H. carta s/fecha, en Schneider Samuel, op.cit., p. 198

BIBLIOGRAFÍA

- Adler, Max. *El socialismo y los intelectuales. Intelectuales, teoría y partido en el marxismo de la Segunda Internacional. Aspectos y problemas*. Siglo XXI, México, 1980 (edición de José Aricó, prólogo de Leonardo Paggi).
- Alexander, Robert. *Communism in Latin America*. New Brunswick, Rutgers University Press, 1957.
- Altamirano, Carlos. *Peronismo y cultura de izquierda*. Temas Grupo Editorial, Bs. As., 2001.
- ---- *Bajo el signo de las masas*. Ariel, Bs. As., 2001.
- ---- (director). *Términos críticos de sociología de la cultura*. Ed. Paidós, Bs. As., 2002.
- ---- *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Siglo XXI. Bs. As., 2005.
- Arévalo, Oscar. *El partido Comunista*. CEAL, Bs. As., 1983.
- Aricó, José. “Los comunistas en los años treinta” en *Controversias* n° 2-3 (suplemento n° 1) México, 1979.
- ---- “Arlt y los comunistas”, en *La ciudad futura*, núm. 3 dic. de 1986.
- ---- *La Hipótesis de Justo*. Sudamericana, Bs. As., 1999.
- ---- *La cola del diablo*. Siglo XXI, Argentina, 2005.
- Arismendy, Rodney. *La obra de Héctor P. Agosti*. Ediciones “Amigos de Aníbal Ponce”, Bs. As., 1984.
- Azcoaga, Juan Enrique. *Vigencia de Agosti: con motivo de la inauguración de la sede*. Folletín, Asociación Héctor P. Agosti, Bs. As. 2003.
- Bendá, Julien. *La traición de los intelectuales*. Ercilla, Santiago de Chile, 1967.
- Bisso, Andrés. *Acción Argentina, un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Prometeo Libros, Bs. As., 2005.
- ---- *El antifascismo argentino*, Cedinci editores y buenos libros, Buenos Aires, 2007.
- Bobbio, Norberto, Matteucci, Incola y Pasquino, Gianfranco (Dirs.). *Diccionario de Política*. Ed. Siglo XXI. 1° ed. en español 1981/2.
- Bodin, Louis. *Los Intelectuales*. Eudeba, Bs. As., 1965.

- Bourdieu, Pierre. *Campo de poder. Campo intelectual*. Ed Quadrata, Bs.As., 2003.
- Bulacio, Julio. *Intelectuales y partido: Héctor P. Agosti y las políticas y prácticas culturales del Partido Comunista argentino (1950-1959)*. S/datos. Biblioteca de CCC.
- Burgos, Raúl. *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo XXI, Bs. As., 2004.
- Caballero, Manuel. *Latin America and the Comintern 1919-1943*. Cambridge University Press, Gran Bretaña, 1986.
- Caimari, Lila. *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*. Siglo XXI, Bs. As., 2004.
- Camarero, Hernán. *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Siglo XXI, Bs. As., 2007.
- Cane, James. "Unity for the Defense of Culture: The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943" *The Hispanic American Historical Review*, vol. 77, n° 3, Aug. 1997, Duke University Press.
- Carr, E.H. *El ocaso de la Comintern, 1930-1935*. Alianza, Madrid, 1986.
- Carrera, Iñigo "La huelga general de masas de 1936: un hecho borrado de la historia de la clase obrera argentina" *Anuario IEHS*, n° 9, Tandil, 1994.
- Cattáneo, Liliana. *La izquierda argentina y latinoamericana en los años 30, el caso Claridad*. Tesis en UTDT, Bs. As., 1992.
- Cattaruzza, Alejandro. *Historia y política en los años treinta: comentarios en torno al caso radical*. Biblos, Bs. As., 1991.
- --- "Historias rojas: miradas comunistas sobre el pasado nacional durante los años treinta" (UBA, UNR, CONICET) ponencia en Jornadas Interescuelas Rosario, 2005 (inérita).
- Cernadas, Jorge/ Pittaluga, Roberto/ Tarcus, Horacio. "Para una historia de la izquierda en la argentina" en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*. Año 3 n° 6/7, 1997.
- Ciria, Alberto. *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946)*. Hyspamérica, Bs. As., 1986.
- --- y Sanguineti, *Los Reformistas*. Jorge Alvarez, Bs. As., 1968.

- Codovilla, Victorio. *Una Trayectoria consecuente. Trabajos Escogidos* (IV Tomos). Anteo, Bs. As., 1964.
- Comisión del CC del PCA. *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, Anteo, 1948.
- Corbière, Emilio. *Orígenes del comunismo argentino* (El partido socialista internacional). CEAL, Bs. As., 1984.
- Droz, Jacques. “Histoire de l’antifascisme en Europe, 1923-1939” en *La Decouvert*, Paris, 1985.
- Fava, Athos. *Qué es el Partido Comunista*. Sudamericana, Bs. As. 1983.
- Fiorucci, Flavia. “Los escritores y la SADE: entre la supervivencia y el antiperonismo. Los límites de la oposición (1946-1955)”, *Revista Prismas* n°5, UNQ, 2001.
- ---- “¿Aliados o en amigos? Los intelectuales en los gobiernos de Vargas y Perón”, publicado en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Universidad de Tel Aviv), Jul.- Dic., 2004.
- Furet, François. *El pasado de una Ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. FCE, México, 1995.
- García Sebastián, Marcela (ed.) *Fascismo y antifascismo Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Iberoamericana, Madrid, 2006
- Gilbert, Isidoro. *El oro de Moscú. La historia secreta de las relaciones argentino-soviéticas*. Planeta, Bs. As., 1994.
- Ghioldi, Rodolfo. *Escritos* (IV Tomos). Anteo, Bs. As., 1975.
- Groppo, Bruno. “El antifascismo en la cultura política comunista” en *Anuario IEHS* n° 19, 2004.
- Halperín Donghi, Tulio. *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Eudeba, Bs.As., 1962.
- ---- *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*. Siglo XXI, Bs. As., 2003.
- ---- *La república imposible (1930-1945)*. Editorial Ariel, Bs.As., 2004.
- Hobsbawm, Eric. *Revolucionarios*. Crítica, Barcelona, 2000.

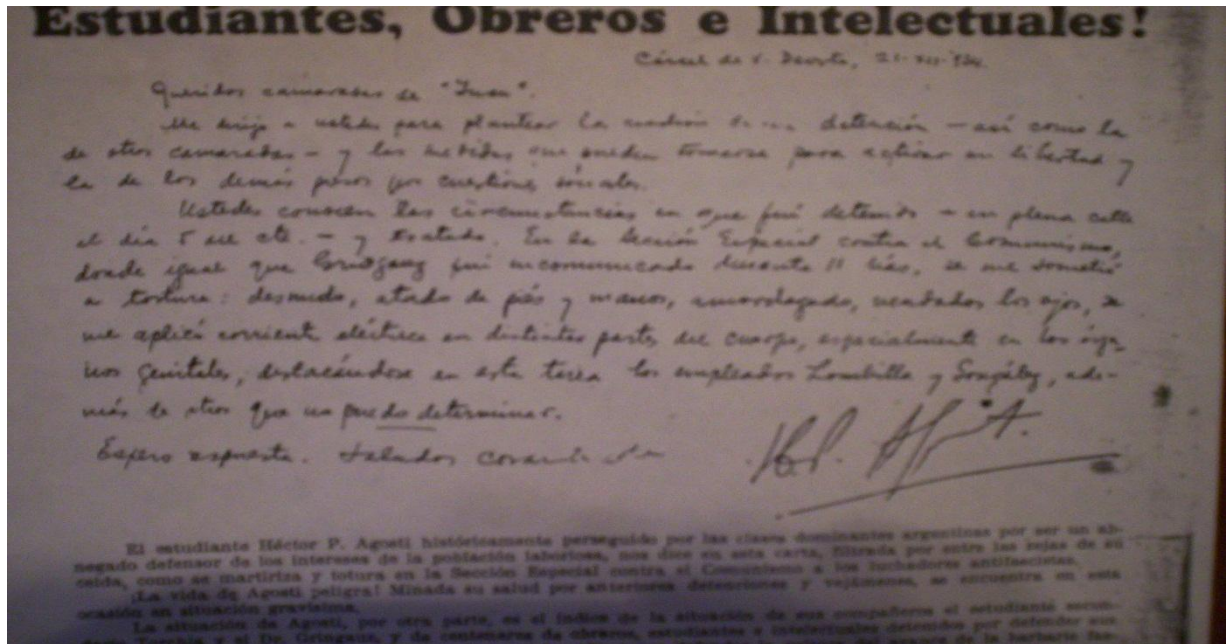
- Horowitz, Joel. “El movimiento obrero” en *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)* Dir. A. Cattaruzza, Ed. Sudamericana, Bs. As., 2001.
- Kagarlitsky, Boris. *Los intelectuales y el estado soviético, de 1917 al presente*. Prometeo Libros, Bs. As., 2005.
- Kalmanowiecki, Laura. “Origins and applications of Political Policing in Argentina” en *Latin American Perspectives*, Vol. 27, N 2, Mar. 2000.
- Lafleur, H.R./ Provenzano S.D./ Alonso F.P., *Las revistas literarias argentinas 1893-1960*, Ediciones Culturales Argentinas, Bs. As., 1962,
- Linares, Francisco. *Agosti portador ejemplar de una nueva cultura*. Anteo, Bs. As., 1988.
- Lobato, Mirta Zaida. “Rojos. Algunas reflexiones sobre las relaciones entre los comunistas y el mundo del trabajo en la década de 1930” en *Prismas n° 6*, UNQ, Bs. As., 2002.
- Myers, Jorge. “Rodolfo Puiggrós, historiador marxista leninista: el momento de *Argumentos*” en *Prismas n° 6*, UNQ, Bs. As., 2002.
- Nadra, Fernando. *Conversaciones con Perón*, Anteo, Bs. As., 1985.
- Neiburg Federico. *Los intelectuales y la invención del peronismo*. Alianza, Bs. As., 1998.
- Ory P. y Sirinelli J.F. *Les Intellectuels en France. De l'affaire Dreyfus à nos jours*. A. Colin, Paris, 1992.
- Pasolini, Ricardo. “Intelectuales antifascistas y comunismo durante la década de 1930. Un recorrido posible: entre Buenos Aires y Tandil”, en www.historiapolítica.com.
- Plotkin, Mariano. *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Ariel, Buenos Aires, 1994.
- Ponce, Aníbal. *Obras Completas*, Cártago, Bs. As., 1974.
- Portas Gómez, Alberto *España, La guerra civil y los silencios*, Ed. Tesis XI, Bs. As., 1999.
- Quatrocchi Woisson, Diana. *Los males de la memoria*. Emecé, Bs. As., 1995.
- Rees E. A. “Intellectuals and communism” *Contemporary European History*, Cambridge University Press.

- Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina I/hasta 1943*, Ed. Emecé, Bs. As., 1981.
- Saítta, Sylvia. “Entre la cultura y la política: los escritores de izquierda” en *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)* coord. A. Cattaruzza. Sudamericana, Bs. As., 2001.
- Sarlo, Beatriz. *La batalla de las ideas (1943-1973)* Ariel, Bs. As., 2001.
- Schenkolewski-Kroll, Silvia. “El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades 1930-1941” publicado en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Universidad de Tel Aviv), junio de 2002.
- Schneider, Samuel. *Héctor P. Agosti. Creación y milicia*. Editorial Grupo de amigos de Héctor P. Agosti, Bs. As., 1994.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo. *Perón o muerte*. Ed. Legasa, Bs. As., 1986.
- Sigal, Silvia. *Intelectuales y poder en argentina. La década del sesenta*. Siglo XXI, Bs. As., 2002.
- Tarcus, Horacio. *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*. Ediciones El cielo por Asalto, Bs.As. 2001.
- ---- (dir). *Diccionario Biográfico de la Izquierda en Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 2007.
- Tato, Maria Inés. “El ejemplo Alemán. La prensa nacionalista y el Tercer Reich” en Revista de la Facultad de Humanidades de la U.N.de Salta, Año VI, nº 6, 2007. www.unsa.edu.ar/histocat/revista.
- Terán Oscar. *Aníbal Ponce ¿El marxismo sin nación?*. Pasado y Presente, edición de Siglo XXI, México,1983.
- ---- *Discutir Mariátegui*. Universidad Autónoma de Puebla, México, 1985.
- ---- *Nuestros años sesentas. Nueva izquierda intelectual*. El Cielo por Asalto, Bs. As., 1993.
- ---- *Ideas en el siglo: intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Ed. Siglo XXI, Argentina, 2004.
- Torre, Juan Carlos. *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Sudamericana, Buenos Aires, 1990.
- Warley, Jorge. *Vida cultural e intelectual en la década del treinta*. CEAL, Bs. As., 1985.

- Zamudio Barrios, Arturo. *Las prisiones de Héctor P. Agosti* (II Tomos). CEAL, Bs. As., 1992.
- Zanatta, Loris. *Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo 1930-1943*, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

Anexo Fotográfico:

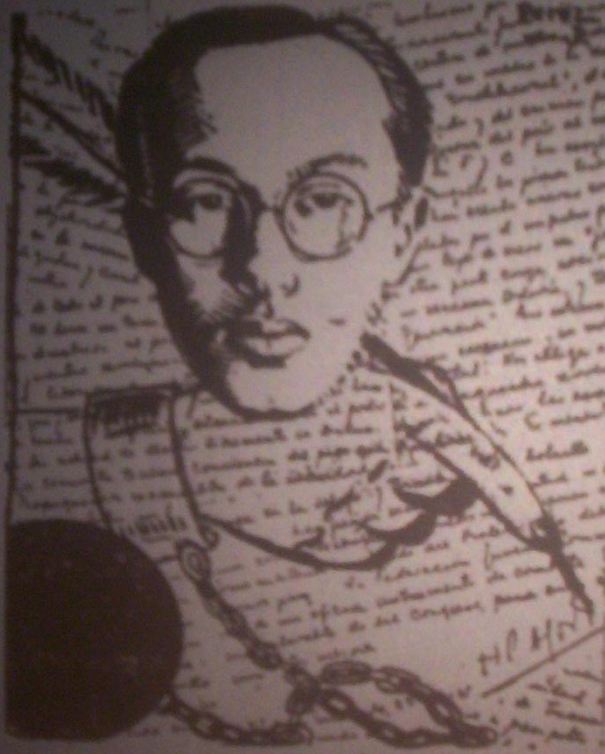
1.



2.

Universidad de
San Andrés

¡CASI TRES AÑOS DE PRISION!



**Héctor
Pablo
Agosti
símbolo
de la
joven
generación
americana
preso
hace ya
2 años
y medio**

El nombre del querido camarada, palpita en el corazón de las juventudes de América, que se perfilan en su vida ejemplar de luchador antimperialista en quien nuestras oligarquías virulentas ha peacado sus instintos criminales y liberticidas.



Universidad de
San Andrés